Cuando en tus labios escuché nuestra canción

Cuando en tus labios escuché nuestra canción

Cuando en tus labios escuché nuestra canción

Cuando en tus labios escuché nuestra canción

Noemi Bermúdez

A mis padres y a mi hermano por ser,

sin duda alguna, el motor de mi existencia .

Índice

1. Mi futuro

2. Balto

3. Ese chico

4. Esa chica

5. Sí quiero

6. Canciones

7. Dudas

8. Miedo

9. Dos semanas

10. Cambios

11. La cena

12. El caos

13. La conversación

14. El viaje

15. Modo avión

16. Ámsterdam

17. El baile

18. Líos

19. Más líos

20. El anillo

21. Dos monedas

22. La fiesta

23. Confesiones

24. Mentiras

25. Cayetana

26. El club

27. La llave

28. Amor

29. La despedida

30. La pierdo

31. La boda

32. La playa

33. Los papeles

34. Ella

35. Él

Epílogo (Parte 1)

Epílogo (Parte 2)

1. Mi futuro

Me había dormido. «Mierda. Mi madre va a matarme», fue lo primero que pensé. Me vestí con lo primero que encontré en el armario y salí pitando hacia nuestra cita. Sí, lo llamaba cita porque mi queridísima progenitora, doña *lotengotodobajocontrol* , tenía un sinfín de compromisos que atender y acostumbraba a concretar reuniones para verse con sus hijas.

Había amanecido nublado e incluso chispeaba, pero aun así las calles de Madrid estaban abarrotadas. Cuando llegué al restaurante, ella y mi hermana me estaban esperando. Saludé a Caye con un beso y me senté a su lado.

—Perdonadme.

—Llegas tarde —me replicó mi madre.

—Lo sé. Tenía cosas que hacer —mentí.

—¿Qué tal la semana? —me preguntó Caye haciéndome un gesto para que me ahuecara el pelo.

Si mi madre se enteraba de que había salido de casa sin apenas mirarme al espejo me habría soltado un sermón, y eso, de buena mañana, no me apetecía en absoluto.

—Bien, hasta los topes de trabajo en la clínica.

—Si hubieras seguido en el negocio familiar tendrías mucho más tiempo libre —añadió mi madre.

Puse los ojos en blanco. Mi familia era propietaria de uno de los mayores bufetes de abogados de la ciudad, mi hermana, había estudiado derecho en Barcelona y, aunque mi madre esperaba que yo siguiera sus pasos, cursé un grado en Veterinaria en la Universidad Complutense de Madrid. Al parecer, cinco años de carrera y dos años de experiencia laboral no servían de nada para ella.

—Me encanta mi trabajo, mamá.

—¿Dónde está Carlos? —preguntó haciendo caso omiso a mis palabras—. ¿Por qué no ha venido?

—Quizá porque no tenemos la necesidad de estar las veinticuatro horas del día juntos. —Resoplé.

—Veo que te sigues levantando de mal humor. —Dio un sorbo al café.

—Mamá, —intervino Caye—, ¿para qué nos has hecho venir?

Mi madre nunca quedaba con nosotras porque sí. Siempre había un motivo que poco tenía que ver con que le gustase pasar tiempo con sus hijas.

—Pasado mañana vuestro padre y yo cumplimos cincuenta años de casados y, como es costumbre, haremos una fiesta en casa. Os avisé con antelación para que os pudierais organizar, pero como ninguna contestó a mi correo electrónico, quería recordároslo y de paso daros esto —dijo entregándonos un par de sobres—, para que os compréis algo bonito.

Así era mi madre, en lugar de llamarnos, nos enviaba un *e-mail* .

—Genial. —Me incorporé—. Pues si eso es todo, tengo que irme.

Besé a Caye y me despedí de mi madre con la mano, a ella no le gustaban esas muestras de afecto. Quizá, por eso la relación entre nosotras nunca había sido del todo buena, quizá, porque yo no me acercaba para nada a su prototipo de hija ideal.

—Dale recuerdos a Carlos de mi parte.

Las palabras de mi madre sonaron lejanas, porque cuando las pronunció, yo ya estaba saliendo por la puerta del establecimiento.

Llegué a casa poco después. Hacía cuatro años que Carlos y yo nos habíamos mudado a ese precioso ático en uno de los barrios más prestigiosos de Madrid. Mis padres nos lo habían regalado cuando nos independizamos y, aunque yo no estaba conforme, acepté solo por no tener que enfrentarme a mi madre. Ella y su afán de controlarlo todo me ponía de los nervios.

Dejé el bolso en la entrada, saqué el sobre y me senté en la barra de la cocina, enfrente de la ingente terraza desde la cual se divisaba toda la ciudad. No me sorprendió que su contenido fuera un cheque por valor de mil euros. Mi madre sabía que odiaba que me obsequiase con su dinero, pero, aun así, hacía caso omiso.

Aproveché que Carlos aún no había llegado para darme un baño. Era lo único que me relajaba después de ver a doña *lotengotodobajocontrol* . Sonreí al escuchar en mi cabeza el mote que le había puesto a sus espaldas, si se enteraba de que me refería a ella de ese modo, como mínimo, me desheredaba. Abrí Spotify, puse mi lista de reproducción favorita, encendí una vela con aroma de vainilla y me sumergí en el agua.

Cuando salí enrollada en la toalla escuché el ruido de la cerradura. Me puse una bata de raso negra que usaba para estar por casa y caminé descalza hasta el salón. Me gustaba el contacto de las plantas de mis pies con el parqué, notando su calidez, a pesar de estar casi en invierno. Encontré a Carlos en el recibidor. Como de costumbre, vestía un traje negro cuyo valor sería equiparable a lo que yo ganaba en un mes. Hacía poco que lo habían ascendido a director de una empresa dedicada al comercio internacional, por lo que pasaba mucho tiempo en la oficina.

—Hola, cariño —dijo al tiempo que dejaba las llaves y la cartera.

—Hola. —Me acerqué para darle un beso, pero se echó hacia a atrás.

—Cuidado, estás mojada. —Levantó las manos—. No quiero mancharme el traje.

Cuidado. Como si no pudiese elegir entre los doscientos trajes que tenía colgados en el armario. Le lancé una sonrisa condescendiente.

—¿Dónde has estado? —le pregunté—. Esta mañana cuando me he levantado no estabas.

—Tenía una reunión temprano. —Fijó la mirada en la pantalla de su móvil—. ¿Qué tal con tu madre?

—Bien.

—Qué raro. —Levantó una ceja.

—No sé para qué preguntas si ya sabes la respuesta. —Me crucé

de brazos con desdén—. Es insufrible.

—No exageres.

—Claro, a ti te adora —me quejé.

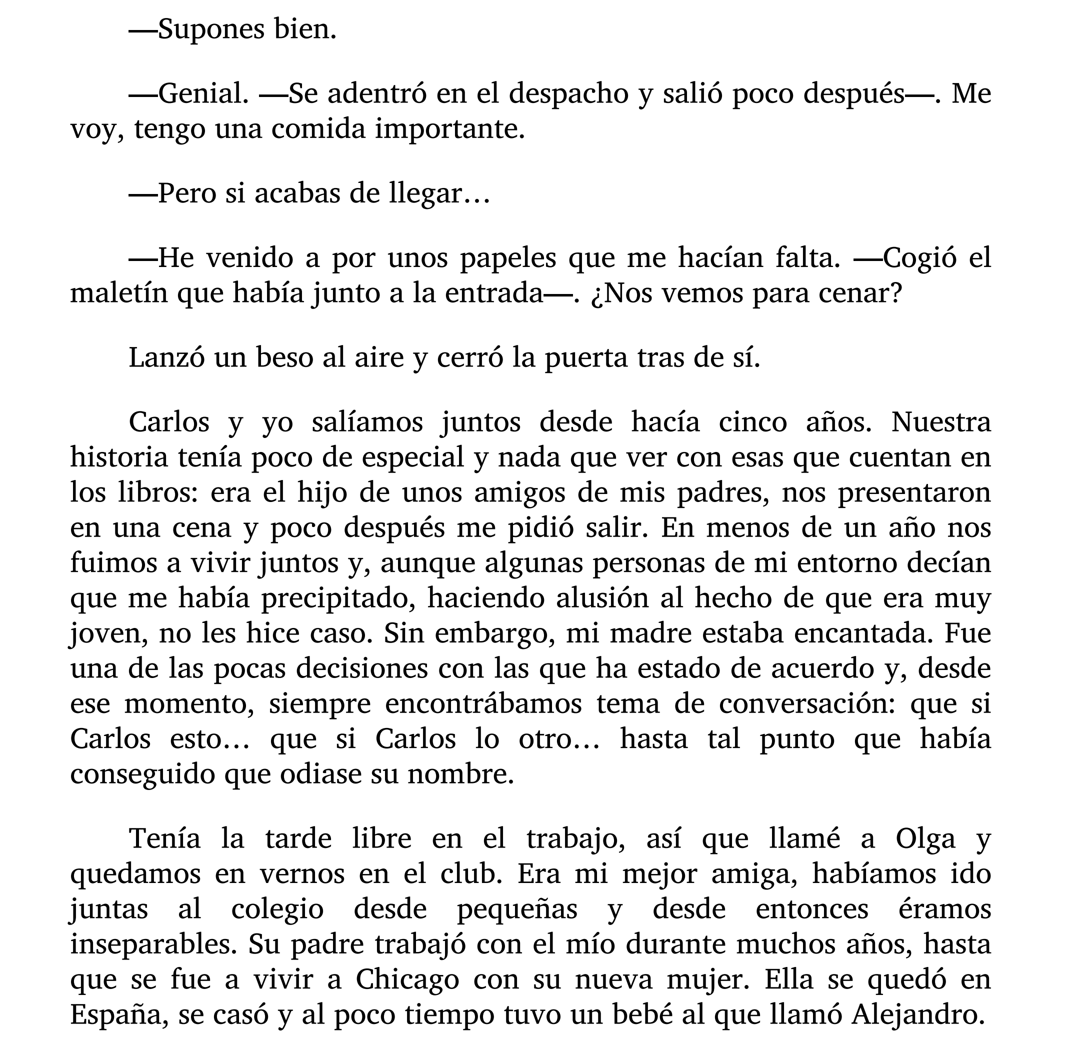
—Eres su hija.

—Como si eso fuera suficiente. —Bufé.

—Debería. —Seguía sin mirarme.

—Por cierto, pasado mañana mis padres darán una fiesta para celebrar sus bodas de oro.

—Supongo que tendremos que ir.



—Supones bien.

—Genial. —Se adentró en el despacho y salió poco después—. Me voy, tengo una comida importante.

—Pero si acabas de llegar…

—He venido a por unos papeles que me hacían falta. —Cogió el maletín que había junto a la entrada—. ¿Nos vemos para cenar?

Lanzó un beso al aire y cerró la puerta tras de sí.

Carlos y yo salíamos juntos desde hacía cinco años. Nuestra historia tenía poco de especial y nada que ver con esas que cuentan en los libros: era el hijo de unos amigos de mis padres, nos presentaron en una cena y poco después me pidió salir. En menos de un año nos fuimos a vivir juntos y, aunque algunas personas de mi entorno decían que me había precipitado, haciendo alusión al hecho de que era muy joven, no les hice caso. Sin embargo, mi madre estaba encantada. Fue una de las pocas decisiones con las que ha estado de acuerdo y, desde ese momento, siempre encontrábamos tema de conversación: que si Carlos esto… que si Carlos lo otro… hasta tal punto que había conseguido que odiase su nombre.

Tenía la tarde libre en el trabajo, así que llamé a Olga y quedamos en vernos en el club. Era mi mejor amiga, habíamos ido juntas al colegio desde pequeñas y desde entonces éramos inseparables. Su padre trabajó con el mío durante muchos años, hasta que se fue a vivir a Chicago con su nueva mujer. Ella se quedó en España, se casó y al poco tiempo tuvo un bebé al que llamó Alejandro.

—Pero, ¡cómo está este niño de guapo! —dije besando al pequeño que estaba sentado en su regazo.

—Dile hola a la tía Mel. —Olga le cogió la manita—. ¿Cómo estás?

—Todo lo bien que se puede estar después de una cita con mi madre. ¿David no ha venido?

—Acaba de empezar una partida —Señaló hacía las pistas.

En el club de tenis había dos tipos de personas: los que jugaban a tenis y los que se sentaban a observar como otros lo hacían. Estaba claro que nosotras pertenecíamos al segundo grupo. David era el marido de Olga, jugaba al tenis profesionalmente y, lo cierto, es que era un hacha.

—Está enorme este granujilla, ¿eh?

—En unos días hace cuatro meses, pero la pediatra me ha dicho que está por encima de su peso. Me preocupa estar sobrealimentándolo.

—Olgui… —le dije en tono cariñoso—. Lo estás haciendo genial. Bueno, lo estáis haciendo genial.

—La verdad que es una de las mejores decisiones que hemos tomado. Te cambia la vida. —Sonrió con dulzura—. ¿Vosotros no os animáis?

—¿Carlos? —Levanté las cejas—. ¿Con un bebé? No lo veo.

—Bueno, tú siempre has querido ser madre joven.

—¿Me estás llamando vieja? —bromeé.

—No es eso boba, pero pensaba que lo intentaríais pronto.

—Carlos ya tiene suficiente con aprender a cuidar de sí mismo. Está tan centrado en su trabajo que apenas tiene tiempo para mí, imagínate para un niño.

—¿Y vas a renunciar a ello por él?

Las palabras de Olga me hicieron reflexionar. Me quedé mirando a Alejandro mientras mordía su chupete, era tan perfecto que daban ganas de comérselo. Justo en ese momento, levantó la vista hacia su

madre, ella le hizo carantoñas y él respondió con una carcajada. Cuando me quise dar cuenta yo también estaba sonriendo.



2. Balto

El tiempo que había pasado en Londres centrado en el trabajo me había venido bien para pensar y ver las cosas desde otra perspectiva, pero no bastaba para olvidarme de ella. Tarde o temprano, tendría que aceptar que alguien la hacía feliz y ese alguien no era yo.

Me levanté apático, últimamente, me pasaba todas las mañanas. La gente de mi alrededor me decía que era normal, que se me pasaría con el tiempo, pero yo no estaba tan seguro. Bajé a la cocina y al abrir uno de los armarios vi una botella de vino que había comprado para

ella. Lo cierto era que me apetecía una copa, pero me contuve. No podía beber en un momento de debilidad o volvería a caer.

Llamé a mi madre, su voz siempre me reconfortaba. La pobre estaba preocupada, insistía en que quizá las cosas se arreglarían, pero solo conocía una parte de la historia. Ella y yo no habíamos roto definitivamente, éramos amigos y eso me dejaba en un lugar que no me gustaba. ¿Cómo iba ser amigo de la persona de la que estaba enamorado? Pues en ello estaba, intentándolo.

«Lo que necesitas es salir con alguien », me decía a mí mismo, pero en el fondo sabía que no, que eso no solucionaría nada.

Me preparé un café y me asomé a la ventana. Todo estaba en calma, ya no se oían sus risas en el jardín, ya no entraba hablando por los codos a mi habitación, ya no olía a ella mi cama. Necesitaba quitármela de la cabeza, mantenerme ocupado, así que llamé a Marta y le supliqué que me sacara de casa.

Estaba ocupada en la clínica, me avisó de que solo tenía una hora para comer, por lo que quedamos en un restaurante cercano a su trabajo. Cuando llegué, me esperaba tomándose un refresco. Tenía un aire despreocupado, se bajó las gafas de sol mirando por encima de ellas y esbozó una sonrisa al verme.

—Ya he pedido —dijo dando un sorbo a la bebida.

—A tu hija no le dejas tomar azúcar, pero tú bebes esa basura. —Le di un beso.

—Cuando seas padre me cuentas. —Me guiñó un ojo—. Además, hoy tengo una operación importante, necesito mantenerme despierta.

—¿Quieres que cuide de Sofi?

—No te preocupes, esta tarde tiene un cumpleaños en casa de una amiga, la recogeré cuando acabe.

—Vale, si se te complica la cosa, avísame y voy a por ella. —El camarero se acercó y nos sirvió la comida—. Marta, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro, dime.

—¿A ti también te pasó?

—¿A qué te refieres exactamente?

—A la soledad. —Hice una pausa—. Al silencio.

—Yo no estaba sola —dijo señalándose la barriga—. Pero sé a qué te refieres.

—La echo de menos.

—Es normal. —Apretó mi mano—. Las rupturas no son fáciles.

—No se trata solo de eso.

—¿Y qué pasa?

—Que ella pretende que seamos amigos. Y yo… —Chasqueé la lengua contra el paladar—. Me muero cada vez que la veo con él. Sinceramente, preferiría que me odiara, que no quisiera verme nunca más, yo saldría de su vida y en unos días, meses o, quizá años, la olvidaría. Pero no, ella quiere que haga como si nada, como si lo que hubo entre nosotros no hubiera existido. Eso es lo que más me duele.

Apretó los labios sin saber bien qué decir y, francamente, nada de lo que pudiera añadir me serviría de ayuda. Seguimos comiendo y cambiamos de tema. Cuando terminamos, la acompañé hasta la puerta de la clínica.

—Oye, respecto a lo de la soledad… —dijo con una chispa en la mirada—. Tengo una solución.

—Miedo me das, primita.

Me hizo un gesto para que la siguiera y entramos a la consulta. Marta se había volcado en cuerpo y alma para abrir su propio negocio y, tras mucho esfuerzo y sacrificio por su parte, lo había conseguido.

—Espera aquí.

Apareció poco después con un pequeño cachorro en brazos que no dejaba de temblar. Lo dejó suavemente en el suelo y le dio una golosina.

—Lo trajeron ayer desde una protectora de la zona —dijo mientras le acariciaba suavemente el lomo—. Llamaron a la policía, pero no tiene chip. Al parecer lo habían abandonado en una carretera poco transitada y alguien les dio el aviso. En cuanto lo revisemos, estará listo para ser adoptado. Una protectora de la zona se encargará

de todos los trámites.

El perro lanzó un pequeño ladrido y me agaché para mirarlo. Era completamente blanco y en los ojos tenía dos manchas negras que parecían un par de parches. Movió la cola cuando le acaricié la cabeza y me dio un lametazo en la mano.

—Le gustas.

—Es precioso, seguro que encontráis a alguien.

En ese momento una chica con una larga melena rubia salió de una de las consultas. Parecía más joven que yo, vestía una bata blanca y en una de sus manos sujetaba una jeringuilla.

—Hola, ¿vas a adoptar a Balto? —dijo señalando al cachorro.

—Esta es mi compañera Melisa —apuntó Marta.

Me incorporé y unos enormes ojos color caramelo chocaron conmigo. Los rayos de sol que se colaban por las ventanas en ese momento hacían que su piel se tornase de un tono cobrizo y unos labios carnosos y rosados me regalaron una bonita sonrisa, formando un conjunto que te incitaba a sonreír también. Me humedecí los labios y le tendí la mano.

—No, no habíamos coincidido. Soy Hugo, encantado.

—Es mi primo —intervino Marta—. Te he hablado de él alguna vez.

—En realidad, su tío es mi padrastro, pero me toca sufrirla igual —bromeé.

Marta me sacó la lengua y siguió hablando:

—Le estaba diciendo que quizá adoptar a Balto sería una buena opción… Se ha quedado soltero y le vendría bien algo de compañía.

Le lancé a Marta una mirada envenenada, pero ella ni se inmutó.

—No sé si debería… Me gustan los perros, pero es una gran responsabilidad y no creo que sea una decisión que se deba tomar a la ligera…

—A mí me encantaría tener uno —señaló Melisa—, pero mi pareja les tiene alergia. Si no, ni me lo pensaba.

—Yo creo que es alérgico a la vida —especificó Marta poniendo los ojos en blanco y dirigiéndose de nuevo a mí añadió—. Piénsatelo y me dices algo.

—Lo has hecho adrede. Ahora no voy a poder olvidar esta carita. —Cogí al cachorro en brazos—. ¿Te harás muy grande verdad? ¡Mira que patas, son enormes!

Salí de la consulta con el número de la protectora anotado y con la sensación de que se avecinaban algunos cambios en mi vida.

Cuando fui a recoger a Balto a la protectora dos días más tarde, me acerqué a la clínica para que Marta le echara un vistazo. Ella y Sofía, me esperaban impacientes.

—¡Qué bonito es! —exclamó la pequeña nada más verlo.

En ese momento, una fragancia que reconocí a la perfección invadió toda la estancia. Mierda, ese olor… La compañera de Marta salió en ese momento de su consulta y me hizo un gesto para que pasase. Llevaba el mismo perfume que le había regalado a Lucía las últimas Navidades que habíamos pasado juntos.

—Mel, ¿sabes que este es mi tito Hugo?

—Sí, nos han presentado esta mañana. —Clavó su mirada en mí y susurró un dulce «hola».

—Hola —murmuré y la seguí hasta la sala.

Una vez allí subí a Balto a la camilla y tras un chequeo rápido añadió:

—Estos son todos los papeles que necesitas: la cartilla de vacunas, los datos del chip… También te he apuntado aquí, —Señaló una de las hojas—, los piensos que solemos recomendar nosotros, pero puedes darle cualquiera que sea para cachorros. Vas a hacerle muy feliz, Marta me ha contado que tienes un jardín enorme…

Siguió hablando, pero dejé de escuchar, solo podía pensar en ese maldito aroma.

—¿Te parece bien?

—¿Qué? —dije.

—El pienso —Me miró perpleja—. ¿Te pongo un saco pequeño y

pruebas si le va bien?

—Ah, sí claro, perdona.

—También te hará falta un cinturón para atarlo al coche.

Marta entró a la sala donde estábamos para avisarnos de que todo estaba recogido y que podíamos irnos.

—¿He adoptado un perro o un bebé? —pregunté alzando las cejas una vez salimos de allí.

—Es ilegal llevarlo suelto en el coche —dijo Melisa.

—Hazle caso —señaló Marta—, estás hablando con la heredera de un gran bufete de abogados.

—Yo solo entiendo de animales —aclaró ella.

Tras unas cuantas indicaciones más, me despedí de ellas. Até al perro en la parte trasera, tal y como me habían indicado, y una vez estuve al volante le dije:

—Nos vamos a casa pequeño, te va a encantar.

El animal giró la cabeza en señal de entendimiento y yo pensé que, definitivamente, me estaba volviendo loco.

3. Ese chico

Carlos todavía no había llegado. Era casi la hora de cenar, pero supuse que, como de costumbre, se habría entretenido en la oficina. Me preparé un sándwich vegetal y lo devoré en el sofá mientras veía un documental sobre animales marinos. En él hablaba del lado oscuro del océano, de todo aquello que escapa del conocimiento humano.

Cuando terminó me di cuenta de que se me había caído un poco de salsa césar sobre uno de los cojines y lo limpié rápidamente con un paño húmedo. Si Carlos hubiera estado allí me habría dicho que «cenar en el sofá era de pobres» o que «era poco glamuroso». A veces, mi madre y él hablaban del mismo modo, como si se hubieran graduado en el *British College* de gente repipi.

Debía ser de madrugada cuando noté que alguien se metía en la cama intentando no hacer ruido, pero yo seguía despierta. Fui al baño y para cuando salí, Carlos ya se había dormido. Me quedé observándolo. Estaba apoyado de espaldas a mí, con el pelo perfectamente peinado, como si estuviera posando. Estaba guapo hasta dormido, pero a mí, tanta perfección me provocaba una sensación extraña en el estómago.

Cuando a la mañana siguiente se me cayó una sartén al suelo no fue inintencionadamente. Estaba molesta por el hecho de que la noche anterior hubiera llegado tan tarde sin ni siquiera haberse molestado en avisarme.

—Buenos días —dijo asomándose con su particular pijama gris a cuadros.

—Lo serán para ti. —Di un sorbo al batido que acababa de prepararme.

—Estuve trabajando hasta tarde, luego fuimos a tomar algo con unos inversores y la cosa se alargó más de la cuenta.

—Te pasas el día pegado al teléfono —dije en un tono nada amigable—. No te costaba nada enviarme un mensaje.

—Perdóname. —Se acercó a mí y me cogió de la cintura—. Estás muy guapa cuando te enfadas. Venga vístete, hemos quedado para comer en el club.

Mentiría si dijera que me gustaba ir al club. La mayoría de los socios solo se paseaban por allí para reunirse en el restaurante con los amigos y hablar de lo maravillosa que era su vida. Por suerte, Olga y David eran la excepción. Cuando llegamos, ellos ya estaban allí con Alejandro en su regazo. El pequeño estiró sus bracitos nada más verme.

—¿Cómo está el bebé más bonito del mundo? —dije sosteniéndolo y poniendo vocecita.

—¿Por qué le hablas así? —murmuró Carlos al tiempo que saludaba a mis amigos.

Digo mis amigos porque no éramos la típica pareja que comparte amistades. Él tenía los suyos y yo los míos. Bueno, en realidad solo tenía a Olga y a Marta, ya que me había pasado gran parte de mi adolescencia perdida entre libros y apuntes. Apenas habló con ellos y aprovechó que vio a alguien para escabullirse.

—Se te cae la baba —dijo David.

—Es que tenéis un hijo que es perfecto.

—Mel… No me aguanto más, hay algo que queremos pedirte. —Olga me miró con ternura—. David y yo hemos estado hablando y… bueno, esto es para ti.

Me entregaron un paquete perfectamente envuelto con un papel infantil. Olga cogió al pequeño en brazos y añadió:

—Ábrelo.

Rompí el envoltorio con ansia y cuando vi el interior no pude evitar emocionarme.

—¿En serio? —dije conteniendo la alegría y releyendo el mensaje.

—Sí, lo bautizaremos en septiembre.

Dejé la taza sobre la mesa y cogí al pequeño. Ser su madrina me

hacía una ilusión enorme. Lo alcé en el aire y dio una palmada con sus manitas.

—Creo que está de acuerdo.

Los tres reímos y por unos instantes me sentí la persona más afortunada de mundo. Mi felicidad duró unos instantes, hasta que vi a Carlos a lo lejos haciéndome un gesto con la mano para que pasáramos al restaurante. Me despedí de ellos y quedé con Olga en vernos pronto.

Habíamos quedado para comer con unos compañeros de su oficina y, aunque no me apetecía en absoluto, fingí una de mis mejores sonrisas y entré con él.

Aprovechando que terminamos pronto, le propuse ir a ver a mis padres, pero se excusó diciendo que tenía demasiado trabajo, así que fui yo sola. Desde hacía años vivían a las afueras de Madrid o, como diría mi madre, «en una enorme casa en la sierra».

Llamé al timbre y el portero me abrió sonriente. Debía de ser nuevo, pues no lo conocía. Recorrí el enorme jardín delantero, pasando entre los diferentes árboles y arbustos que mi padre había plantado cuando Caye y yo éramos pequeñas. Cuando llegué a la zona de la piscina, la encontré tomando el sol en una de las hamacas del jardín.

—¡Hermanita! ¿Qué haces aquí? —Le di un beso.

—He venido a ver a mamá, pero no está, como de costumbre.

—¿Y papá?

—En su despacho.

—Como de costumbre. —Reí.

—Oye, Mel —dijo incorporándose—, ¿todo bien?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé, el otro día me dio la sensación de que las cosas entre Carlos y tú…

—Está todo bien. ¿Sabes que tengo un ahijado? —dije en un amago de cambiar de tema.

—¡¿Alejandro?!

—Me lo han dicho hoy Olga y David —afirmé ilusionada.

—Ese niño te tiene loquita, ¿eh?

Sonreí y entré en la que fue mi casa. Un sentimiento de nostalgia me atravesó el pecho cuando llegué a mi habitación. Mis padres la habían dejado igual que cuando me fui. El aire entraba por la ventana, moviendo a su paso dos cortinas blancas con motivos florales. La cama, pequeña y de un roble oscuro, yacía en el centro junto a una mesita del mismo color.

Me tumbé apoyando la espalda en el colchón, fijando la vista en el techo, recordando todo lo que había vivido entre esas cuatro paredes azules. Mi madre se aferró durante un tiempo a la idea de que mi habitación fuera blanca, como el resto de la casa, pero yo me empeñé en pintarlas de ese color que tanto me recordaba al mar, transportándome a los veranos con mis abuelos en las playas de Barcelona. Sin duda alguna, mi habitación fue el único lugar de la casa en el que pude sentirme yo misma, lejos de las normas, de los protocolos, de las apariencias… lejos de ese mundo al que nunca pertenecí.

Por suerte, mi padre era diferente. Rondaba los setenta, pero tenía un espíritu libre y para nada conservador. Ser padre a los cuarenta y tantos debió de ser duro para él, siempre me decía que no podría conocer a sus nietos y yo sentía otra carga más sobre mis hombros. Lo encontré sentado en su despacho, junto al ordenador. El pobre llevaba media vida trabajando y ahora que podía retirarse a descansar y disfrutar de todo lo que tanto le había costado conseguir, no quería.

—Papá —dije intentando no asustarle.

—Mel, no te he escuchado entrar. —Se incorporó y me abrazó—. ¿Has venido sola?

—Sí.

—¡Qué bien! —Me guiñó un ojo y se cruzó de brazos apoyándose en su viejo escritorio—. A ver, cuéntame, que excusa te ha puesto *el señorito.*

No pude evitar soltar una carcajada. Sin duda alguna, la forma en la que mi padre se refería a Carlos me hacía gracia.

—Trabajo.

—Eso sí que no me lo esperaba —dijo en tono irónico—. ¿Cómo estás cariño?

—Bien. Aunque… os echo de menos. —Me dejé caer sobre uno de los sillones—. Bueno, te echo de menos.

—Y yo a ti, esta casa no es lo mismo sin vosotras. Pero, ¿sabes que puedes volver siempre que quieras?

—Soy una mujer adulta papá.

—Lo sé, mi vida, pero eso no implica que no nos necesites.

—¿Y mamá?

—No lo sé. ¿No está en casa?

—Papá… ¿vosotros habláis?

—Poco. —Rio—. Sabes que no es una mujer de muchas palabras.

—¿Siempre ha sido así?

—¿Así como?

—Tan estirada. —Resoplé.

—Mel, no digas eso, es tu madre y te quiere. Es solo que…

—Que no soy como ella quiere —le interrumpí.

—Mi pequeña. —Sonrió y un sinfín de arrugas se amontonaron alrededor de sus ojos—. ¿Sabes qué? Tú y tu hermana sois lo mejor que tengo y eso se lo debo a tu madre.

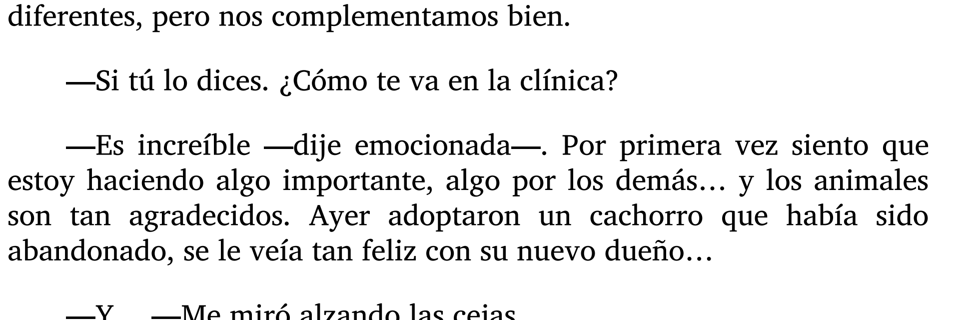
—Pero papá, en la vida hay más cosas aparte de eso. ¿Qué me dices del amor?

—El amor es para los jóvenes cariño. —Me miró con dulzura—. Yo soy un vejestorio sin tiempo para eso.

—No es verdad, si pareces un chaval —bromeé.

—¿Qué me dices tú del amor? —preguntó serio.

—Papá… Carlos y yo nos queremos, es cierto que somos muy



diferentes, pero nos complementamos bien.

—Si tú lo dices. ¿Cómo te va en la clínica?

—Es increíble —dije emocionada—. Por primera vez siento que estoy haciendo algo importante, algo por los demás… y los animales son tan agradecidos. Ayer adoptaron un cachorro que había sido abandonado, se le veía tan feliz con su nuevo dueño…

—Y… —Me miró alzando las cejas.

—¿Cómo qué y?

—No sé, parecía que había algo más que quisieras decir.

Sonreí al darme cuenta de lo bien que me conocía mi padre. Sin duda alguna ese chico me había llamado la atención, había algo en su forma de hablar, tan dulce, en sus ojos azules, en su sonrisa, qué sonrisa.

—¿Quieres un consejo? —le dije.

—Claro, dime.

—Nunca se es demasiado viejo.

—¿Puedo darte yo otro? —Asentí con la cabeza—. No se es joven eternamente, así que disfruta ahora que puedes.

—Lo haré. —Le di un beso y me despedí de él.

No supe bien qué quiso decirme, pero sin duda alguna, estaba dispuesta a descubrirlo.

4. Esa chica

Balto se adaptó a la perfección a su nuevo hogar, tan bien que en menos de un día se había convertido en el dueño de mi cama. No sé por qué me molesté en poner la suya en el salón porque había estado durmiendo conmigo desde que llegó.

Era viernes, hacía poco que habíamos acabado de rodar la segunda temporada de una nueva serie en la que estaba trabajando y eso suponía más tiempo libre, lo que me llevaba a pensar en una sola cosa: Lucía.

Me metí en la ducha, más por despejarme que por otra cosa. El agua fría me sentó bien, pero no solucionó mis problemas. Por la tarde, Marta me mandó un mensaje cuando se fue el último paciente invitándome a salir, así que me pasé por allí y la esperé fuera. Ella y su compañera salieron riendo mientras hablaban.

—Pobre chico eres muy cruel —le decía esta.

—No me gusta nada… ¡Hugo! —Se giró hacia a mí—. No sabía que ya habías venido. Oye, ¿te importa que venga Mel?

—Hola. —Me acerqué, besé a Marta y le di dos besos a su amiga. Joder, esa maldita colonia iba a volverme loco—. No, claro que no.

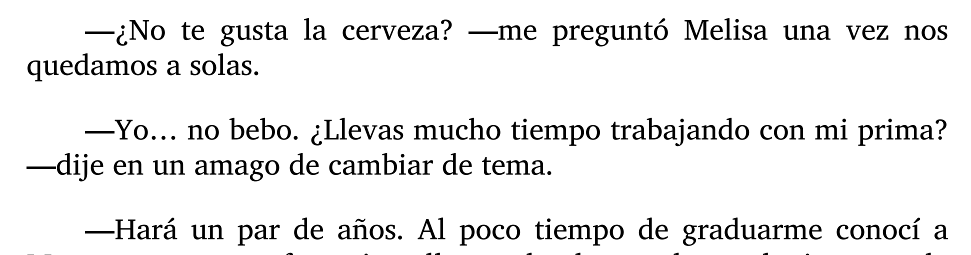
Subimos en mi coche y conduje hasta Malasaña. Me gustaba esa zona, llena de tiendas y locales modernos marcados por los años ochenta. El único inconveniente era que la gran mayoría de terrazas estaban abarrotadas. Tras una larga caminata, encontramos una mesa en una cervecería en la que sonaban viejas glorias del rock and roll.

—¿Qué queréis tomar? —preguntó el camarero.

—Una caña —respondieron ellas casi al unísono.

—Yo una Coca-Cola.

—Chicos, voy al baño un segundo —dijo Marta incorporándose.



—¿No te gusta la cerveza? —me preguntó Melisa una vez nos quedamos a solas.

—Yo… no bebo. ¿Llevas mucho tiempo trabajando con mi prima? —dije en un amago de cambiar de tema.

—Hará un par de años. Al poco tiempo de graduarme conocí a Marta en una conferencia, ella estaba buscando a alguien que le ayudase en la clínica y, aunque yo no tenía experiencia, decidió darme una oportunidad. Es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. —No pudo evitar esbozar una sonrisa—. Aunque me gustaría irme al extranjero a estudiar una especialidad.

—¿En qué te quieres especializar?

—Cardiología. En Londres hay una universidad buenísima, pero ahora mismo me resulta un tanto complicado compaginarlo con mi vida personal…

Marta llegó justo en ese momento y se sentó entre nosotros. El camarero se acercó poco después y nos sirvió las bebidas.

—¿Y tú? ¿A qué te dedicas? —me preguntó retomando nuestra conversación.

—Soy actor.

—¿En serio? Qué emocionante. —Me miró con ojos brillantes—. Marta no me había dicho nada.

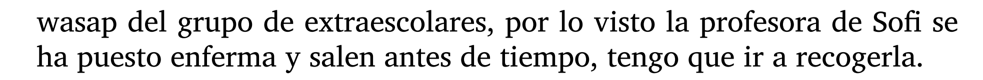
—Lo cierto es que tengo suerte de trabajar en algo que me apasiona.

—Yo siempre digo que para mí levantarme cada mañana e ir a la clínica no es un trabajo. Disfruto tanto con lo que hago... Por cierto, ¿cómo está Balto?

—Genial. —Saqué el móvil y le enseñé una foto que le había hecho esa misma mañana en el jardín.

—Se le ve muy feliz —dijo observando la imagen—. Guau, menudas vistas. Debes de vivir en un lugar increíble. Yo vivo en un ático en el centro, así que mis únicas vistas son un sinfín de edificios.

—Chicos —nos interrumpió Marta que hasta ese momento se había mantenido ajena a nuestra conversación—, me ha llegado un


wasap del grupo de extraescolares, por lo visto la profesora de Sofi se ha puesto enferma y salen antes de tiempo, tengo que ir a recogerla.

—¿Quieres que te lleve?

—No te preocupes —dijo sin levantar la vista de la pantalla del móvil—, pasa un bus en cinco minutos, me voy pitando.

Se incorporó, dejó caer unas monedas sobre la mesa y, antes de que pudiéramos decir nada, salió a toda prisa.

—Creo que yo también debería irme —dije un poco incómodo. Melisa y yo apenas nos conocíamos y me resultaba un tanto forzado estar a solas con ella—. Tengo cosas que hacer…

—Sí, yo también. Ha sido un placer conocerte. —Se incorporó nerviosa—. Bueno, ya nos conocíamos, pero me refería a volver a hablar contigo.

—Lo mismo digo. Hasta la próxima.

Le di dos besos, me acerqué a la barra para pagar y ella se colocó junto a mí. Le indicó al camarero que cargase todo en su tarjeta y antes de que pudiera oponerme ya estaba pasándola por el datáfono. Me miró sonriente, cogió mi mano y soltó las monedas que Marta había dejado antes de irse.

—Yo invito, hasta la próxima.

Dio media vuelta y salió del establecimiento dejándome allí plantado, preguntándome qué tenía esa chica que le hacía tan especial.

Tardé unos segundos en darme cuenta de que habíamos ido hasta allí con mi coche. Salí corriendo tras ella y la vi cuando estaba a punto de girar la esquina.

—¡Espera! —grité al tiempo que corría hasta donde estaba ella—. ¿Te acerco?

—No te molestes, cogeré un taxi.

—De verdad, no me importa.

Durante el trayecto me contó que su familia esperaba que formara parte del bufete de abogados de su padre, pero ella siempre tuvo claro que se dedicaría al cuidado de animales. El brillo en su mirada y la

pasión con la que hablaba de su profesión, eran propios de alguien que realmente ama lo que hace.

—Es justo ahí, el número diez —me indicó señalando un portal—. Muchas gracias por traerme, no hacía falta.

Paré el motor y con una sonrisa sincera le dije:

—No es molestia. Adiós, Melisa.

—Puedes llamarme Mel.

Bajó del coche y me esperé hasta que entró en el portal. Estaba ya saliendo del centro cuando, parado en un semáforo, miré a mi lado y vi un iPhone en el asiento del copiloto. Melisa debía habérselo dejado. Estaba a punto de llamar a Marta, cuando el móvil empezó a sonar. Leí «casa» en la pantalla y descolgué.

—¿Sí?

—Hugo, soy Mel. Me he olvidado de coger el móvil.

—Sí, iba a llamar a Marta para ver si podía avisarte de algún modo… ¿Quieres que te lo acerque?

—No te preocupes, voy yo a por él. Me sabe mal hacerte volver.

—No pasa nada. Enseguida estoy ahí.

Melisa me esperaba en el portal, se había cambiado y llevaba un chándal de color gris. Al bajarme del coche me recibió con cara de alivio.

—Uf, casi me da algo. Creía que lo había perdido. Gracias.

—No hay de qué.

—¿Te apetece tomar algo? ¿Una Coca-Cola? Para compensarte el viaje.

—Oh, no, no te preocupes. Tengo el coche en doble fila —me excusé.

—Tengo dos plazas de garaje. Puedes dejarlo ahí.

—Es que tengo cosas que hacer…

—Vale, no te preocupes. Otro día quizá —dijo un tanto decepcionada.

—Nos vemos…

Di media vuelta, sin darle oportunidad de que volviera a insistir. Realmente no tenía nada qué hacer, nada más que estar solo, tirado en el sofá. Tenía que hacer algo con mi vida, estar en casa prácticamente todo el día no me hacía ningún bien. Me giré de nuevo y ahí seguía.

—Creo que me da tiempo a tomar algo rápido.

Dio una palmadita al aire y me cogió del brazo. Me sorprendió esa muestra de confianza, pero no le di mayor importancia.

—¿Dónde vamos? —pregunté sorprendido.

—A aparcar.

Dejamos mi coche al lado de un pequeño seiscientos de color blanco que debía de ser suyo. Subimos en el ascensor que nos llevó hasta la planta trece. Al entrar, un espacio diáfano se abría paso ante nosotros.

—Guau, esto es increíble —dije señalando a través de dos enormes ventanales desde los que se vislumbraba toda Madrid.

Junto a la entrada había una larga escalera de caracol que conectaba ambas plantas. A escasos metros, se encontraba la cocina separada del salón por una enorme barra de mármol blanco en la que había un par de taburetes de madera. Melisa me hizo un gesto para que me sentara y se acercó a la nevera. No pude evitar sonreír al ver como tenía que colocarse de puntillas para llegar a la balda superior, pero aun así no conseguía llegar a las bebidas.

—¿Te ayudo? —le pregunté acercándome por detrás y extendiendo uno de mis brazos.

—¿Puedes coger la bebida? Está en la balda superior —dijo girándose y quedándose a escasos centímetros de mí—. Es un tanto complicado cuando mides uno sesenta.

—No eres tan bajita —dije tendiéndole lo que me había pedido.

—No he dicho que lo fuera. —Frunció el ceño alejándose un poco.

—Perdona, no quería…

Se echó a reír.

—Estaba tomándote el pelo, tranquilo. Tienes que dejar de tomarte la vida tan en serio. Es un consejo.

Melisa colocó en la encimera un par de platos con frutos secos y aceitunas y se sentó en frente de mí.

—¿Vives aquí desde hace mucho? —dije dando un sorbo a la bebida.

—Carlos y yo nos mudamos aquí hace cuatro años. Me lo regalaron mis padres cuando acabé la carrera.

—Menudo regalo…

—Mi madre es así —dijo con una sonrisa casi mecánica—. Nada sentimental o simbólico, ella te regala una casa como si nada.

—Lo dices un tanto molesta.

—Es una larga historia.

La miré con curiosidad. Hacía unas horas me sentía incomodo estando con ella a solas en un bar abarrotado de gente y, en ese momento, estaba a gusto en su casa, en la que por lo visto vivía con alguien más. Nos terminamos las bebidas y pensé que era un buen momento para irme, le agradecí la invitación y me acompañó hasta el garaje para abrirme la puerta.

—Ha sido un placer —dije a través de la ventanilla.

—Lo mismo digo.

Cuando llegué a casa, Balto me esperaba ansioso por dar un paseo, así que le puse la correa y salimos a la calle. Lo cierto es que me vino bien para despejarme, pero al entrar en casa, un sentimiento de soledad me invadió de nuevo .

—Solo te tengo a ti colega —dije mirando al perro que al escucharme movió la cola y se tumbó sobre el sofá.

Desde que Matilde se había ido habían pasado por mi casa cientos de asistentas, pero no era lo mismo. Ella no solo trabajaba para mí, era como una madre. Sabía que no había sido una decisión fácil, pero la edad empezaba a pasarle factura y necesitaba un descanso. Me prometí que iría a verla pronto y me tumbé en el sofá con la intención

de evadirme viendo alguna película, pero no funcionó.

5. Sí quiero

Entré de nuevo en casa con la esperanza de que Carlos llegara pronto ese día y charlásemos mientras cenábamos, pero no fue así. Desde que lo habían ascendido en su trabajo se pasaba la mayor parte del tiempo en la oficina y cuando venía a casa se encerraba en el despacho. Al principio no me importaba, así tenía tiempo para mí, para estar conmigo misma, centrarme en mi carrera e incluso hacer yoga y meditación … pero eso no quitaba que en ciertos momentos me sintiera sola.

Quería llegar a casa y tener alguien con quien hablar, pero Carlos y yo coincidíamos lo justo y cuando lo hacíamos, ni siquiera me escuchaba. ¿En qué momento habíamos descuidado tanto nuestra relación? Íbamos a deshoras. Cuando yo tenía tiempo libre él estaba ocupado y cuando él tenía tiempo libre… nunca era para mí.

Miré el reloj, era temprano para cenar, pero estaba cansada, así que me calenté una crema de calabaza precocinada que había comprado el día anterior en un supermercado ecológico. Abrí la ventana y un soplo de aire fresco me revolvió el pelo. Entre los enormes edificios se colaban los últimos rayos de sol del día, aunque la altura de estos no me dejaba disfrutar al cien por cien del paisaje. Ver atardecer desde casa de Hugo debía de ser un espectáculo.

Cuando Carlos llegó hacía rato que me había quedado traspuesta en el sofá. Cerró la puerta tras de sí, se quitó los zapatos y entró a hurtadillas en el baño. Me incorporé somnolienta, le echaba de menos y me pareció divertido entrar tras él y desnudarme.

—Cariño…—dije metiéndome en la ducha con él.

—¡Joder! —Dio un respingo—. Me has asustado, Melisa. Creía que estabas durmiendo.

—No me llames así, sabes que no me gusta. Es como me llama mi madre —me quejé.

—¿Qué haces aquí?

—Pues… —Lo abracé por detrás—. He pensado que quizá te apetecía que nos bañásemos juntos…

—Estoy cansado. —Se apartó un poco—. Quiero ducharme y meterme en la cama.

—¿No tienes ni diez minutos para mí? —dije un tanto molesta.

—Melisa… Mel —corrigió—, no me apetece.

—Está bien. —Salí y me enrollé con la toalla—. Cualquiera diría que te ves con alguien.

—Pero, ¿qué dices? —Salió tras de mí sin apenas enjuagarse—. Escúchame, estoy ocupado con… algo. Nos acostamos pronto hoy y te prometo que mañana seré todo tuyo.

—Vale. —Cogí mi ropa y salí a la habitación.

Al día siguiente acudimos a la celebración de las bodas de oro de mis padres. Me puse un vestido de Zara, solo por fastidiar a mi madre, y doné el dinero que me había prestado a una protectora de animales. Carlos eligió su traje favorito de Armani y, aunque me miró de reojo con el ceño fruncido, no dijo nada sobre mi vestimenta.

Una vez allí, saludamos a algunos invitados y fuimos a felicitar a mis padres, que se encontraban en la zona central del jardín. De pequeña me encantaba jugar ahí, era uno de los lugares favoritos de mi casa. Cuando Caye y yo éramos adolescentes, solíamos escondernos entre todos aquellos árboles frondosos para fumarnos algún que otro pitillo, en un afán de rebeldía. Sin embargo, cuando fuimos a la universidad nos centramos de pleno en nuestras respectivas carreras y, aunque dejé de fumar, para mi madre seguí siendo la hija rebelde.

—Señores Duarte —dijo Carlos saludando a mis padres. Él y sus formalismos.

—¿Cómo estás, querido? —preguntó mi madre.

—¿Querido? ¿Qué estamos en el siglo XV? —repliqué.

Mi madre me lanzó una mirada envenenada, pero no dijo nada. Simplemente se limitó a observarme de arriba abajo mostrando su desaprobación con el modelito que había escogido. Yo sonreí de placer.

—¡Melisa! —exclamó Caye al verme.

—Cayetana, por favor, no grites —le replicó mi madre.

Mi hermana, haciéndole caso omiso, me dio un fuerte abrazo y saludó a Carlos con un par de besos.

—Si me disculpáis —dijo este alejándose y perdiéndose entre la gente.

—¿Y a este qué le pasa? —preguntó mi padre.

—No lo sé, lleva todo el día rarísimo.

En ese momento, unos viejos amigos de mis padres vinieron a saludarlos y mi hermana y yo aprovechamos para escabullirnos. Nos colocamos en la zona más alejada del gentío, junto al bufé. Mi madre siempre decía que comer en ese tipo de eventos no era propio de una señorita, pero lo que no sabía es que yo de eso tenía bien poco.

—Mmm —dije llevándome un canapé a la boca—. Esto está buenísimo.

—Por lo menos no hables con la boca llena. —Me espetó Caye.

—¿Te he dicho alguna vez que eres igualita a mamá?

—Muchas. —Cruzó los brazos.

—No te enfades, tú eres mucho mejor.

—¿Gracias?

—No te piques.

Estaba mirando hacia el escenario que habían montado, en él una mujer tocaba el arpa mientras otra cantaba. ¿Ostentoso? Qué va, para mi madre todo era poco. Cuando me giré, Caye hablaba con un amigo de mi padre sobre algo del despacho. Genial, me había quedado sola. Me llevé otro aperitivo a la boca y miré a mi alrededor. No conocía prácticamente a ninguno de los asistentes, de hecho, en vez de una comida de amigos parecía una reunión de jubilados. De repente, el sonido de una voz familiar me abstrajo de mis pensamientos.

—Señores y señoras —dijo a través de un micrófono—. En primer lugar, quería felicitar al matrimonio Duarte por su aniversario y, al mismo tiempo, agradecerles que desde que nos conocemos me hayan

tratado como un hijo.

¿Era Carlos subido al escenario? ¿Pero qué…?

—En segundo lugar, Melisa, quiero dirigirme a ti. —Me miró—. ¿Puedes subir?

Una especie de pasillo se abrió entre la gente, cediéndome el paso. Todo el mundo me miraba, así que empecé a caminar hacia él más por inercia que por convicción. Subí por las escaleras que había en el lateral del escenario y me coloqué junto a Carlos. El párpado de mi ojo izquierdo empezó a palpitar con fuerza.

— Lo cierto, es que no he preparado un gran discurso, bien sabes que las palabras no son lo mío. —Rebuscó algo en su bolsillo—. Este último año contigo ha sido mágico y, aunque no suelo decírtelo con frecuencia, sabes que te quiero más que a nada en este mundo. Por eso, quería preguntarte si… —Clavó la rodilla en el suelo, dejó el micrófono a un lado y abriendo una pequeña caja roja dijo—. ¿Quieres casarte conmigo?

Me quedé helada. Por unos instantes pensé que eso no estaba pasando, que se trataba de un sueño o, más bien, de una pesadilla. La gente estaba expectante, habían pasado unos segundos y yo seguía callada, levanté la vista y me crucé con la mirada de mi madre. Lo normal hubiera sido encontrarla conteniendo la emoción y con un mínimo ápice de ilusión, pero no, en sus ojos había algo que nunca antes había visto: aprobación.

Quizá fue por eso, quizá por los nervios o porque un centenar de personas me miraba esperando una respuesta, pero de mi boca solo salieron dos palabras: sí, quiero.



6. Canciones

Balto me despertó lamiéndome la cara, lloriqueaba para que le abriese la puerta y poder salir al jardín. Si hubiera sabido que ese día le tocaba vacunarse no se habría levantado de tan buen humor. Me di una ducha, me preparé un café bien cargado y fuimos en coche hasta la clínica.

Melisa me recibió con media sonrisa, apenas le prestó atención a Balto, lo que me pareció raro, estaba como ida, absorta en sus pensamientos. Me indicó que Marta estaba ocupada con otro animal y

que me atendería ella. Poco después, me hizo un gesto para que entrara a un pequeño cuartito y subiera al perro a la camilla.

—¿Cómo se porta este bichillo? —me preguntó.

—De maravilla, se ha hecho el dueño del jardín, de mi casa y hasta de mi cama.

—¿Duerme contigo? —dijo mientras lo examinaba.

—Sí… —Fruncí el ceño—. ¿Eso es malo?

—¡No, qué va!. —Dibujó una tímida sonrisa—. Pero cuando se haga más grande quizá no quepáis en la cama.

—Bueno, siempre podré irme al sofá.

La visita en el veterinario fue más rápida de lo que pensaba. Se notaba que Melisa realmente amaba su trabajo y se entendió con Balto a la perfección desde el primer momento.

No fue hasta seis meses después cuando la volví a ver. Había salido a correr. Me ayudaba a evadirme de mis pensamientos, liberar endorfinas me hacía sentirme realmente bien. Balto corría a mi lado, le había comprado un arnés que me permitía llevarlo atado a la cintura, otorgándonos bastante movilidad a ambos. Melisa caminaba hacia a mí con un chico a su lado, reduje el paso y me paré cuando los tuve lo suficientemente cerca.

—Hola —dije guardando cierta distancia.

—¡Hugo, qué casualidad! —Me dio dos besos y se acercó a Balto —. ¡Madre mía, estás enorme!

—Ha crecido muy rápido. —Me pasé el dorso de la mano por la frente, estaba sudado y hecho un asco.

—Él es Carlos, mi prometido. —El chico me tendió el brazo con cierto reparo—. Hugo es el primo de mi compañera Marta, adoptó a este peludete hace unos meses.

Mentiría si dijera que hacían una pareja perfecta. Melisa era una chica sencilla, dulce y también algo impredecible. Sin embargo, ese tipo parecía de lo más estirado y con cierto aire de superioridad, pero

quién era yo para juzgar a nadie.

El perro, emocionado al ver a Melisa, dio un tirón para acercarse a ella, pero el tal Carlos se asustó y retrocedió unos pasos.

—No hace nada —le dije.

—No es eso, es que tengo alergia.

—¿Sueles salir a correr por aquí? —me preguntó ella intentando disipar la tensión que había en el ambiente.

—Sí, vivo a unas cuantas manzanas.

—¿Ah sí? —Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. Nosotros estamos mirando casas por esta zona.

—Qué bien —añadí—. Es muy tranquila.

—Vamos a echar un vistazo. Me alegro de verte.

—Igualmente, nos vemos. —Me despedí con la mano y seguí mi camino.

***

Era sábado. Estaba saliendo de la ducha cuando recibí una llamada de Marta: Sofía dormía en casa de una amiga y le apetecía salir a tomar algo. Si os soy sincero, no tenía muchas ganas, pero hacía tiempo que no hacíamos planes juntos, así que acepté. Estaba cambiándome cuando me llegó un mensaje de Marta, avisándome de que había invitado a su amiga Melisa y que pasara a recogerlas a las diez.

Las esperé aparcado junto a la puerta de Marta, de fondo sonaba *Mrs.* de Leon Bridges y cuando me quise dar cuenta estaba tarareando su letra:

«And you try to leave when I need you the most…»

—Hola —dijeron al unísono cuando subieron al coche.

—Buenas noches, señoritas.

—¿Qué es esto? —preguntó Marta señalando la radio.

—Un *blues.*

—¿Qué tienes ochenta años? —Me miró alzando una de sus cejas.

—A mí me gusta —apuntó Melisa asomándose desde el asiento trasero.

Marta puso los ojos en blanco, pero no dijo nada.

Poco después llegamos a un pub de La Latina que estaba a reventar. La música estaba altísima, Melisa señaló con el dedo índice una mesa libre al otro lado de la pista y, aunque nos llevamos un par de empujones, conseguimos llegar.

—Voy a por unas copas —nos informó Marta—. Hugo, ¿coca cola?

—Sí, perfecto. —Me giré hacia Melisa que se miraba la mano, inquieta—. ¿Todo bien?

—Sí. Esta música es horrible —dijo sin mirarme.

—Es bastante mala, sí. —Me acerqué un poco más a ella para poder hablar—. ¿Qué tipo de música te gusta? —dije intentando no desgañitarme.

Era un tópico, sí. Pero mi cabeza estaba en otra parte y no me apetecía tener una conversación, al menos, no de las de verdad.

—Pues depende bastante de mi estado de ánimo, pero se podría decir que el rock y el blues son mis dos géneros favoritos. Aunque últimamente hay una canción que no paro de escuchar *She will be loved* de Maroon 5 .

—Es un temazo —dije apoyando uno de mis brazos sobre el respaldo del sofá.

—Sí. —Se encogió de hombros—. Supongo que al final las personas solemos escuchar canciones con las que nos sentimos identificados, que nos hacen sentir.

Me sorprendió el giro de la conversación. Sus palabras escondían cierta melancolía, pero no la conocía lo suficiente como para indagar más y me limité a asentir con la cabeza.

—¿Y a ti? ¿Qué música es la que te remueve?

Me lanzó una mirada penetrante, como si realmente le importara la respuesta a esa pregunta. La música que me hacía sentir había dejado de gustarme, porque me hacía daño y yo, necesitaba volverme más fuerte. Pero ella eso no lo sabía, y seguía mirándome, esperando una respuesta.

—Crecí escuchando a los Beatles, mi madre era fan de ellos. También me gusta la música ochentera como Coldplay, Seguridad Social, los Hombres G…

—¿Alguna canción en especial?

Sonreí amargamente y, antes de que pudiera contestar, Marta llegó con las bebidas y las dejó sobre la mesa.

—¿Chupitos? —Arqueé una ceja.

—¡Un brindis! —propuso Marta alzando uno de los vasos.

—¿Brindar por qué exactamente? —pregunté.

—Por la vida.

Ambas rieron y se lo bebieron de un trago. Tras ese chupito de tequila fueron otros tres. Yo contemplaba la escena desde fuera como si de una película se tratara. Melisa estaba un poco más relajada, quizá por el efecto del *Jäger,* mientras que mi prima bailaba eufóricamente desde su asiento.

—¿Ese es Sergio? —soltó Marta mirando hacia el otro lado de la sala.

—¿Quién? —pregunté.

—Esperad aquí, voy a saludarle. —Se incorporó como pudo y se perdió entre la gente.

—Creo no deberíamos tardar en irnos… —le dije a Melisa, pero no contestó. Cuando miré hacia donde estaba sentada, la vi sujetándose la cabeza con las manos, como si le costara mantenerse erguida—. ¿Estás bien?

Se tapó la boca con las manos y sin apenas mirarme, se incorporó y salió corriendo. Dudé unos segundos, no quería incomodarla con mi presencia, pero al verla caminar con cierta dificultad, decidí ir tras

ella. Alcancé a ver que se metía en el servicio de hombres, y cuando entré la encontré vomitando en el lavabo. Me acerqué por detrás y le sujeté el pelo, ella me miró avergonzada y dijo algo que no logré entender. Le mojé el cuello y me aparté un poco, dejándole espacio, pero su cuerpo se tambaleó y tuve que rodearla con mis brazos para evitar que se cayera.

Noté el calor que desprendía su cuerpo junto a mi pecho, el corazón se me aceleró durante unos instantes, hacía tiempo que no tenía contacto físico con una mujer y sentirla tan cerca me resultó un tanto incómodo.

Salimos de aquel antro esquivando a las personas que hacían cola para poder entrar. La brisa de la calle hizo que volviera en sí.

—¿Mejor ahora? —dije todavía sosteniéndola.

—Sí… —Se frotó la frente—. Quiero irme a casa.

Me apretaba el brazo con firmeza, como si no fuera capaz de mantener el equilibrio por sí misma. Le señalé un portal que estaba junto al local y se sentó en el escalón de la entrada echando la cabeza hacia atrás.

—Así es mucho peor —dije sentándome a su lado—. Ven. —Le hice un gesto para que se apoyara sobre mi hombro. Le aparté el pelo de la cara y me miró con cierto pesar—. No sé qué es lo que te pasa, pero si quieres un consejo, el alcohol no es la solución. Créeme, sé lo que digo.

Ella tragó saliva, como si hubiera algo que quisiera decir, pero en lugar de hablar, cerró los ojos. Poco después Marta salió a buscarnos.

—Estáis aquí —dijo acercándose hasta donde estábamos.

—Melisa se encuentra mal y hemos salido a tomar un poco de aire fresco. ¿Nos vamos?

—¿Qué le pasa?

—El maldito tequila —dijo ella todavía apoyada sobre mi hombro.

Marta vivía a mitad de camino de casa de Melisa, así que la dejamos primero. Le prometí que me encargaría de que su amiga llegase sana y a salvo y, cómo no, que la llamaría al día siguiente.

Me guio hasta su piso, en Chamartín. Conseguí aparcar, milagrosamente, unas calles atrás, así que me ofrecí a acompañarla hasta su portal. Pensaba que el paseo le vendría bien para despejarse, pero casi se desplomó de nuevo en el ascensor. Subí con ella para asegurarme de que estaba bien, pero nada más entrar en su casa salió corriendo, dejando caer el bolso al suelo.

Me agaché y recogí sus cosas, que se habían esparcido justo en la entrada. Pensaba dejarlo todo en la entrada y volver a casa, pero la escuché devolver tras una puerta que supuse que sería el baño, así que pensé que era prudente esperar a que saliera. Cuando lo hizo, tenía el rostro descompuesto.

—¿Quieres que avise a alguien? —le pregunté preocupado.

—No hay nadie, Carlos tenía un viaje de trabajo. —Se acercó hasta donde estaba yo—. Pero no te preocupes, estoy bien, solo necesito meterme en la cama. —Entrecerró los ojos.

—Oye, me estás preocupando. ¿Estás bien?

No contestó. Dejó caer de nuevo su peso sobre mí, como si mis brazos y su cuerpo estuvieran atraídos por una especie de imán invisible. La cogí en volandas sin apenas dificultad y, tras maldecir en silencio las escaleras de caracol que separaban la zona de estar de las habitaciones, la dejé caer con delicadeza sobre la cama de una de ellas. Lanzó un pequeño quejido, pero poco después se quedó completamente dormida. Respiré profundamente, ese jodido perfume se había filtrado en mi ropa, invadiendo cada uno de mis sentidos.

Me senté en un pequeño diván que había junto a la ventana. Su recuerdo me estaba volviendo loco, necesitaba sacarla de mi cabeza fuese como fuese.

7. Dudas

La cabeza estaba a punto de estallarme y todo me daba vueltas. De la noche anterior solo tenía flashbacks: Marta y yo bebiendo chupitos, la música altísima, la pista de baile abarrotada de gente y… mierda.

La habitación estaba a oscuras, me incorporé con cierta dificultad y me acerqué a la ventana para subir la persiana.

—¡Joder! —grité al ver a Hugo allí—. ¿Qué haces aquí?

—Debí de quedarme dormido —dijo somnoliento—. Anoche te traje a casa, te habías desmayado un par de veces y yo… estaba preocupado.

Era patética. A mis veinticinco años seguía emborrachándome como si fuera una quinceañera y encima había metido a un tío que, prácticamente acababa de conocer, en mi casa. ¿En qué estaba pensando?

—Oye… yo no suelo ser así. —Me tapé la cara con las manos—. No estoy acostumbrada a beber y…

—No pasa nada, solo quería asegurarme de que estabas bien. —Cogió su chaqueta que yacía junto al diván y añadió—. Creo que debería irme.

Lo acompañé hasta la puerta y al pararme junto al recibidor me di cuenta de que llevaba la ropa del día anterior manchada de vómito. «Genial Melisa, un motivo más para no volver a mirarle a la cara».

—Lo siento… —dije cabizbaja—. Por las molestias.

—No te preocupes, no ha sido nada. Nos vemos.

Sinceramente, lo último que me apetecía era volver a verlo, pero siendo el primo de mi jefa sería difícil.

Escuché el sonido del timbre justo cuando estaba terminándome el café. Fue entonces cuando recordé que había quedado con Olga para comer.

—¡Buenos días! —Me miró perpleja—. Pero, ¿qué te ha pasado?

Señaló mi ropa. Necesitaba una ducha con urgencia. Le hice un gesto para que me siguiera hasta la cocina.

—Es una larga historia. ¿Quieres tomar algo?

—Agua con gas y limón, porfi.

—Tú siempre tan rara. —Sonreí.

—Estoy dando el pecho, tengo que cuidar lo que como.

—Es verdad, se me olvidaba.

—¿Me has mirado bien? —dijo señalándose los pechos—. Si parecen dos ubres.

Tenía razón. La Melisa del pasado la hubiera envidiado, pero la actual estaba muy satisfecha con sus «limoncitos». Le serví un agua con limón y cogí mi taza de café para dar un último sorbo.

—¿Desayunando a las doce? —preguntó alzando las cejas—. ¿Anoche te fuiste de fiesta o qué?

—Algo parecido —dije con la boca pequeñita.

—¿Celebraste tu despedida de soltera y no me avisaste?

—No pienso celebrar mi despedida de soltera —refunfuñé.

—Una boda sin despedida de soltera no es una boda, Mel. —Suspiré—. ¿Estás bien?

—Sí… es solo que… me agobio. Carlos llega mañana y por la noche mi madre ha organizado la cena de compromiso. Mira —dije señalando mi brazo—, solo de pronunciar esa palabra se me eriza la piel.

—Mel, —Dio un trago a la bebida—, ¿hay algo más?

—No.

—A mí no me engañas… ¿Qué pasa?

—Pues… —Me senté sobre uno de los taburetes—. No sé, a veces pienso que quizá… me he precipitado.

—Es normal tener dudas.

—¿Y qué hago?

—Lo que te haga feliz.

—Para ti es fácil —lloriqueé—. Tú tienes un marido perfecto, una casa perfecta y ahora un bebé perfecto.

—Mi vida no es perfecta.

—Tu vida es de ensueño. Yo daría lo que fuera por ser tú.

—Me despierto cinco veces cada noche, duermo unas cuatro horas diarias, tengo los pezones agrietados, un cuerpo que no reconozco como mío, una casa que se me cae encima y un marido que quiere tener más hijos. ¿Te parece poco? Y no te he enseñado como tengo… —Se señaló la entrepierna.

—¡Olga! —grité abriendo los ojos de par en par—. No quiero saberlo.

—Espero que vuelva a recuperar su forma original —dijo riendo.

—Pero compensa, ¿verdad?

—Alejandro lo compensa todo —afirmó con una sonrisa—. Mel, las cosas no siempre son como uno imagina, pero lo más importante es sentirse feliz con lo que uno hace.

—Ya… —Me revolví el pelo—. Estoy hecha un lío.

—¿Tú quieres a Carlos?

—Llevamos cinco años juntos, ¿cómo no voy a quererle?

—Pero… ¿estás enamorada de él?

Me quedé callada, y antes de que pudiera contestar, sonó mi teléfono. Era Marta, hablaba a trompicones y no lograba entender lo

que decía. Mencionó algo de una reacción alérgica y me preguntó si podía ir a casa de Hugo lo más rápido posible. Estaba cogiendo mis cosas cuando recibí la ubicación. Le expliqué a Olga que era una urgencia, que le contaría todo en cuanto pudiera y salí corriendo hacia allí.

Hugo me recibió con el rostro desencajado. Me guio hasta a la parte trasera, Balto estaba tumbado en el suelo y se movía con dificultad. Hugo se agachó y le cogió la cabeza.

—¿Qué le ha pasado? —pregunté dejando un pequeño botiquín sobre el césped.

—No estoy seguro, estaba jugando en el jardín, no puede respirar, se está ahogando —dijo con la voz ronca.

—Vamos a ver… —Examiné al animal cuidadosamente hasta que me di cuenta de lo ocurrido—. Tiene la boca hinchada, como si le hubiera picado algo, una abeja tal vez o quizá haya mordido algún panal. Le está dando un shock anafiláctico. Voy a pincharle adrenalina. Necesito que lo sujetes.

Hugo estaba temblando, pero siguió mis indicaciones. Preparé la inyección tan rápido como pude y le administré una dosis. Esperamos unos minutos y poco a poco la respiración de Balto fue regulándose. Hugo me miró con los ojos encharcados y me dio las gracias en un murmullo. Me alejé un poco, dejándoles intimidad.

—Creo que deberíamos ir a la clínica —dije finalmente—. Está fuera de peligro, pero allí lo podremos examinar mejor.

Una vez allí y tras revisar que el animal tenía una frecuencia respiratoria normal, me reuní con Hugo. Estaba sentado en una de las sillas de la sala de espera, con los codos apoyados sobre sus rodillas sujetándose la cabeza con las manos. Me coloqué junto a él y le palmeé la espalda con suavidad.

—Ha sido mi culpa —dijo apretando los labios.

—Estas cosas pasan… no busques culpables, lo importante ahora es que se recupere por completo.

—Gracias. —Me miró fijamente, con unos ojos de un color tan intenso como el mar—. No sé cómo podré agradecértelo, no quiero pensar que hubiera pasado si no hubieras llegado a tiempo.

Se abalanzó sobre mí y me abrazó con fuerza. Hugo era mucho más corpulento que yo, pero en ese momento me pareció tan pequeño que le devolví el abrazo. Notar el calor que emanaba su cuerpo me resultó agradable. Mi cara quedaba a la altura de su pecho, notando como su corazón latía con fuerza. Nos quedamos así unos instantes, hasta que su respiración fue apaciguándose, volviéndose más profunda.

—Hugo… ¿Qué ha pasado? —dijo Marta entrando con Sofía a la consulta—. ¿Está bien? He llamado a Melisa porque me ha pillado fuera de la ciudad.

—Todo ha quedado en un susto. —Se apartó bruscamente y se acercó a la pequeña que lo miraba preocupada.

—Balto es un perro fuerte —añadí—. Creo que deberíamos dejarlo descansar aquí el resto del día.

—Yo puedo quedarme con él —se ofreció Marta.

—De eso nada. Vete a casa con Sofía y descansa. Además, esta noche nos vemos en la feria, ¿no?

—¡Sííí! —exclamó emocionada la pequeña.

—¿Estás segura? Es tu día libre y a mí no me importa.

—De verdad, no tengo nada mejor que hacer.

—Está bien. Cualquier cosa que necesitéis me llamáis. Tranquilo —dijo dirigiéndose a Hugo—, con Mel está en buenas manos.

Era domingo, la clínica permanecería cerrada durante todo el día y todavía quedaban muchas horas por delante. Le pedí a Hugo que se marchara a casa, pero insistió en quedarse, quería estar cerca de Balto.

—¿Has comido?

—No tengo hambre —musitó.

—¿Te gusta la comida tailandesa? Conozco un sitio cerca que prepara comida para llevar.

—No hace falta que te molestes.

—No es molestia. —Dibujé una de mis mejores sonrisas.

—Me gusta —dijo al fin.

Improvisamos una mesa con las sillas de la sala de espera. Hugo estaba un poco más relajado. Yo, por mi parte, estaba un tanto nerviosa. Lo sucedido la noche anterior me avergonzaba y no quería que se llevara una imagen errónea de mí.

—Oye Hugo, respecto a lo de ayer yo… no soy una persona que sale y bebe cada fin de semana…

—No voy a juzgarte, Melisa —me interrumpió—. Acabas de salvarle la vida a Balto, creo que ahora mismo estás en el *top ten* de la gente a la que admiro.

Ambos sonreímos. Hugo tenía una sonrisa preciosa, con unos dientes blancos perfectamente alineados, pero su mirada estaba apagada. Podría haberlo asociado al hecho de que estuviera preocupado por Balto, pero desde la primera vez que lo vi tuve esa sensación.

—Si Carlos llega a encontrarme así, no quiero pensar en cómo habría reaccionado.

—¿Por qué dices eso? —preguntó con el ceño fruncido mientras probaba un plato de *Pad Thai* .

—No sé. —Me encogí de hombros—. Supongo que estoy acostumbrada a dar explicaciones de todo lo que hago y que se sale de «la norma». Mi madre nos enseñó que los protocolos hay que cumplirlos, ella es aún peor que Carlos.

—¿No pertenecerás a la realeza? —se burló.

—A veces lo parece… Para mi madre la vida se basa en las apariencias, en lo que los demás piensen. Estoy segura de que ella sería feliz viéndome casada, trabajando en el bufete de la familia y dándole muchos nietos.

—Y… ¿es lo que tú quieres?

—Yo quiero trabajar con animales, no sería feliz siendo abogada. —Hice una pausa—. Respecto a casarme y tener hijos… sí, supongo

que es lo que toca.

Me removí incomoda en la silla. Me gustaba el ambiente distendido de la conversación, pero estábamos entrando en cosas demasiado personales.

—¿Desde cuándo hay que hacer las cosas porque es lo que toca? —me preguntó inclinándose hacia a mí—. La vida es muy corta como para desperdiciarla haciendo lo que los demás quieren que hagamos.

—¿Crees que no debería casarme?

—Yo no he dicho eso. —Negó con la cabeza—. Pero quizá deberías replantearte si es lo que tú quieres, no lo que quieren los demás.

—Carlos es el hombre perfecto… Supongo que es normal tener dudas antes de la boda.

—Cuando es la persona correcta no dudas —dijo con una amarga sonrisa.

—¿Y cómo sabes qué es la persona correcta?

—Lo sabes. —Suspiró—. No hay más.

—¿Tú la has encontrado?

—Eso creía, pero al parecer yo no era su persona correcta.

Ahí estaba el motivo de esos ojos tan tristes.

—Lo siento.

—No pasa nada, somos buenos amigos.

—¿Y aún la quieres? ¿A pesar de todo?

«Eres una bocazas», me dije a mí misma. Tenía la maldita costumbre de soltar lo primero que se me pasaba por la cabeza, sin pararme a pensar en cómo iba a afectar eso a la otra persona.

—Si solo fuera eso… —Desvió la mirada—. El verdadero problema es que sigo enamorado de ella —dijo en un susurro.

Iba a añadir algo más, pero un ruido de la habitación contigua nos puso en alerta. Me acerqué a toda prisa, Balto empezaba a despertarse del sedante que le había administrado. Le quité la vía y, tras examinar que todo estuviese en orden, le hice un gesto a Hugo para que me ayudase a bajarlo.

—Me has dado un buen susto pequeñín —le dijo frotándole el

lomo.

—Creo que ya podéis iros a casa. Cualquier cosa que necesites… —anoté mi teléfono en una tarjeta—. Puedes llamarme.

—No sé cómo podré agradecértelo.

Me dio dos besos y salió de la consulta. Cuando llegué a casa no podía dejar de preguntarme si Carlos era ESA persona.

8. Miedo

Cuando quieres a alguien de verdad, no dudas. Me repetía a mí mismo mientras miraba la foto que tenía junto a Lucía en la mesita de noche. Habíamos quedado para cenar. Formaba parte de su plan de ser amigos, ella pensaba que era posible y quién era yo para hacerle creer que no. Cuando llamó al timbre, me pilló liado en la cocina.

—Mmm… Huele de maravilla —dijo entrando por la puerta y saludándome con un beso en la mejilla.

—Le queda un poco todavía… He cortado jamón y queso para ir picando.

—No te preocupes. —Caminamos hasta la cocina y le hice un gesto para que se sentara junto a la barra—. ¿Dónde está Balto?

—Durmiendo en mi habitación, no sabes el susto que me ha dado hoy.

—¿Qué ha pasado? —preguntó llevándose un trozo de jamón a la boca.

—Le ha dado una reacción alérgica. —Metí la comida en el horno —. ¿Te apetece una copa?

—La duda ofende. —Sonrió con picardía y yo pensaba que me moría allí mismo—. Pero, ¿está bien?

—Sí, por suerte Melisa llegó enseguida. —Me miró confusa—. Es

una compañera de trabajo de Marta. Se ha portado genial con Balto. —Entrecerré los ojos—. ¿Sabes? No sé por qué, esa chica me recuerda a ti.

—¿Por qué? ¿Por mi belleza singular? —Me sacó la lengua.

—No te lo tengas tan creído, guapa. —Le guiñé un ojo—. No sé, me da la sensación de que intenta contentar a los demás, en lugar de centrarse en lo que ella quiere. A ti te pasaba igual cuando te conocí.

—Entonces sabrás que hacer, ¿no?

Terreno peligroso Hugo. Una de las reglas básicas para poder ver a Lucía era no hablar de temas que tuvieran que ver con nosotros. Una regla que, claro estaba, ella no sabía.

—¿Yo? Apenas la conozco, además, soy el menos indicado para ir dando consejos. ¿Y a ti como te va? —dije en un amago de cambiar de tema.

—Bien, la hospedería va viento en popa y la casa está prácticamente acabada, por fin. —Suspiró aliviada—. Jamás, te repito, jamás, se te ocurra meterte en una reforma, es agotador. Eso sí, tienes que venir a verla, te encantará.

En el fondo me alegraba de verla feliz. Al fin y al cabo, me había resignado a conformarme con eso.

—Claro que sí —dije con una sonrisa fingida.

En ese momento, el sonido de mi móvil nos interrumpió. Descolgué, era Marta, pero no conseguía entender lo que decía. Solo la escuchaba llorar y pronunciar el nombre de Sofía.

—¡¿Marta que ha pasado?! —grité al teléfono.

No hubo repuesta y poco después colgó.

—¿Qué pasa? —me preguntó Lucía preocupada.

—No lo sé, era Marta, algo le ha pasado a Sofía.

Le di al botón de rellamada, pero esta vez, fue Melisa la que contestó.

—¿Hugo? —dijo con la voz temblorosa—. ¿Me oyes?

—Sí, dime.

—Es Sofía… ha desaparecido.

—¡¿Qué?!

—Estaba con nosotras, aquí, en la feria de Tres Cantos y cuando nos quisimos dar cuenta…

Mi cuerpo entero temblaba como un flan, le expliqué a Lucía lo ocurrido y salimos hacia allí a toda velocidad. Durante el trayecto ella intentaba tranquilizarme, pero su voz sonaba lejana, solo podía pensar en Sofía. Cuando llegamos dos coches de policía habían acordonado la zona. Vi a Marta hablando con un oficial.

—¿Qué ha pasado? —dije bajando del coche.

—¡Hugo! —Marta vino corriendo hacia a mí y se echó a mis brazos desconsolada—. No está, no la encontramos… estaba a nuestro lado, nos hemos despistado un segundo y ya no estaba…

—La vamos a encontrar —dije apartándole la cara para mirarla a los ojos—. Te lo prometo.

Melisa se acercó a nosotros y abrazó a Marta.

La policía no hacía más que insistir en que lo mejor era mantener la calma y pensar en dónde podría haber ido, pero todos teníamos el corazón en un puño.

—Ella no se iría sola… —musitó Marta con un hilo de voz—. ¿Y si alguien le ha hecho algo?

—Tranquila —dijo Lucía con la intención de calmarla—. Sofía es una niña muy inteligente, seguro que estará bien.

Nos indicaron que varios coches estaban patrullando por cada rincón del municipio y que esperásemos en la feria, por si acaso volvía por su propio pie.

Un par de horas después, uno de los policías que nos acompañaba recibió una llamada.

—La han encontrado —sentenció.

—¡¿Qué?! ¡¿Está bien?! —gritó Marta entre lágrimas.

—Sí, enseguida la traen.

Marta rompió a llorar, esta vez aliviada, aunque yo no estuve tranquilo hasta que no la tuve delante.

—¡Mamá! —gritó corriendo hacia nosotros.

—¡Sofía! —Mi prima la estrechó entre sus brazos y le cogió la cara con sus manos—. ¿Estás bien?

—He empezado a caminar y cuando me he dado cuenta no estabais, he intentado volver, pero… lo siento —sollozó.

—No pasa nada, pequeña —le dije uniéndome a su abrazo.

La policía se acercó a nosotros y nos informaron de que la habían encontrado en un parque cercano a la feria. Al parecer, al no encontrar a su madre, se había sentado en un banco hasta que una mujer la vio y dio el aviso.

Tras cerciorarnos de que Sofía estaba bien, ella y Marta se fueron a casa. Insistí en quedarme con ellas, pero mi prima me aseguró que estarían bien y que me marchase con Balto.

No me di cuenta de que Lucía y Melisa no se conocían hasta que nos estuvimos los tres en la calle a punto de despedirnos.

—Perdonadme, no os he presentado. Esta es Melisa, una amiga de Marta.

—Encantada —dijeron al unísono.

—Tú debes de ser la que ha salvado al Balto —comentó Lucía.

—No ha sido para tanto…

Se hizo un silencio incómodo. Como si ninguno supiera qué decir. A mí, después de todo lo ocurrido ese fatídico día, solo me apetecía meterme en la cama y descansar.

—Yo debería irme —anunció Melisa—. Mañana tengo que madrugar.

—Gracias por avisarme —le dije al tiempo que le daba dos besos.

—Creo que te sigo debiendo una. —Rio tímidamente—. Nos vemos, encantada de conocerte, Lucía.

—Igualmente.

Me quedé observando a Melisa hasta que giró la esquina al final de la calle. Lucía me miró con una sonrisa malévola y, aunque adiviné sus pensamientos, no le dije nada.

—¿Dejamos la cena para otro día? —le pregunté.

—Creo que sería lo mejor. Tengo el coche en tu casa.

—Te llevo pues.

—¿Sabes qué? —dijo mientras caminábamos—. A pesar de todo, me alegro de haber pasado un rato juntos. Lo echaba de menos.

Su sonrisa escondía cierta melancolía. Lo cierto era que yo también lo echaba de menos, nuestras escapadas en moto, las cenas improvisadas, hasta las películas pastelonas que a ella le encantaban, porque en realidad, la echaba de menos a ella. Había hecho todo lo posible por olvidarla, pero cada vez que la veía algo se despertaba en mí, como si nunca fuera a recuperarme de lo nuestro.

9. Dos semanas

Cerca de las dos de la tarde cerré la clínica, estaba exhausta y tras hablar con Marta por teléfono y asegurarme de que Sofía y ella estaban bien, me fui a casa. Me quité las zapatillas en la entrada, durante el camino de vuelta había caído un chaparrón veraniego y no quería ensuciar el parqué. Encontré a Carlos leyendo el periódico en el salón.

—Hola —dije al entrar.

—Hola. ¿Qué tal?

—Agotada. Hoy he estado sola en la clínica, anoche la hija de mi compañera Marta se perdió en la feria y me ha tocado hacer doble turno.

—He estado hablando con tu madre —soltó como si ni siquiera le importara lo que acababa de contarle.

—¿Sobre qué? —bufé.

Dejó el periódico sobre la mesa y me hizo un gesto para que me sentara a su lado. Me dejé caer de mala gana y me cogió la mano.

—No llevas el anillo. —Me miró confuso.

—Me lo quito para trabajar y a veces… olvido ponérmelo de nuevo. Lo llevo en el bolso.

—Si trabajaras en el bufete no tendrías que quitártelo.

—¿Vamos a volver a hablar de eso? —Me aparté bruscamente.

—Perdona, no quiero discutir. Esta mañana he estado en tu casa. Tu madre está preocupada por si después del verano no encontramos fecha para la boda y conoce a una pareja que se ha echado atrás en el último momento…

—¿Qué quieres decir?

—Su fecha de boda está libre.

—Y… ¿cuándo es? —pregunté con cierto recelo.

—El veinte de junio.

—¿El… el veinte de junio? —repetí—. Eso es… en apenas dos semanas. Imposible, es muy precipitado.

—Es el momento perfecto. Tu madre conoce una *wedding planner* que te ayudará con todos los preparativos. Yo puedo hablar con el cura esta misma tarde…

—Sabes que no quiero casarme por la Iglesia.

—Podemos hablar con él y hacerlo en un jardín, como tú quieres.

—Pero seguirá siendo una ceremonia católica y yo no soy creyente.

—Bueno, tu madre me dijo que…

—Mi madre —le interrumpí—. ¿Te casas conmigo o con mi madre? Porque a veces parece que te importa más lo que ella piense que lo que yo quiera.

—¿A qué viene todo esto? Entiendo que estés nerviosa Melisa, pero la boda no va a cambiar nada, nosotros seguiremos siendo los mismos.

—Sigues sin escucharme —dije al tiempo que me incorporaba—. Me voy a correr, necesito pensar.

—Haz lo que quieras. —Cogió de nuevo el periódico y fijó la vista en él—. Total, siempre acabas haciéndolo.

Me encerré en la habitación y me puse el primer chándal que encontré. Me até las zapatillas, me recogí el pelo en una coleta alta y bajé al salón para coger mis llaves.

—Mañana comemos con tus padres —dijo sin apenas mirarme—, si quieres lo hablamos con ellos a ver qué opinan.

—Bien.

Como si me importase lo más mínimo la opinión de mis padres. La que iba a casarse era yo, pero eso parecía ser insignificante para los

demás. Carlos estaba obcecado en impresionar constantemente a mi madre y ser el yerno perfecto, pero eso distaba mucho de la realidad.

Me fui al parque del Retiro, me encantaba correr por allí. Llevaba los casos puestos, sonaba *Dance Monkey* de *Tones and I* , iba absorta en mis pensamientos cuando me pareció escuchar una voz detrás de mí, me quité uno de los auriculares y al girarme vi a Hugo corriendo unos metros atrás.

—Llevas buen ritmo —dijo jadeando y parándose en seco.

—Perdona, no te había oído.

—¿Te preparas para una maratón o algo?

—Necesitaba desahogarme. —Reí.

—Mejor corriendo que saliendo de fiesta —se burló.

—¿Vienes desde tu casa? —pregunté extrañada.

—No, qué va. Voy al gimnasio cerca de aquí y, cuando termino, suelo salir a correr.

—¿Te apetece tomar un café? Es lo menos que puedo hacer para agradecerte lo de la otra noche.

—Era una broma, no hace falta que…

—Me apetece —le interrumpí—. De verdad.

—Vale, pero solo si echamos una carrera y dejas que yo gane. —Me guiñó un ojo y me pareció un gesto de lo más sexy.

—Ya lo veremos.

Llegamos a la cafetería más cercana empapados en sudor. Nos sentamos en la terraza y pedimos un par de cafés. Hugo removía el suyo con un aire despreocupado, apenas parecía que hubiera estado haciendo deporte, excepto por el cerco de sudor que había a la altura de su cuello. Llevaba el pelo echado hacia atrás, como si acabase de peinárselo, su bronceado disimulaba la piel acalorada tras la carrera y sus ojos… sus ojos seguían expresando tristeza.

—Al final he ganado yo —dije con una sonrisa malévola.

—Me has pillado desprevenido. —Pasó la mano sobre sus labios

—. No tendrás tanta suerte la próxima vez.

Su mirada penetrante hizo que sintiera un cosquilleo en la nuca que fue bajando por mi espalda. Cada vez que nuestros ojos se cruzaban era como si todo lo que había a nuestro alrededor dejase de existir.

—¿Después de la humillación de hoy quieres volverlo a intentar? —le reté—. Vaya, eso es digno de admirar.

—Ja, ja, ja. No te hacía tan graciosa, creía que eras una chica de buena familia. ¿Qué pensaría tu madre si te viera en esta cutre cafetería vistiendo un chándal sudado?

—Seguramente diría: una señorita con clase jamás se dejaría ver así —dije imitando su voz.

—¿De verdad? No será para tanto.

—No quieras conocer a doña *lotengotodobajocontrol.*

—¿Así la llamas? —Soltó una carcajada—. ¡Pobre mujer!

—Shh —dije poniendo el dedo índice entre mis labios—, es un secreto. Además, si la conocieras no dirías eso. Por suerte mi padre y mi hermana son medio normales, no todo el mundo en mi familia es tan estirado.

—En todas las familias hay una oveja negra. —Dio un sorbo al café—. En la mía soy yo.

Imposible. Hugo tenía cara de ser buen chico. Aunque, en realidad, imaginarlo en el papel de chico malo me provocaba curiosidad. «Deja de pensar en eso, Mel».

—Pues Marta habla maravillas de ti.

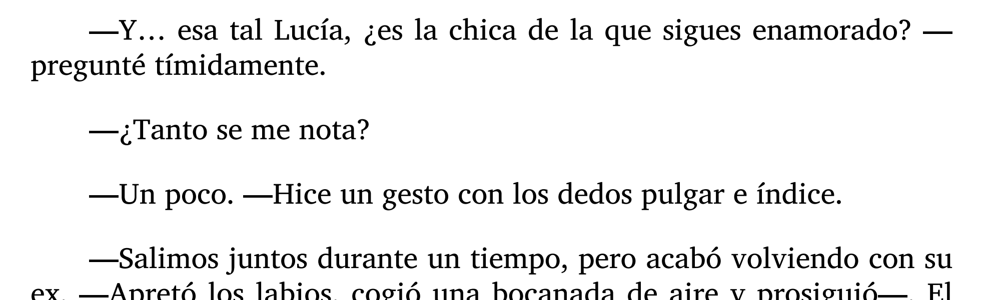
—Marta es de otro mundo, me mira con buenos ojos.

—¿Estáis muy unidos verdad?

—Sofía y ella son muy importantes para mí.

—Se nota. Lo que sucedió anoche…

—Fue una auténtica pesadilla. Sofía es la niña de mis ojos, no me lo perdonaría si le pasara algo.



—Y… esa tal Lucía, ¿es la chica de la que sigues enamorado? —pregunté tímidamente.

—¿Tanto se me nota?

—Un poco. —Hice un gesto con los dedos pulgar e índice.

—Salimos juntos durante un tiempo, pero acabó volviendo con su ex. —Apretó los labios, cogió una bocanada de aire y prosiguió—. El problema es… que ya no sé si sigo enamorado de ella o de su recuerdo. De lo que imaginé que sería nuestra vida juntos… es complicado.

—Imagino.

—Perdona, no pretendo aburrirte con mis penas.

—No te disculpes por eso. —Instintivamente, puse mi mano sobre su brazo. Él me miró un tanto confuso y me aparté por si tanta cercanía le molestaba—. ¿Sabes? Desde nuestra conversación del otro día me he replanteado muchas cosas.

—¿Cómo qué?

—No sé si quiero casarme —solté de golpe. Era la primera vez que esas palabras sonaban tan convincentes en mi boca—. No al menos con el tipo de boda que todos tienen en mente.

—Oye, yo no quiero ser el culpable…

—¿Culpable? —Frunció el ceño—. No te imaginas la liberación que he sentido al decirlo en voz alta. Es como si por una vez en la vida pudiera ser… yo misma.

—Siempre puedes ser tú misma.

Me miró como si no terminara de entenderme, pero claro, él no conocía a mi familia, no se había criado en un mundo lleno de apariencias y formalismos.

—Quizá deberías pensarlo en frío —dijo con el semblante serio—. Lo de la boda.

—Quizá.

10. Cambios

La conversación con Melisa me había dejado un tanto tocado. Una parte de mi sentía que quizá me había precipitado con mis consejos, consejos que ella ni siquiera me había pedido, pero que parecía necesitar.

Al llegar a casa, tras dar un largo paseo con Balto, me di una ducha de agua fría intentando no pensar en ELLA, pero no funcionó. Me acordé de todas las veces que nos bañábamos juntos después de acostarnos, me acordé de su perfume, de su voz, de sus manos rodeándome por la espalda, haciéndome sentir bien, jodidamente bien.

¿Y si nunca encontraba a nadie que me hiciera sentir así? ¿Y si el amor de mi vida era ella? Ni si quiera entendía por qué me lo preguntaba, sabía de sobra que esa respuesta era afirmativa. Iluso de mí, llegué a pensar que bastaría con pasar unos meses fuera para olvidarla, pero lo que sentía por ella era demasiado fuerte. Tanto, que por más que me doliese, una parte de mí se conformaba con verla feliz, aunque no fuera conmigo. Y allí estaba yo, queriendo vivir mi propio cuento, porque si algo me había enseñado Lucía era a creer en el amor. Y qué putada.

Necesitaba un cambio. Me miré al espejo, llevaba un aspecto un tanto descuidado, así que el primer paso fue dejarme una barba medianamente aceptable. Después venía la parte más difícil, cortarme el pelo. Podría haber ido a la peluquería, pero allí, con la máquina en la mano me pareció buena idea hacerlo yo mismo. Los laterales me quedaron bastante bien, pero en la parte de arriba me metí un par de tijeretazos que no resultaron como esperaba, así que finalmente opté por cortármelo todo al mismo nivel y, aunque me veía raro, acabó por gustarme.

Por la tarde, había quedado en recoger a Marta del trabajo e irnos con Sofía a dar una vuelta. Al llegar a la clínica, Melisa estaba detrás del mostrador.

—Hola —dije tímidamente.

—Hola…

—He quedado con Marta aquí —me apresuré a decir.

Su expresión cambió al instante, como aliviada. Quizá empezaba a pensar que la acosaba y la seguía a todos lados.

—¡Marta! —gritó acercándose al pasillo que separaba la sala de espera de la consulta—. Hugo está aquí.

—Gracias —dije metiéndome las manos en los bolsillos—. Por… avisarla.

¿Por qué estaba tan cortado? Quizá era por la conversación que habíamos tenido esa misma mañana. Tenía que dejar de ir dando consejos a diestro y siniestro, y que los demás hicieran lo que quisieran con sus vidas.

—¿Te has cortado el…? —murmuró Melisa señalándose la cabeza.

—¡Tito Hugo! —dijo Sofía que salió de la consulta corriendo hacia a mí.

—Pero bueno, pequeña granuja. —La estreché entre mis brazos—. ¿Qué haces tú aquí?

—Mi madre ha venido a recogerme al cole y me ha dicho que íbamos a comernos un helado contigo.

—Lleva una hora preguntando por ti —dijo Marta asomándose tras ella—. ¿Pero qué te has hecho?

—Necesitaba un cambio de look.

—Ese rollo no te pega nada.

—Mamá está de mal humor porque el padre de Lucas la ha dejado plantada —reveló Sofía. Al parecer estaba más puesta en la vida sentimental de su madre de lo que ella se pensaba.

—El pelo crece —dije pasando mi mano por mí cabeza—. ¿El padre de…?

—Solo somos amigos —contestó esta tajante.

—¿Nos vamos? —insistió la pequeña—. Mel, ¿tú no vienes?

—Me encantaría, pero no puedo, cariño. Tengo que trabajar. ¿Te pides un helado por mí?

—¿De fresa?

—Mi favorito, ya lo sabes —le guiñó un ojo—. Pasadlo bien.

—Gracias —musité.

Llegamos al parque del Retiro poco después. Sofía charlaba con unos niños junto al tobogán mientras que Marta y yo la observábamos desde un banco sin quitarle el ojo de encima.

—Desde lo del otro día…

—Es normal que tengas miedo, pero tienes que darle espacio, no te sientas culpable —le dije.

—No me lo hubiera perdonado jamás. —Se le quebró la voz.

—Eres la mejor madre que esa niña podría tener —dije cogiendo su mano con fuerza—. Oye, lo del padre de ese tal Lucas… ¿va en serio?

—Me gusta.

—Pero…

—Pero tengo una hija y tengo que ser consecuente con quién entra a mi vida. Habíamos quedado en vernos hoy para comer, pero me ha puesto una excusa y… sinceramente, no tengo tiempo ahora para romances. Llevar la clínica ocupa casi todo mi tiempo. Por suerte, ahora tengo a Mel… —Me miró de reojo—. Por cierto, me ha comentado que hoy habéis desayunado juntos.

—Mmm, sí, bueno, desayunado… —dije a trompicones—. He salido a correr, nos hemos encontrado y hemos ido a tomar café.

—Ya… —dijo al tiempo que saludaba a Sofía con la mano, que nos miraba de vez en cuando.

—Es una niña muy responsable.

—No cambies de tema.

—¿Por qué tanto en interés en hablar de ella?

—No sé, creo que te vendría bien salir con alguien.

—¿Quieres liarme con alguien que va a casarse?

—No lo tiene claro.

—¿Te lo ha dicho? —dije sin poder evitar mi asombro.

—No, pero esas cosas se notan. Además, no pegan ni con cola, tendrías que verlo a él, es un tío de lo más estirado…

—Lo he visto. Nos cruzamos por casualidad. —Me mordí el labio —. Marta, tú mejor que nadie sabe por lo que he pasado, no pienso volver a meterme en una relación.

Y ahí estaba ese sentimiento de nuevo. El dolor, el rechazo, la angustia, todo lo que no nos cuentan del amor. Porque este no siempre es bonito, porque a veces escuece, sobre todo cuando no es correspondido.

—Tienes razón. —Se encogió de hombros—. Pero deberías pasar página.

—¿Por qué todos me decís lo mismo? ¿Y si no quiero hacerlo? —dije alzando un poco la voz.

—Porque me duele verte así. Has perdido, no sé, ¿cinco quilos? Apenas sales, ni te relacionas con nadie, ahora te rapas el pelo… ¿Qué será lo siguiente? Estoy preocupada. —Hizo una pausa—. También me preocupa Mel. Siento que no es feliz y no se lo merece.

—Marta, sabes que te quiero como una hermana, pero quizá deberías centrarte en tu propia felicidad y dejar que los demás hagan con su vida lo que quieran, o lo que puedan.

—Lo pillo. —Resopló—. No volveré a mencionar el tema. Solo me falta que te enfades conmigo, entonces ya te veo recluido en tu habitación de por vida.

—Contigo no podría enfadarme ni aunque quisiera —dije poniendo mi brazo por encima de sus hombros.

—Parecemos una pareja feliz.

—En realidad, no nos une ningún parentesco. Si en cinco años

nuestra vida sentimental sigue siendo un desastre podríamos casarnos —bromeé—. No me importaría adoptar a Sofi.

—La familia no se mide por los lazos de sangre.

—¿Y por qué se mide?

—Por lo que se siente aquí —dijo señalándose el pecho.

—Eso suena muy cursi. —Me dio un codazo—. Es broma, te quiero, boba, tú y Sofi siempre seréis mi familia.

—Lo sé

Sofía se acercó a nosotros y tal y como le habíamos prometido fuimos a una heladería. Ella se pidió un helado de vainilla y yo, dejándome aconsejar, de fresa.

11. La cena

Al entrar en casa dejé las cosas sobre el mueble del recibidor. Era más tarde de lo habitual, había tenido un contratiempo con un perro y me había tocado pasar por el ambulatorio. Cuando entré al salón, encontré a Carlos hablando por teléfono de forma acalorada. Me esperé a que terminara de hablar y, cuando al fin colgó, le saludé con un escueto «hola».

—Qué tarde —se limitó a decir.

—Se me ha complicado la cosa en la clínica… me ha mordido un perro y me han tenido que dar puntos, iba a llamarte, pero no ha sido nada.

—¿Estás bien?

—Sí… —Me acerqué y le di un suave beso en los labios—. Voy a darme una ducha y a dormir. Estoy cansada.

—Melisa… sabes que con mi trabajo podríamos vivir más que de sobra, no hace falta que demuestres nada.

—¿Por qué lo dices? Sabes que amo mi profesión —contesté tajante.

—¿Te gusta salir tarde? —Alzó las cejas—. ¿Trabajar sábados y festivos? ¿Qué te muerda un chucho?

—No lo entiendes. —Di media vuelta ignorando sus preguntas—. Buenas noches.

Ni siquiera el chorro de agua fría consiguió apaciguar el fuego que ardía en mi interior. Estaba enfadada, cansada de decepcionar a todo el mundo a mi alrededor, me sentía sola e incomprendida y lo único que me apetecía era salir corriendo sin mirar todo lo que dejaba atrás.

La comida del día siguiente no mejoró las cosas. Cayetana tenía un juicio ese mismo día y no pudo venir, por lo que estaba sola con doña *lotengotodobajocontrol* . Solo de pensarlo me ponía de mal humor, no podía evitarlo. Mi relación con ella nunca había sido buena, de hecho, desde que tenía uso de razón nunca había mostrado ni un ápice de afecto por mí. Era mi madre, sí, pero si no fuera por ese parentesco no habría nada que me uniera a esa mujer.

Nos sentamos en la enorme mesa del salón y Caterina nos sirvió la comida. Era una mujer de mediana edad, llevaba trabajando para mi familia desde hacía años y, aunque mi madre siempre la trataba de una manera distante y fría, yo le tenía mucho cariño.

—Estás muy guapa hoy —dije al verla—. ¿Te has hecho algo en el pelo?

—Me lo he alisado.

Mi madre me lanzó una mirada de reproche. Por lo visto, hacer cumplidos al servicio, como ella lo llamaba, era de mal gusto.

—¿Cómo te va en la empresa? —le preguntó a Carlos, obviamente, no fuera a ser que se interesara por mí.

—Genial —respondió este—. Estamos trabajando en un nuevo proyecto que esperamos que vea la luz este mismo año. Trata sobre…

Dejé de escuchar. Cuando Carlos hablaba de trabajo solo escuchaba yo, yo, yo. Y a mí, él, él, él, me aburría. Removí la comida en el plato y me quedé absorta en mis pensamientos. Cuando alcé la vista me di cuenta de que mi padre me miraba preocupado, pero dibujé una falsa sonrisa para tranquilizarlo, aunque por su expresión temí no haberlo conseguido.

—¿Y la boda? —preguntó mi madre devolviéndome a la realidad.

—Todavía no lo hemos deci…

—Hemos pensado en celebrarla este mismo mes —me interrumpió Carlos—, el día veinte.

—¿Un tanto precipitado no? —dijo mi padre dando un sorbo al vino.

—¡Es estupendo! —exclamó mi madre sobresaltada.

—Bueno… yo…

—Melisa piensa que no podremos dedicar el tiempo suficiente a los preparativos.

—Claro que sí. Esta misma tarde hablaré con la organizadora de bodas —empezó mi madre—. Estoy segura de que el padre Javier estará encantado de…

—Mamá —dije alzando la voz—. No quiero casarme por la iglesia. Ya lo sabes.

—¡Ay si tu abuela te escuchara! —dijo echándose las manos a la cabeza.

—La abuela se casó embarazada de ti, creo que no es el mejor ejemplo.

—Melisa, esa no es la educación que te hemos ofrecido —dijo disgustada—. Yo solo quiero lo mejor para ti, pero tú no te das cuenta. Deberías aprender a ser un poco más agradecida.

Así era mi madre, acostumbrada a ir de víctima por la vida. Cuando escogí la carrera cogió una depresión enorme, cuando me eché mi primer novio, fuera de sus cánones de yerno perfecto, todo sea dicho, le dio un ataque de ansiedad, cuando me pilló fumando a escondidas con una amiga de la facultad, sufrió un amago de infarto, y así, un sinfín de enfermedades que ella misma se inventaba.

—Si quisieras lo mejor para mí, entenderías que es MI boda y, por lo tanto, MIS decisiones —dije entonando con fuerza los pronombres.

—Melisa —dijo Carlos—, igual deberíamos plantearnos el hecho de tener una ceremonia católica, mi familia también es creyente y… ¿qué nos cuesta?

—Nada, a mí no me cuesta nada. —Me crucé de brazos—. Total, solo es el día más importante de mi vida, qué más da.

Acto seguido, me levanté, tiré la servilleta sobre la mesa y salí al jardín.

Me apoyé en una de las columnas que sostenían el porche y resoplé molesta. Mi padre salió poco después, sacó una cajetilla del bolsillo y me tendió un cigarro.

—Papá, sabes que no fumo.

—¿Estás segura?

Cogí un pitillo y me lo llevé a la boca. Con la primera calada no pude evitar toser, no fumaba, no al menos con asiduidad y mucho menos delante de Carlos, pero es que mi madre me sacaba de mis casillas.

—¿Por qué nunca le llevas la contraria?

—Porque con el transcurso de los años me he dado cuenta de que no sirve de nada.

—¿Y cómo la soportas? Es que no lo entiendo, sois tan diferentes que…

—Bueno, es cierto que esa faceta suya no me gusta, pero no siempre es así.

—¿Y por qué es así conmigo? No le importa mi felicidad.

—Claro que sí. —Me miró con dulzura—. Es solo que… no se da cuenta.

—¿De qué? —pregunté dando otra calada al cigarro.

—Creo que ya has fumado sufriente —dijo al verme toser de nuevo. Cogió mi cigarrillo y lo tiró al suelo—. Eres mi hija y te conozco lo suficiente como para saber que él no te hace feliz. Mel… déjame decirte que, si lo haces por complacer a tu madre, no lo hagas.

En ese momento, Carlos se asomó a la terraza. Le miré con cierta lástima, pues en el fondo sabía que había algo entre nosotros que no terminaba de encajar, aunque el parecía no percatarse.

—Melisa —dijo con el semblante serio—, creo que deberíamos irnos.

—Vale. —Me giré hacia mi padre y le di un abrazo, él me besó en la mejilla y metió algo en el bolsillo de mi pantalón—. Te quiero, papá.

Cuando llegué al coche me di cuenta que era un chicle de fresa. Me lo metí en la boca y aunque Carlos decía que los chicles eran algo repugnante prefería que se quejara de eso que de mi aliento a tabaco. Ni siquiera me había despedido de mi madre, pero estaba segura de

que Carlos la había tranquilizado, asegurándole que me convencería de algún modo.

Dejé los zapatos tirados en la entrada y me encerré en la habitación hasta bien entrada la noche. Carlos ni siquiera pasó a cambiarse, sabía que cuando estaba así no se podía hablar conmigo, así que cogió sus cosas y se fue. No supe a dónde, pero tampoco me importaba. Una vez me calmé y mis ganas de tirarme por la ventana se disiparon, llamé a Marta.

—¿Mel? ¿Todo bien? —dijo sorprendida. Normalmente, solíamos hablar por WhatsApp y, cuando la llamaba, era para algo importante.

—Sí. ¿Por?

—No sé. Me llamas en tu día libre sin ningún motivo aparente…

—He comido con mis padres y…

—No me digas más. Espera un segundo… —Escuché como hablaba con alguien—. Estoy en casa de Hugo, Sofía se iba al cine a cenar con una amiga y su madre, ¿quieres venir?

—Oh no, no te preocupes, no quiero molestar.

—¡Mel! Tú no molestas. Además, he traído vino.

—Voy si me prometes que no me dejarás beber más de la cuenta, la última vez…

—¿Qué?

—Nada, nada, ahora voy.

12. El caos

Marta y yo habíamos quedado para cenar la noche antes mi viaje. Iba a estar un par de días fuera promocionando la serie que había grabado durante mi estancia en Londres. No era mucho tiempo, pero nos apetecía cenar sushi y charlar un rato.

Cuando Melisa la llamó y me preguntó si podía invitarla, me limité a asentir con la cabeza. Al fin y al cabo, ella se había portado genial con Balto. Trajo una botella de vino y unos bombones que me tendió nada más llegar. Balto se acercó a ella para saludarla con varios lametazos.

—Lo tienes enamorado —le dije saludándola.

Estaba guapa, se había dejado el pelo suelto, un tanto ondulado, y sus labios pintados de rojo resaltaban en su piel clara. Me quedé embobado mirándolos durante unos instantes y ella pareció darse cuenta.

—Las vistas son increíbles —dijo señalando hacia la ventana de mi salón.

—Has llegado justo a tiempo para ver el atardecer. —Intenté desviar la atención hacia otra cosa.

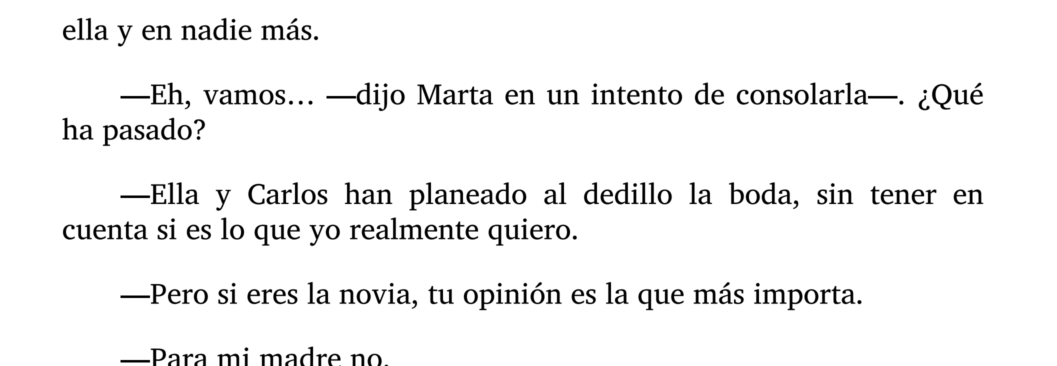
—Una copita de vino marchando. —Marta salió en ese momento de la cocina y le ofreció la bebida.

—Pero solo una que después no sé ni lo que hago. —Me lanzó una mirada confidente y no pude evitar sonreír.

—Cuéntame, ¿tu madre no?

Melisa me miró, como si le incomodara mi presencia, hice un amago de levantarme con la excusa de pedir la cena, pero se tapó la cara y exclamó:

—La odio, te juro que la odio. Es una egocéntrica, solo piensa en



ella y en nadie más.

—Eh, vamos… —dijo Marta en un intento de consolarla—. ¿Qué ha pasado?

—Ella y Carlos han planeado al dedillo la boda, sin tener en cuenta si es lo que yo realmente quiero.

—Pero si eres la novia, tu opinión es la que más importa.

—Para mi madre no.

—Pues díselo —solté metiéndome en su conversación.

Melisa me miró como si estuviera loco. Yo me encogí de hombros a modo de respuesta, pero ella agachó la mirada.

—No es tan fácil… vosotros no la conocéis. Puede llegar a ser muy manipuladora si se lo propone. Se las ingeniará para poner a todos en mi contra y las cosas acabarán siendo como ella quiere y yo… no sé por cuanto tiempo podré soportarlo. —Cerró los ojos—. Siento una presión en el pecho.

—Puede que sea ansiedad —musité.

—¿Qué eres médico? —dijo Marta lanzándome una mirada de soslayo—. Es solo estrés, no la asustes.

—No pretendía hacerlo.

—Lo siento —se disculpó Mel—. Estabais aquí con vuestras cosas y os he amargado la noche.

—Oye, no digas eso. No nos importa. —Marta la abrazó y ella la miró con los ojitos vidriosos—. ¿Verdad que no, Hugo?

—Por supuesto que no.

Intenté poner una de mis mejores sonrisas, pero a Melisa no pareció convencerle. Pasamos el resto de la tarde evitando el tema, yo iba y venía de la cocina, así que no presté mucha atención a la conversación que ellas mantenían.

Estaba poniendo la mesa cuando escuché que Marta hablaba con alguien por teléfono, murmuró algo de que tardaría quince minutos. Poco después entró en la cocina con la chaqueta en la mano y dirigiéndose a ambos dijo:

—Chicos, me vais a tener que disculpar, es la madre de la amiga de Sofía, me ha llamado para decirme que a Sofía le duele la barriga y no quiere cenar, voy a ir a recogerla.

—Claro, no te preocupes. ¿Quieres que te acompañemos?

—No, no, vosotros quedaros aquí y cenad tranquilos. Mel, nos vemos mañana en la clínica.

—Vale, ya nos cuentas —le contestó.

Marta nos regaló una sonrisa y salió pitando. Melisa me miró un tanto incómoda, como si no supiera qué decir, hasta que finalmente, murmuró:

—Creo que yo también debería irme.

—¿Por qué? —Fruncí el ceño—. Quédate, hay demasiada comida para mí solo y el sushi de un día para otro…

—Así que solo quieres que me quede para no desperdiciar comida. —Se cruzó de brazos.

—No me malinterpretes… —dije un tanto cortado—. Es solo que…

Su semblante serio cambió por otro más bien vacilón y estalló a carcajadas. Me la había colado.

—Eres mala.

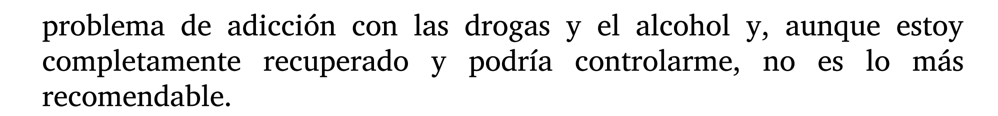
—Y tú eres demasiado fácil de engañar.

Una vez en el salón, nos sentamos a cenar. Había encendido mi viejo tocadiscos y sonaba una canción lenta de fondo. La música hizo que me relajara y, para qué engañarnos, la compañía también. Melisa se sirvió un poco más de vino y no pude evitar acordarme de lo sucedido.

—Ten cuidado, no quiero tener que llevarte a casa —le guiñé un ojo.

—Pásame el sushi antes de que me arrepienta de haberme quedado. —Le dio un trago a la copa—. Tú… ¿no bebes?

—No puedo. —Hice una pausa. Ella me miraba esperando algo más, pero no se atrevía a preguntar, así que seguí—. Tuve un


problema de adicción con las drogas y el alcohol y, aunque estoy completamente recuperado y podría controlarme, no es lo más recomendable.

—Perdona, no lo sabía.

—No hay nada que perdonar.

—Esta canción… —dijo señalando el tocadiscos.

— *A thousand years.*

—Sí… —Sonrió—. Es mi favorita.

—¿En serio? —pregunté sorprendido—. La mía también.

—Esta parte me encanta… *¿How can I love when I'am afraid to fall?* —tarareó con timidez.

—Es mucho más fácil encerrarse en uno mismo —dije amargamente.

—Sí… —Me miró pensativa—. ¿Sabes? No he parado de darle vueltas a la conversación que tuvimos el otro día en la cafetería. Estoy acostumbrada a que otros tomen decisiones por mí, a dejarme llevar, a conformarme. Pero me he dado cuenta de que, en la vida no todo es blanco o negro, que también hay otras tonalidades que quiero descubrir…

La entendía perfectamente. Melisa era un pájaro enjaulado que ansiaba la libertad. Solo necesitaba un empujón, que alguien le hiciera creer que podía hacerlo, pero yo era el menos indicado. Cuando terminamos de cenar la acompañé hasta el recibidor.

—Mel, respecto a lo de antes… yo no quiero ser quien condicione las decisiones que tomes sobre tu vida.

—Ya tenía dudas sobre mi boda antes de hablar contigo —dijo en un susurro—. Solo que no me había dado cuenta.

—Por eso, si no te casas, en cierto modo, me sentiré culpable.

—¿En serio? —Me miró indignada—. Hablas como los demás.

¿Qué acababa de pasar? Intenté repasar mentalmente mis palabras, buscando qué era aquello que le había ofendido, pero yo solo había sido sincero.

—No lo entiendo —dije al fin.

—No te preocupes, estoy acostumbrada —Apretó los labios—. Tengo que irme, se ha hecho tarde y… Carlos me estará esperando. Gracias por la cena.

Quise añadir algo más, pero cuando encontré las palabras adecuadas, salió por la puerta.

13. La conversación

No estaba enfadada, más bien, un tanto decepcionada. Llegué a pensar que a Hugo le importaba cómo me sentía, pero sus palabras me demostraban lo contrario.

Carlos estaba durmiendo cuando llegué, ni siquiera me había preguntado dónde estaba. Cogí la almohada, una sábana y me tumbé en el sofá. Estaba buscando algo que ver en la tele cuando escuché la vibración de mi móvil, que seguía en el bolso. Abrí WhatsApp y vi que tenía un mensaje de un número que no tenía guardado.

Número desconocido:

No era mi intención hacerte sentir mal.

Yo tampoco estoy en un buen momento.

No contesté y siguió escribiendo.

Número desconocido:

He sido un egoísta.

Solo necesitabas a alguien con quien hablar y,

paradójicamente, he hablado más de la cuent a .

Mel:

Da igual. Es solo que…

no estoy acostumbrada a tanta sinceridad.

Número desconocido:

No da igual, Mel. Yo no soy así.

Mel:

Ya puestos… dime qué piensas realmente.

Creo que podré soportarlo.

Escribiendo. Borrar. Escribiendo. Borrar.

Número desconocido:

Si te soy sincero, creo que si renuncias a tu felicidad por contentar a los demás te acabarás arrepintiendo.

Es tu vida. Eres tú quien tiene el lápiz y el papel.

Escribe tu propia historia.

Tardó un buen rato en contestar.

Mel:

Gracias.

Número desconocido:

Dicho esto. Te deseo lo mejor.

Mel:

Eres una buena persona, Hugo.

La vida te lo compensará.

Número desconocido:

Debería irme a dormir.

Mañana cojo un avión temprano.

Mel:

Ojalá yo pudiera coger un avión,

pero al fin del mundo.

En fin. Buenas noches.

Número desconocido:

¿Qué te lo impide?

Las palabras de Hugo me hicieron reflexionar. Necesitaba un cambio de aires y un viaje exprés no me vendría nada mal. Me guardé su número y, sin apenas pensarlo, me metí en una página de vuelos con ofertas de última hora. Cuando me quise dar cuenta había comprado un pack de cinco noches en cuatro destinos diferentes. En tres días salía el primer vuelo.

Marta me miraba perpleja en la consulta mientras le contaba mis planes.

—Te di la quincena libre para que pudieras organizar la boda, pero jamás hubiera pensado que te irías de viaje sin tener apenas los preparativos.

—¿Se me ha ido la pinza?

—Un poco —dijo apoyándose sobre el mostrador—. ¿Cómo se lo ha tomado Carlos?

—No se lo he dicho todavía.

—Mel, te casas en dos semanas. ¿No te irás para evitar esa boda?

—¡Claro que no! Llego un lunes y la boda es el domingo siguiente. Mi madre estará encantada de organizarlo todo. Le diré que tengo mucho trabajo, pero que a partir del lunes cogeré vacaciones. —Me miró con cierta preocupación—. Mañana voy a ver el vestido… ¿Quieres venir? Vendrá Olga también.

—Claro que sí.

—Genial. Nos vemos a las once. Te mandaré la ubicación —dije acercándome a la puerta.

—Mel… creo que ese viaje es la mayor locura que has hecho en tu vida… pero te lo mereces, disfrútalo —añadió.

Quizá, en otra ocasión, sus palabras me habrían hecho dar un paso atrás, pero contra más lo pensaba más ganas tenía de hacer ese viaje.

A la mañana siguiente me reuní con Marta, Olga y mi señora madre en la tienda de vestidos de novia. Fue bastante sencillo, ya que el primero que me probé me encantó. Era de un diseñador que según la dependienta era la *crème de la crème,* aunque yo no lo conocía. Había que hacer algunos arreglos, pero la dependienta me aseguró que en menos de una semana lo tendría listo.

Marta y mi madre se fueron en cuanto salimos y aprovechando que Olga y yo nos quedábamos a solas, le propuse ir a tomar un café. Llegamos al Starbucks y nos pedimos un par de *Frappuccinos.*

—¿Estás bien? ¿No te gusta el vestido?

—El vestido me encanta… es precioso. —Hice una pausa—. Ese no es el problema, soy yo.

—Meli, no hagas nada de lo que puedas arrepentirte. —Me cogió la mano y la estrechó.

—Hablando de arrepentimientos… anoche en un momento de enajenación mental…

—¿Te comiste una tarrina de helado tú sola? —me interrumpió.

—Ja, ja, ja. Pues no listilla. Me voy de viaje, cinco días, es una especie de Interrail, pero en avión.

—¿Con Carlos?

—Pues… he escogido una oferta de un pack para dos personas, pero no. Necesito hacer este viaje SIN Carlos. Por eso… quería preguntarte si…

—Yo no puedo, cariño. —Me miró con cierta compasión.

—Vamos, un viaje de chicas…

—Meli, me encantaría, pero tengo un bebé de cuatro meses al que

todavía doy pecho. No puedo estar tanto tiempo separada de él…

No podía enfadarme con ella. Sabía que, en otras circunstancias, me habría acompañado. Definitivamente, no me quedaba otra, tendría que hacer ese viaje sola.

—Eso no quita que podamos celebrar una noche tu despedida de soltera —dijo poniendo ojitos.

—No quiero acabar con un pene en la cabeza, avisada estás.

Me despedí de ella, no sin antes prometerle que quedaríamos a la vuelta de mi viaje para contarle qué tal había sido la experiencia.

De camino a casa paré en una floristería y compré un par de hortensias blancas. Las coloqué en un jarrón que llevaba demasiado tiempo vacío en el recibidor y una sensación de calma invadió cada parte de mi cuerpo. Desde fuera podría parecer un gesto de lo más cotidiano, pero comprarse flores a uno mismo resulta de lo más gratificante. La paz interior que provocó aquel hecho duró poco tiempo, Carlos acababa de llegar y tenía que hablarle de mi aventura.

—Hola. ¿Qué tal en el trabajo? —Me acerqué a él y le di un suave beso en los labios.

—Bien. —Me miró extrañado—. ¿Ya no estas enfadada?

—He ido hoy a probarme el vestido y he encontrado uno que me ha encantado.

—Por fin muestras un poco de entusiasmo por esta boda… —Se desató el nudo de la corbata y la dejó caer sobre el sofá—. Empezaba a preocuparme.

—No es eso… —dije acercándome a él—. Ya sabes lo que me agobia que mi madre intente controlarme.

—Ella solo quiere lo mejor para ti… —Se acercó y me cogió de las manos—. ¿Qué pasa?

—Tengo algo que contarte y tienes que prometerme que no habrá peros.

—Sorpréndeme.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

—Si incumples tu promesa le diré a mi madre que odias el cuadro que nos regaló y que solo colgamos cuando vienen a visitarnos.

—Vamos… —Frunció el ceño—. Dímelo ya.

—Me voy de viaje, pasado mañana. —No dijo nada. Solo me miró perplejo—. He tenido mucho trabajo últimamente y necesito desconectar, pero volveré el lunes para implicarme de lleno con los preparativos de la boda. Como compensación, aceptaré casarme por la iglesia.

La realidad era que no me apetecía tener que enfrentarme a mi madre de nuevo, así que estaba dispuesta a hacer ese sacrificio.

—¿Y con quién te vas?

—Sola. Puedes venir si quieres… —dije a sabiendas de que tenía cosas que hacer.

—Esta semana no puedo, tengo que cerrar algunos contratos… —Se frotó la sien—. ¿Estas huyendo de mí?

En cierto modo sí era así. Me alejaba para poder replantearme las cosas, para averiguar qué quería en la vida y eso, incluía mi relación con él.

—Es un reto que necesito afrontar.

—Está bien —Resopló—. Si algo he aprendido durante todo este tiempo es que contigo de poco sirve oponerme.

—No te estoy pidiendo permiso —dije un tanto borde—. Hay algo más… no se lo digas a mi madre, ya sabes cómo es, no quiero que me amargue el viaje.

—Creo que esto es una locura.

—Carlos…

—No, escúchame. Vete si de verdad es lo que quieres, pero tú también tienes que prometerme algo.

—Dime —dije sorprendida.

—Prométeme que el domingo me darás el sí quiero en el altar.

No podía prometerle eso, pero sabía que, si no lo hacía, pondría en duda nuestra relación y eso solo empeoraría las cosas. Así que, una vez más, cogí el camino fácil.

—Te lo prometo.

14. El viaje

Aterrizamos en Londres cerca de las seis de la tarde, así que acudimos directamente hasta el plató donde nos iban a entrevistar a mí y a algunos compañeros de reparto. Cuando terminamos fuimos al hotel, el mismo de siempre. Sí, fue allí donde había pasado dos de las mejores noches de mi vida con ella. Donde dormimos juntos por primera vez y donde me di cuenta de que por ella era capaz de cualquier cosa. Por suerte, me habían asignado otra suite, aunque eso no evitó que su imagen viniera a mi cabeza.

Habíamos quedado para cenar en uno de los restaurantes más prestigiosos de la ciudad, por lo que pensé que un esmoquin azulado sería una buena opción. Cuando terminamos de cenar algunos de los asistentes iban un tanto pasados de copas y querían terminar la noche en alguna discoteca. Yo estaba cansado y, sinceramente, no tenía ganas de salir de fiesta.

—Yo también me vuelvo al hotel —dijo una compañera en la puerta del restaurante—. ¿Compartimos taxi?

Me encogí de hombros y ella se lo tomó como un sí. Se llamaba Chloe, tenía un papel coprotagonista en la serie y desde que había comenzado el rodaje me tiraba la caña. Yo le había estado dando largas durante las grabaciones, pero a ella parecía no importarle. Era bastante más joven que yo y llevaba un vestido rojo que le quedaba de infarto. Nos sentamos en la parte trasera del taxi y le dimos la dirección al conductor.

—¿Te apetece tomar la última en mi habitación? —me preguntó colocando una de sus manos sobre mi rodilla.

—Yo… no bebo.

—Qué pena —dijo decepcionada—. Si quieres podemos darnos un baño en el jacuzzi.

Su mano fue subiendo un poco más hasta que llegó a mi entrepierna. Hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer y mi

cuerpo no tardó en reaccionar.

—Vaya. —Sonrió—. Eso no me lo esperaba.

Con la mano que tenía libre me cogió de la muñeca y colocó mi mano sobre uno de sus pechos. Mentiría si dijera que no estaba excitado, al fin y al cabo, Chloe era una chica preciosa y yo no tenía que rendirle cuentas a nadie. El taxi nos dejó en la puerta del hotel y entre besos y manoseos llegamos a su habitación. Al entrar encendió la luz, pero le pedí que la apagase.

—¿Te da vergüenza? —Sonrió socarrona.

No exactamente. Fui un idiota al pensar que, con la luz apagada, podría imaginar que era otra persona.

Le quité el vestido y adiviné un precioso conjunto lencero negro. Me deshice de mi camiseta mientras nos acercábamos a la cama. Ella se sentó en el borde y fue besando mi abdomen mientras me bajaba los pantalones. Eché la cabeza hacia atrás, entraba algo de luz de las farolas a través de la ventana y yo no quería mirarla, no podía. Dejé que me acariciara la entrepierna, pero cuando estaba a punto de quitarme la ropa interior, me coloqué sobre ella. Me agarró el culo con las manos y lanzó un gemido, como un animal que por fin ha atrapado su presa. ¿En eso me había convertido? ¿En esa clase de tíos que solo busca sexo por placer?

Para mí el sexo era mucho más. Era placer sí, pero también intimidad. Era deseo, era complicidad, era sensualidad. Y esa chica, sintiéndolo mucho, no provocaba nada de eso en mí. Me aparté bruscamente y ella me miró extrañada. No quería acostarme con ella, quizá mi lado más animal sí, pero mi cabeza estaba en otro lugar.

—Lo siento —dije incorporándome y cogiendo mi ropa.

—¿Qué pasa?

—Tengo que irme y tú… no te mereces esto.

—¿Vas a dejarme así? —Se incorporó e intentó besarme de nuevo.

—Me he dejado llevar y… no quería. No quiero.

—¿De qué vas?

Me vestí como pude y salí sin decir nada más. Cuando llegué a la habitación me sentí como una mierda. No solo por haberle creado falsas expectativas a esa chica, que también, sino porque había intentado volcar en el sexo todos esos sentimientos que llevaban meses amargándome.

Me di una ducha de agua fría y me metí en la cama. Acababa de dejar el móvil en la mesita cuando vibró. Pensé que tal vez sería Chloe, pidiéndome una explicación, pero me sorprendió ver el número de Melisa en la pantalla.

Mel:

Lo he hecho.

He comprado un billete de avión.

No es al fin del mundo, pero me sirve.

Hugo:

¿En serio? ¿Dónde vas?

Me sorprendí sonriendo a la pantalla. En cuestión de segundos, la frustración de lo que acababa de pasar fue dand o paso a la calma, una sensación que encontraba siempre que hablaba con Melisa.

Mel:

Pues es un pack que incluye la visita

a cuatro países en cinco días.

Primero iré a París, luego Ámsterdam,

Bruselas y, por último, Roma.

Hugo:

JODER.

Te vas a perder jajaja

Mel:

Me estás asustando.

Hugo:

Es broma. Esas son las experiencias en las

que o aprendes o sales en las noticias.

Mel:

No tiene gracia…

En realidad, el pack es para dos personas.

Seguro que soy la única pringada que va sola.

Mi mejor amiga acaba de tener un bebé y

no puede acompañarme.

Hugo:

¿Y tu hermana?

Mel:

Caye no puede saberlo.

Se lo diría a mi madre.

Hugo:

No tienes dieciséis años.

Bueno, quizá, mentalmente sí, pero…

Mel:

Ja, ja, ja. Qué gracioso.

Escribiendo…

Mel:

¿Quieres venir tú?

Hugo:

¿Me estás pidiendo que

me vaya de viaje… contigo?

Mel:

Yo necesito desconectar

de mi futura boda y tú…

Ya sabes, dejar de comerte la

cabeza con esa chica.

Me pagas la mitad y todos ganamos.

Hugo:

No cuela.

Tendrás que enfrentarte a

esos cuatro aviones tú solita.

Mel:

Vaaaaaaaaaa.

Prometo portarme bien.

Hugo:

No. Sería raro.

Mel:

Piénsatelo, el avión sale pasado mañana.

Hugo:

Vuelvo mañana de Londres y Marta

ya se ha quedado con Balto estos días.

No quiero abusar de su confianza .

Mel:

Excusas. Me voy a dormir.

Hugo:

Que duermas bien.

Apenas pude dormir. Estuve toda la noche pensando en que quizá hacer ese viaje no era una locura. Hacía tiempo que no me divertía, que no viajaba por placer, que no conocía gente nueva. Estar solo empezaba a cansarme, pero no quería meter en más líos a Melisa.

Cuando me encontré a la mañana siguiente preguntándole a Marta si se podía quedar unos días más con Balto me di cuenta de que había perdido la cabeza. Le dije que tenía que quedarme unos días más en Londres y que le iría informando de mi vuelta. No podía decirle que me iba de viaje con su amiga y compañera de trabajo la cual iba a casarse a la semana siguiente.

Me vino justo llegar a Madrid, enviarle un mensaje a Mel confirmándole mi asistencia, deshacer la maleta y hacerla de nuevo. Ella me contestó con el emoticono de la bailarina de flamenco. Me sentía como si fuéramos dos amantes que van a fugarse. Aunque la situación era bien distinta. ¿Nos fugábamos? Sí. ¿Juntos? No en ese sentido. Ella huía del miedo, de una boda para la que no estaba preparada, yo huía de Lucía, una vez más. Cobarde.

Al verla en la terminal del aeropuerto al día siguiente con esa enorme maleta me pareció pequeña. Muy pequeña. Quizá no me había dado cuenta hasta ese momento que rozaba el metro sesenta y que para mirarme tenía que inclinar la cabeza. Sonrió y no pude evitar hacerlo yo también.

—¿Estás preparada para el mejor viaje de tu vida? —dije una vez

la tuve lo suficientemente cerca.

Quise sonar esperanzador, aunque en realidad, era yo quien deseaba que fuera el mejor viaje de su vida.

—No puedo esperar.



15. Modo avión

El sonido de las turbinas del avión me aterraba. Miré a Hugo, que estaba sentado justo a mi lado y me hizo un gesto para que me abrochase el cinturón. Sin duda alguna pedirle que viniera conmigo había sido una buena decisión, no hubiera sido capaz de haber hecho ese viaje sola.

Despegamos poco después y, aunque mi instinto me pedía cogerle la mano, me contuve y me agarré al asiento del pasajero de delante. Aterrizamos en París cerca de las once de la mañana, en el hotel

fueron muy amables y, por un pequeño suplemento, nos asignaron dos habitaciones diferentes, pues el pack solo incluía una habitación doble.

Quedamos en vernos en el bufé a las dos. Era pronto y como no tenía que deshacer la maleta, ya que solo estaríamos una noche, decidí salir a dar una vuelta. El hotel estaba a tan solo trescientos metros de la famosa torre Eiffel, o al menos eso me había dicho la recepcionista. Debí de perderme porque me costó unos veinte minutos encontrarla, saqué el móvil e hice un par de fotos desde lejos. Caminé por los alrededores y me acerqué al hotel sobre la hora de comer.

Cuando llegué a la mesa que teníamos asignada, Hugo ya estaba allí e incluso se había molestado en servir algunos platos del bufé.

—He traído un poco de ensalada, queso y jamón para ir picando. No sabía que querías de beber cuando ha venido el camarero, así que he pedido agua.

—Genial, *typical Spanish* —dije en un intento de hacerme la graciosa—. Voy a ver que platos hay en el menú de hoy.

Me sorprendió ver la gran variedad de comida que había, cogí un plato de paella y un par de gambas asadas. Me senté en la mesa y poco después, apareció Hugo con un enorme plato de pasta a la carbonara.

—Vaya, eres una valiente —dijo señalando mi plato.

—¿Por qué? —Me llevé una cucharada a la boca—. Está buena.

—Un valenciano no diría lo mismo. Si mi madre te viera, ella sí que hace buenas paellas.

—¿Tu madre es de Valencia?

—En realidad, no. Es londinense, pero lleva muchos años viviendo en Valencia.

—Vaya… ¿Tú también eres de allí?

—Nací en Hertford, pero llevo desde los dieciocho años viviendo en Madrid. Tengo la doble nacionalidad.

—Qué guay. Esta ciudad es lo más lejos que he estado de mi casa…

—¿En serio? ¿Y qué sientes?

—Ahora mismo es como si…

En ese momento algo vibró en mi bolsillo. Saqué el móvil, era Carlos. Hugo me miró confuso, como intentando adivinar mis pensamientos. Sin pensarlo, deslicé mi dedo por la pantalla abriendo el despegable de la parte superior y lo puse en modo avión. Un sentimiento de libertad me invadió de nuevo.

Esa misma tarde fuimos al Louvre. Había un guía que iba explicando las diferentes obras, pero me di cuenta de que Hugo estaba aburriéndose.

—Ven —dije tirando de su mano.

Nos colamos por uno de los pasillos y llegamos hasta una pequeña sala donde había algunos cuadros que no conocía. Hugo me miraba confuso y me pareció divertido tomarle el pelo.

—Mira, —Señalé uno de ellos—, ese es *El tahúr* de George de La Tour. Representa una escena en un burdel, donde un tahúr y una prostituta, con la complicidad de una criada, despluman a un joven rico.

—Vaya, ¿lo conoces? —dijo señalando la pieza.

—No, lo pone en ese cartelito de ahí. —Señalé una pequeña placa dorada que describía el cuadro.

Hugo se echó a reír y no pude evitar hacerlo yo también. El vigilante de seguridad que pasaba por allí, nos hizo un gesto para que bajáramos la voz, lo que desencadenó un ataque de risa aún mayor. Es un sinsentido, pero cuando más piensas en que debes permanecer serio, más ganas tienes de reír.

Para cuando salimos del museo aún seguíamos con la sonrisa en los labios.

—Me la has colado, ya te vale —dijo Hugo mientras caminábamos sin rumbo.

—Creía que te darías cuenta, tu cara era un poema.

—Yo qué sé, como eres una niña de bien, pues suponía que entenderías de arte.

—Deja de suponer.

—Pues cuéntame cosas sobre ti.

—Si preguntas por mis dotes artísticas te diré que sé tocar el piano y el violín.

—¿Ves? Lo que yo decía.

—Sí… es una lástima porque me hubiera gustado aprender a tocar la guitarra eléctrica, pero mi madre nunca aceptó que mi música favorita fuera el rock.

—¿En serio?

—No siempre he acatado las reglas de mi madre… Una vez —dije emocionada al recordar aquella noche—, me escapé de casa para ir a un concierto de Marea. ¿Los conoces?

—Claro. —Se metió las manos en los bolsillos—. Es un clásico.

—Cuando llegué del concierto se me olvidó que era una cría de dieciséis años que vivía con sus padres, pero me acordé de golpe y porrazo al ver a mi madre en el salón esperándome con la tenue luz de una lámpara. Muy peliculera ella.

—¡Uf, qué miedo! —dijo con una sonrisa socarrona.

—No lo sabes tú bien. Encima acabé vomitando en su alfombra favorita.

—Una noche intensa, ¿no?

—Sí… —Sonreí con nostalgia—. Lo echo de menos.

—¿A qué te refieres?

—A ser joven, no tener preocupaciones, vivir el día a día.

—Eres joven. Lo otro es una elección.

—Haces que todo parezca fácil. —Se encogió de hombros—. ¿Cuál ha sido tú mayor locura?

—Bueno, si cuenta que a los dieciocho me mudé a Madrid con una mano delante y otra detrás. —Le miré con curiosidad y siguió hablando—. Al principio, malvivía en casa de un amigo compaginando un trabajo como camarero con papeles pequeños en obras de teatro. A partir de ahí, conseguí mejores interpretaciones

hasta que, finalmente, tuve un papel protagonista en una película americana.

—¡Ya decía yo qué me sonabas de algo!

—¿Te firmo un autógrafo? —preguntó con sorna.

—Oye… —Me paré en seco—. ¿Dónde estamos yendo?

—Pues… no lo sé. Yo te seguía a ti.

—¿A mí? Yo a ti.

Ambos echamos a reír y, al darnos cuenta de que estábamos perdidos , optamos por pedir un taxi que nos llevó de vuelta al hotel. Cuando llegamos, cada uno fue a su respectiva habitación a ducharse y quedamos en el comedor del hotel sobre la hora de cenar. Sin embargo, mientras me secaba el pelo recibí un mensaje suyo diciendo que estaba cansado y que no iba a bajar a cenar. No me apetecía ir sola, así que llamé al servicio de habitaciones y me comí una deliciosa hamburguesa mientras veía la tele. Serían cerca de las doce cuando alguien llamó al a puerta.

—Mel, soy yo —reconocí la voz de Hugo al otro lado.

Al abrir, casi no lo reconocí. Estaba apoyado en el pasillo, con el rostro pálido, vistiendo un pantalón de pijama y una sudadera.

—¿Estás bien?

—¿Me haces un favor?

—Claro, estás horrible, ¿qué te pasa?

—Llevo un par de horas vomitando… ¿podrías ir a la farmacia y comprarme algo? Es que cada vez que me levanto… —Se llevó la mano a la boca y salió corriendo hacia su habitación—. Disculpa.

Media hora después me encontré llamando a su puerta.

—Gracias —dijo tumbándose en la cama.

—¿Cómo estás?

—Un poco mejor. Creo que no me ha sentado bien la comida.

—Quizá sea un virus del estómago. Te he traído un par de cosas que me ha recomendado la farmacéutica, no sabes lo que me ha costado entenderla.

—Gracias, siento haberte molestado, deberías irte a descansar.

—De eso nada, me quedo contigo. —Me senté sobre la cama y puse la mano en su frente—. Creo que tienes fiebre.

—Estoy bien, de verdad.

—Shh. —Revolví en la bolsa y saqué una caja de pastillas—. Espera, te traeré agua.

Cogí uno de los vasos que había en el baño y se lo acerqué.

—Tengo frío —dijo tiritando.

—Estás empapado —dije al ver las gotas de sudor que caían de su frente—. Quítate la ropa, te traeré limpia. ¿Dónde la tienes?

—Ahí, en la maleta. —Señaló hacia una esquina de la habitación.

—Vamos quítate esa sudadera.

Hugo me obedeció dejando al descubierto su torso desnudo. Mentiría si dijera que no me recreé un poco. Tenía un abdomen bien marcado, los brazos fuertes y musculados, y algo de bello en el pecho que le quedaba muy sexy.

—Estoy bien.

Sus palabras me devolvieron a la realidad y le tendí una camiseta que encontré en su maleta.

—Deja que me quede al menos hasta que te duermas, estaré más tranquila.

—¿Serviría de algo negarme? —Rio—. Siéntate anda.

Se echó hacia un lado y me coloqué junto a él. Me ofreció una de las almohadas para que apoyara mi espalda y le agradecí el gesto con una tímida sonrisa. De pronto, me di cuenta de lo cerca que estábamos y de que tanta intimidad me hacía sentir un tanto incómoda.

—¿Así bien?

—Sí, no te preocupes por mí. —Jugueteé con mi pelo—. ¿Por qué no me has avisado antes?

—No quería estropearte el viaje —dijo acomodándose—. ¿Y si es un virus contagioso?

—Venga, duérmete.

Se acostó de lado dándome la espalda, hecho que, sinceramente, agradecí. Debía de estar agotado porque poco a poco su respiración fue ralentizándose hasta que se quedó dormido. Me tumbé sobre las sábanas, dejando cierto espacio entre nosotros y, antes de lo que me quise dar cuenta, caí rendida.

16. Ámsterdam

—Joder —grité sobresaltado al notar que alguien se movía a mis espaldas.

—Ho… hola. Lo siento —Me miró extrañada—. Debí de quedarme dormida sin darme cuenta. ¿Cómo estás? —me preguntó todavía tumbada en la cama con el pelo revuelto y el maquillaje corrido.

Estaba guapa. A Melisa no le importaba como los demás la veían y eso se notaba. Ni siquiera parecía incomodarle el hecho de haber dormido en mi cama. Genial, ahora su perfume también estaba impregnado en mis sábanas.

—Me encuentro mejor, pero debería darme una ducha.

—Yo… —Se levantó de la cama—. Voy a recoger mis cosas. ¿Qué hora es?

—Las nueve y cuarto —contesté mirando el móvil—. ¿Nos vemos en la recepción en una hora?

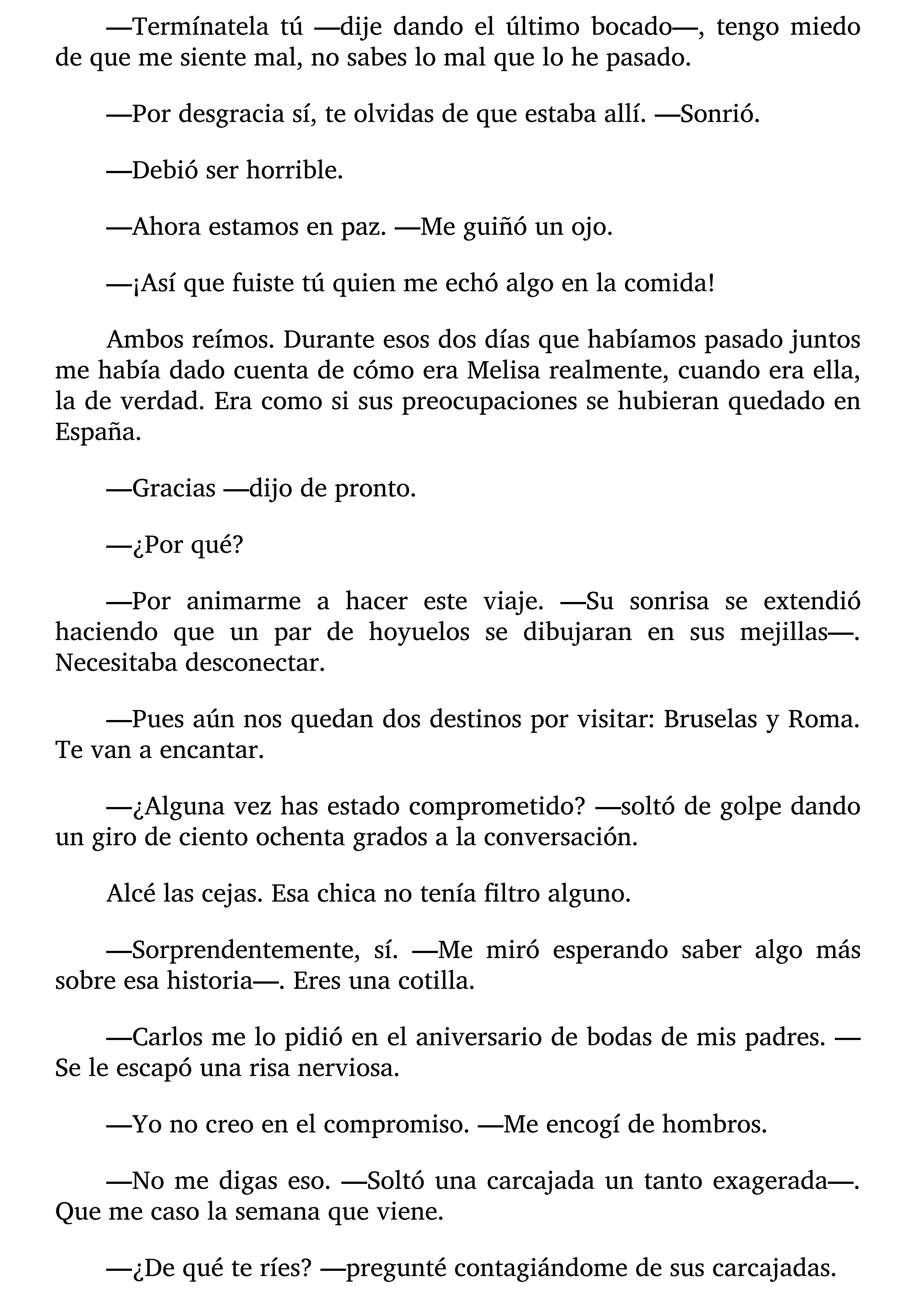
Nuestro avión aterrizó en Ámsterdam sobre la hora de comer y ambos estábamos muertos de hambre. El restaurante del hotel estaba a punto de cerrar cuando llegamos, así que fuimos a una cafetería cercana en la que servían unos sándwiches vegetales buenísimos.

—Esto está delicioso —dijo con la boca llena.

—Esos modales señorita.

—Dios, no hagas eso, me recuerdas a mi madre.

Arrugó la nariz. Lo hacía siempre que algo le molestaba, pero parecía no darse cuenta. Me reí para mis adentros, me hacía gracia verla de morros. Cuando terminamos de comer, decidimos compartir un trozo de tarta casera que estaba deliciosa.



—Termínatela tú —dije dando el último bocado—, tengo miedo de que me siente mal, no sabes lo mal que lo he pasado.

—Por desgracia sí, te olvidas de que estaba allí. —Sonrió.

—Debió ser horrible.

—Ahora estamos en paz. —Me guiñó un ojo.

—¡Así que fuiste tú quien me echó algo en la comida!

Ambos reímos. Durante esos dos días que habíamos pasado juntos me había dado cuenta de cómo era Melisa realmente, cuando era ella, la de verdad. Era como si sus preocupaciones se hubieran quedado en España.

—Gracias —dijo de pronto.

—¿Por qué?

—Por animarme a hacer este viaje. —Su sonrisa se extendió haciendo que un par de hoyuelos se dibujaran en sus mejillas—. Necesitaba desconectar.

—Pues aún nos quedan dos destinos por visitar: Bruselas y Roma. Te van a encantar.

—¿Alguna vez has estado comprometido? —soltó de golpe dando un giro de ciento ochenta grados a la conversación.

Alcé las cejas. Esa chica no tenía filtro alguno.

—Sorprendentemente, sí. —Me miró esperando saber algo más sobre esa historia—. Eres una cotilla.

—Carlos me lo pidió en el aniversario de bodas de mis padres. —Se le escapó una risa nerviosa.

—Yo no creo en el compromiso. —Me encogí de hombros.

—No me digas eso. —Soltó una carcajada un tanto exagerada—. Que me caso la semana que viene.

—¿De qué te ríes? —pregunté contagiándome de sus carcajadas.

Di un sorbo al refresco, pero la cara de Melisa era todo un poema e hizo que escupiera parte de la bebida encima de la mesa. Ella

empezó a reírse con más fuerza y el aire que entraba y salía de su garganta hizo que sonara como un cochinillo.

—¿Pagamos y nos vamos?

Me levanté un poco mareado, pero lo asocié al malestar de estómago. Cuando nos acercamos a la barra el camarero nos miró con una sonrisa socarrona.

—Estaba buena la tarta, ¿eh?

—Estaba deliciosa —dijo Mel secándose las lágrimas.

Se me ocurrió entonces mirar de nuevo la carta y leer los ingredientes. Miré a Melisa preocupado, pero ella parecía no entender nada.

—Mel. —La miré asustado—. La hemos liado.

—¿Por qué?

—La tarta llevaba marihuana.

Salimos de ahí después de recriminarle al camarero que no nos avisara. Él se exculpó sosteniendo que en la carta lo especificaba y, lo cierto, era que ninguno de los dos nos habíamos fijado. Queríamos coger un taxi, pero estábamos en una zona poco concurrida y ninguno pasaba por allí. Para más inri, empezó a llover.

—Mi psicólogo me va a matar.

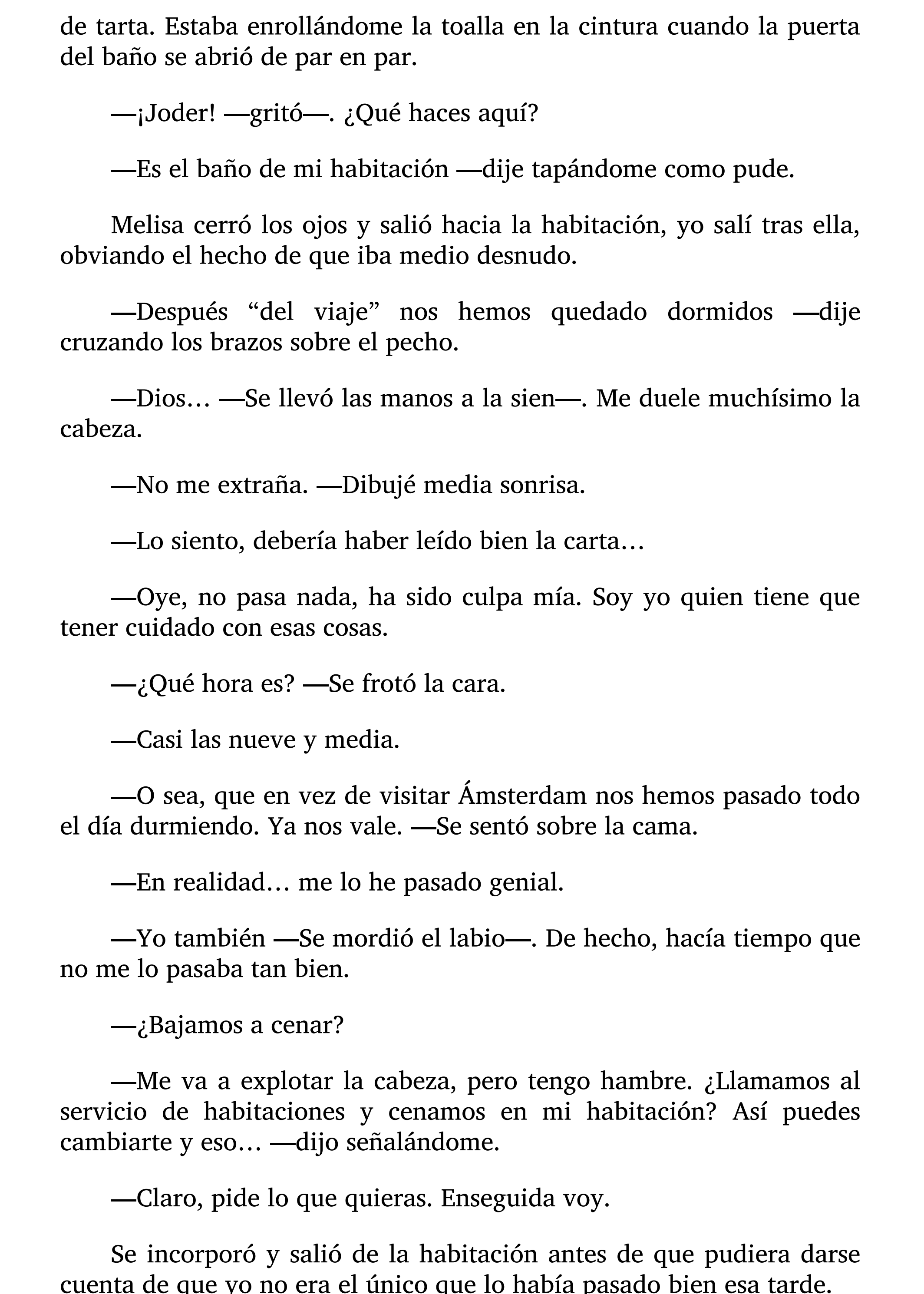
—¿Vas al psicólogo? —dijo intentando contener la risa.

—Esto es serio Mel, que soy exadicto.

—No pasa nada por un poco de marihuana Hugo, relájate.

Y tanto que me relajé. Tras caminar durante varios minutos mientras hablábamos de temas tan surrealistas que ni recuerdo, pedimos un Uber que nos llevó hasta el hotel. No sé por qué, pero después del ataque interminable de risa que nos dio en mi habitación, nos quedamos dormidos sobre mi cama.

Cuando me desperté, ya había anochecido y Melisa seguía durmiendo. Me supo mal despertarla, así que me metí en la ducha a hurtadillas. El agua fría me vino bien, no podía creer que después de tantos años manteniéndome limpio me hubiera colocado con un trozo


de tarta. Estaba enrollándome la toalla en la cintura cuando la puerta del baño se abrió de par en par.

—¡Joder! —gritó—. ¿Qué haces aquí?

—Es el baño de mi habitación —dije tapándome como pude.

Melisa cerró los ojos y salió hacia la habitación, yo salí tras ella, obviando el hecho de que iba medio desnudo.

—Después “del viaje” nos hemos quedado dormidos —dije cruzando los brazos sobre el pecho.

—Dios… —Se llevó las manos a la sien—. Me duele muchísimo la cabeza.

—No me extraña. —Dibujé media sonrisa.

—Lo siento, debería haber leído bien la carta…

—Oye, no pasa nada, ha sido culpa mía. Soy yo quien tiene que tener cuidado con esas cosas.

—¿Qué hora es? —Se frotó la cara.

—Casi las nueve y media.

—O sea, que en vez de visitar Ámsterdam nos hemos pasado todo el día durmiendo. Ya nos vale. —Se sentó sobre la cama.

—En realidad… me lo he pasado genial.

—Yo también —Se mordió el labio—. De hecho, hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien.

—¿Bajamos a cenar?

—Me va a explotar la cabeza, pero tengo hambre. ¿Llamamos al servicio de habitaciones y cenamos en mi habitación? Así puedes cambiarte y eso… —dijo señalándome.

—Claro, pide lo que quieras. Enseguida voy.

Se incorporó y salió de la habitación antes de que pudiera darse cuenta de que yo no era el único que lo había pasado bien esa tarde.

«Joder Hugo, ¿cómo has podido empalmarte?», pensé. Esa pobre

chica estaba invitándome a cenar con ella y yo solo intentaba controlarme para que no se diera cuenta de mi erección. A lo tonto, llevábamos dos noches durmiendo juntos y eso, empezaba a preocuparme. Melisa era una chica estupenda y no quería meterla en problemas.

Tardé más de media hora en llamar a su puerta. El viaje iba de maravilla y yo había estado a punto de estropearlo. La encontré ordenando sus cosas, más callada de lo habitual. Incluso llegué a pensar que lo había notado, pero cuando estaba a punto de darle una explicación soltó:

—Se me ha ocurrido quitar el modo avión del móvil.

—Ajá —logré pronunciar.

—Tenía un par de mensajes de Caye, uno de Olga preguntándome si me habían secuestrado y otro de Carlos. He aprovechado para llamarle y hemos estado hablando.

—Y… ¿todo bien?

—No exactamente. Le he confesado que tengo dudas sobre lo nuestro.

—Guau. —Me apoyé en la pared y cogí aire antes de seguir—. ¿Cómo se lo ha tomado?

—He dicho sobre lo nuestro, Hugo. No sobre la boda. Pensaba que lo que me pasaba era que tenía miedo al compromiso, a lo duradero, pero me he dado cuenta de que, en realidad, tengo dudas sobre mi relación. —Tragué saliva y dejé que siguiera hablando—. Me ha preguntado si hay otra persona y que, si el viaje no ha sido más que una excusa. No he tenido otra opción y le he dicho que estoy hecha un lío y que no sé qué es lo quiero, obviando el hecho de que he venido contigo porque no lo entendería… Soy un puñetero desastre —se quejó sollozando y se echó a mis brazos.

No supe qué decir, así que la estreché con fuerza y nos quedamos así, en silencio. Minutos después, se secó las lágrimas y como si nada hubiera pasado dijo:

—¿Cenamos?

17. El baile

Aunque haber sido sincera con Carlos me había quitado un peso de encima, había algo en mi interior que seguía sin encajar. Miré a Hugo, que estaba a mi lado llevándose un pedazo de filete la boca, y me di cuenta de lo mucho que disfrutaba de su compañía. Habíamos acercado la mesa que hacía de escritorio a la cama y nos estábamos pegando un auténtico banquete.

—Esto está delicioso —dije señalando la comida.

—Y que lo digas, creo que podría pasarme la vida comiendo.

—Comer es uno de los grandes placeres de la vida.

—Comer y dormir.

—Bueno y lo que no es dormir —Reí.

—Estoy de acuerdo. Comer, dormir y tener sexo. Son los tres grandes placeres de la vida.

—Y viajar… —añadí.

—Imagina que haces el mejor viaje de tu vida, —Se inclinó hacia a mí, haciendo que cada músculo de mi cuerpo se tensase—, en el que pruebas la comida más sabrosa de la zona y duermes a pierna suelta después de tener el sexo más increíble que puedas imaginar… Se podría decir que lo tienes todo, ¿no?

—Sin duda alguna.

Sonrió. No fue esa conversación lo que hizo me ruborizara, pero tenerlo tan cerca mirándome intensamente con esos preciosos ojos color cielo, hizo que se activaran todos mis sentidos.

—Me caes bien —dijo tras un pequeño silencio.

—Vaya, tú a mí no. —Le saqué la lengua.

—Pues para no caerte bien, me has invitado a pasar contigo cinco días.

—Pensaste que estaba loca, ¿verdad?

—En realidad me alegro de haber venido. —Se humedeció los labios—. Y sí, pensaba que estabas loca y, sin duda alguna, después de que intentaras drogarme con una tarta lo he confirmado.

—¡Oyeeeeeeeee! —grité—. Yo no intenté drogarte, soy inocente. Lo juro.

—Eso tendrá que demostrarlo ante un tribunal señorita...

Ambos soltamos una carcajada. Solo la tenue luz de las lámparas de noche iluminaba la habitación, así que supuse que no se dio cuenta del calor que desprendían mis mejillas. Hugo era un hombre. Sí, un hombre con todas las letras. De esos que hacen que cualquier mujer se gire por la calle para mirarlo, de esos que son guapos pero que parecen no saberlo, de esos que tienen la sonrisa amplia, pero los ojos tristes. Apretó los labios, como si quisiera decir algo, pero sacudió la cabeza y fijó la vista en el televisor .

—¿Te apetece salir a dar una vuelta? —me preguntó poco después.

—¿Ahora? Es tarde.

—Apenas son las doce.

—Es que me da pereza arreglarme. —Señalé mi atuendo.

—No hace falta que lo hagas. Podemos ir así, en chándal. ¿O es poco glamuroso para la señorita…? —Se quedó pensativo—. ¿Cuál es tu apellido?

—Duarte.

—Señorita Duarte… —dijo incorporándose y tendiéndome la mano—. ¿Haría el favor de acompañarme a dar un paseo nocturno por la ciudad de Ámsterdam?

Lo observé pensativa. Tenía un cierto brillo en la mirada y me pareció un motivo suficiente como para aceptar su propuesta.

—Será todo un placer —dije cogiendo su mano sin poder evitar dibujar una sonrisa.

Salimos del hotel de madrugada, pero a pesar de ello las calles de Ámsterdam estaban abarrotadas. Caminamos cogidos del brazo hasta

que llegamos hasta la famosa plaza Dam. En ella, un sinfín de transeúntes paseaban de un extremo a otro contemplando el enorme obelisco que había justo en el centro. Nos colocamos junto a él, observándolo en silencio hasta que Hugo dijo:

—Es un homenaje a los soldados holandeses caídos durante la Segunda Guerra Mundial —me indicó.

—Vaya… es enorme.

—Veintidós metros —especificó alzando la mirada hacia el enorme monumento.

—¿Cómo sabes todo eso? —pregunté extrañada.

—Había un folleto en la habitación con los lugares de interés. —Sonrió socarrón.

«Donde las dan las toman». Le di un codazo en el costado y se quejó llevándose la mano. Le miré y no pude evitar sonreír. Cuando mis ojos se toparon con los suyos me di cuenta de que había algo diferente en ellos. No dijo nada, simplemente, frunció el ceño intentando adivinar mis pensamientos, pero antes de que pudiera decir algo, el sonido de una guitarra desvió nuestra atención.

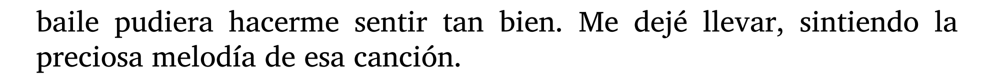
Hugo me cogió de la mano y caminamos hacia el corrillo de personas que se había formado alrededor de un joven músico. Lo miramos en silencio, disfrutando de la dulce melodía que entonaba. Cuando la canción terminó, Hugo le dejó unas monedas y le susurró algo que no logré escuchar. De repente, sonaron unos acordes que reconocí al instante.

—¿Bailamos? —dijo tendiéndome la mano.

Me sentí muy pequeña, pero Hugo me sonrió haciendo que todas aquellas personas que estaban a nuestro alrededor desapareciesen. Me agarré a él y me apretó suavemente contra su cuerpo. Yo no sabía bailar, pero me dejaba llevar por su movimiento. Al principio, tímidamente, pero poco a poco empecé a sentirme más cómoda. Hugo colocó sus manos sobre mis caderas y hundió su cabeza en mi pelo.

—Un chándal puede ser mejor que cualquier vestido —susurró en mi oído.

Eché la cabeza hacia atrás para mirarle, topándome con esos preciosos ojos azules. Nunca pensé que algo tan simple como aquel



baile pudiera hacerme sentir tan bien. Me dejé llevar, sintiendo la preciosa melodía de esa canción.

—Hugo… —dije sin dejar de moverme.

—Dime.

—Empiezo a pensar que hacer este viaje ha sido una de las mejores decisiones de mi vida.

—Yo también. —Me apretó un poco más contra él.

—Y me alegra que hayas venido conmigo.

No dijo nada y no quise forzar más las cosas entre nosotros. La canción terminó y ambos nos separamos. Algunas personas que nos observaban comenzaron a aplaudir y a decirnos cosas en diferentes idiomas que no logramos entender. Aprovechamos que felicitaban al músico para escabullirnos de allí.

De camino al hotel no intercambiamos palabra y nos despedimos escuetamente en la puerta de mi habitación, como si fuéramos dos extraños que se han encontrado por casualidad.

Estaba confusa. Era como si una parte de mí tuviera miedo a que la Melisa que estaba siendo durante esos días, volviera a quedarse encerrada en lo más profundo de mi ser cuando volviera a España. Iba a meterme en la cama cuando recibí un mensaje de Carlos: «Tenemos que hablar».

Miré el reloj, era tarde y me sorprendió que estuviera en línea. Sin pensar, lo llamé y, para mi sorpresa, contestó enseguida.

—Carlos…

—¿Cuándo vuelves? —me interrumpió alzando la voz.

—¿Estás bien? Acabo de ver tu mensaje.

—No evites mi pregunta —dijo con cierta dificultad.

—Te dije que llegaría el lunes.

—Necesito que vuelvas antes.

—No puedo cambiar el vuelo. ¿Ha pasado algo? Me estás preocupando.

—Necesito verte —suplicó.

—Creo que es mejor que hablemos mañana.

—Escúchame, lo he dado todo por ti, te he tratado como a una reina, me he esforzado por ser el hombre perfecto para ti y… ¿es así cómo me lo agradeces?

Sus palabras guardaban rencor, pero su tono de voz expresaba tristeza.

—Yo nunca te he pedido nada.

—¿Qué vamos a decirles ahora a los invitados?

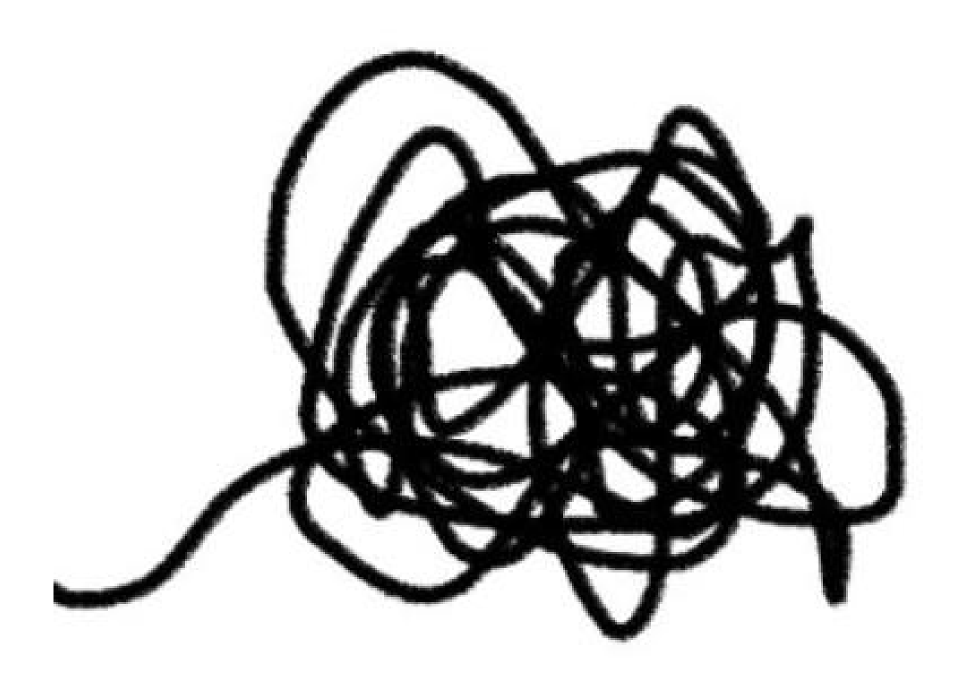
—¿Es lo único que te preocupa? Además, no he decidido nada todavía. Esto tampoco está siendo fácil para mí… —dije intentando evitar que me temblara la voz.

—¿Y para mí sí? —Resopló al otro lado—. Solo espero que el domingo estés en esa iglesia. Por tu bien, por nuestro bien y por el de nuestras familias. ¿Quieres decepcionar a todo el mundo?

—Yo…

—Querías vivir una aventura antes de la boda, irte de viaje tú sola o con quién quiera que hayas ido. Está bien, pero cuando vuelvas cumple con las personas que te quieren.

Colgó antes de que pudiera decirle todo lo que pensaba de él y de sus apariencias de mierda. Carlos estaba irreconocible, nunca me había hablado de ese modo y, sin duda alguna, se había pasado. Me dejé caer sobre la cama, estaba tan decepcionada, me hubiera gustado llamar a la puerta de Hugo y contarle lo ocurrido, pero no quería meterlo en mis problemas. Opté por hacerme un ovillo con mi propio cuerpo y quedarme así hasta que amaneció.



18. Líos

Bruselas era preciosa. Hicimos un tour en autobús que estaba incluido en el pack del viaje, hice un par de fotos a los monumentos más emblemáticos y le pedí a Melisa que sonriera cuando paramos junto al Palacio Real, pero lo único que obtuve fue una simple mueca. Se había levantado de mal humor y apenas habíamos intercambiado palabra en toda la mañana. Estaba un tanto rara desde la noche anterior y no sabía si eso tenía algo que ver conmigo.

Llegamos al hotel a medio día, pero ella se excusó diciendo que no tenía hambre y se encerró en su habitación. Yo tampoco quise

insistirle, pero cuando terminé de comer no pude evitar llamar a su puerta. Me recibió en pijama un tanto somnolienta.

—Hola —dijo tímidamente.

—¿Puedo pasar?

No contestó. Dio media vuelta y se sentó sobre el borde la cama. Tenía la expresión apagada y parecía estar dándole vueltas a algo. Me dolía verla de ese modo.

—¿Estás bien?

Miró al techo, suspiró y un par de lágrimas recorrieron sus mejillas. Me senté a su lado y la estreché entre mis brazos. Nunca la había visto tan rota.

—Tranquila, todo va a estar bien.

—Tú no lo entiendes. —Se separó lo suficiente como para mirarme—. Todos esperan que me comporte de una manera que no va conmigo y yo… solo tengo ganas de huir. —Quería decirle lo que pensaba, pero en lugar de eso me mordí el labio y ella se dio cuenta—. ¿Por qué me da la sensación de que no quieres decirme lo que piensas?

—Porque no quiero ser quien te haga cambiar de opinión. —Me revolví el pelo. Tenía que ser sincero con ella, pero, sobre todo, conmigo mismo—. Mel, eres una chica estupenda, lista, guapa y divertida y estoy seguro de que vas a volar muy alto si no dejas que nadie te corte las alas. Si no te he dicho la verdad desde un principio es porque me daba miedo. Me aterra darme cuenta de que durante este viaje… —Hice una pausa—. No he pensado en ella.

—¿Qué? —preguntó confusa.

—No he pensado en ella ni un solo instante —remarqué dándome cuenta de mis palabras—. No sé si ha sido porque he estado demasiado ocupado o porque estaba preocupado por ti…

Antes de que pudiera darme cuenta tenía su boca junto a la mía, lo más sensato hubiera sido apartarme, pero sus labios me pedían a gritos que los besara. Melisa sabía dulce, a paz, a pasión, pero también a miedo, a dudas, a culpa. La apreté contra mi cuerpo y ella respondió rodeándome con sus brazos, como si ninguno de los dos se atreviera a apartarse. No la detuve cuando me quitó la camiseta, ni ella a mí

cuando mis dedos se deslizaron por debajo de su blusa y acariciaron su cintura.

Todavía me vienen a la mente lo que sucedió entre aquellas cuatro paredes: sus manos sobre mi espalda, mis manos sobre su cintura, nuestras lenguas entrelazándose, los jadeos, el deseo, esa maldita colonia que ya no olía a nadie más que a ella. Me separé lo suficiente como para que nuestra mirada se cruzase y fue suficiente para darme cuenta de lo que estábamos haciendo.

—Mel… creo que deberíamos…

—No es lo que debemos, es lo que queremos.

No dije nada más. Siempre le había dicho que era libre, capaz de hacer cualquier cosa. No sería yo quién le dijera que se estaba equivocando, que liarse con el chico malo no sale bien, que ella merecía un jodido cuento de hadas y que yo no era más que un tipo que no tenía nada claro en la vida. Ella merecía ser feliz y yo no tenía nada que ofrecerle.

Se quitó la camisa dejando al descubierto unos perfectos y redondos pechos. No pude evitar sentir que aquello no me pertenecía, que ella estaba con alguien y que yo, no tenía ningún derecho a tocarla, a besarla, pero ella no pensó lo mismo. Colocó la mano en mi entrepierna y no pude evitar lanzar un gruñido.

—¿Tienes preservativos? —me preguntó mordiéndose el labio en un gesto de lo más sexy.

—No lo sé. —Me levanté y rebusqué en la maleta—. ¿Tú no…?

—No pensaba ponerle los cuernos a mi prometido, la verdad —dijo tapándose con la sábana.

—Joder, eso me ha cortado todo el rollo.

—Perdona, lo he dicho sin pensar…

—Da igual. —Me revolví el pelo—. Quizá es una señal.

—Podemos…

—No. No me gusta hacer las cosas a medias, Mel. Y menos contigo.

Y menos contigo, esas tres palabras decían mucho: me estaba

volviendo a pasar. El corazón me dio un vuelco, no podía estar cometiendo el mismo error. Cogí mi ropa y me vestí tan rápido como pude.

—Necesito pensar… —musité.

Ella no contestó, me dolía dejarla así, pero necesitaba salir de ahí lo antes posible.

Di una vuelta por la ciudad hasta que me cansé de andar. De vuelta al hotel me paré en una terraza en la que apenas había gente y me pedí un *cappuccino* . Mi madre siempre me decía que no me fiara de los bares en los que no había gente y no se equivocaba, el café estaba malísimo. Miré el móvil y pensé en llamar a Marta, pero me hubiera echado la bronca por haber tratado así a su amiga. Si alguien podía entenderme, esa era Lucía.

—¿Sí? —dijo al otro lado del teléfono.

—Hola, ¿te pillo ocupada? —pregunté al escuchar música de fondo.

—No, tranquilo, es que Marcos está preparando la cena y se ha venido arriba. Espera un segundo que salgo al jardín. —Escuché el sonido de una puerta—. Dime.

—¿Cómo va la hospedería?

—Viento en popa. ¿Y tú cómo estás?

—Bien —respondí escuetamente—. En Bruselas.

—Vaya… ¿Y me llamas desde allí para preguntarme por mi negocio?

—Me conoces demasiado bien. —Sonreí amargamente.

—¿Estás bien?

—Pues… no lo sé. —Hice una pausa—. La he cagado.

—Explícate.

—¿Prefieres la versión corta o larga?

—Si no quieres que cene pollo chamuscado, la corta por favor.

—Estoy de viaje con Mel, la amiga de Marta. —Di un sorbo al café—. Hemos venido juntos, pero no del modo en que piensas. Ella tenía miedo a venir sola, yo no tenía nada que hacer y necesitaba despejarme del trabajo… —mentí—. El caso es que, hoy… nos hemos besado y hemos estado a punto de acostarnos.

—¿Y cuál es el problema?

—Está prometida. Estoy metiéndome en una relación, otra vez, y ni siquiera sé si debería estar contándote esto precisamente a ti.

—Hugo, somos amigos —dijo con cierta melancolía—. A ver, vayamos por partes. ¿Ella qué piensa de todo esto? Porque si está con alguien, pero está dispuesta a acostarse contigo, no estará muy enamorada.

—Está hecha un lío, pero…

—¿Pero?

—Yo no tengo nada que ofrecerle. —Me froté la sien.

—¿Por qué dices eso?

—Porque ella es de esas.

—No lo entiendo.

—Es de esa clase de persona de la que te acabas enamorando y yo… no quiero.

—Hugo, eso que acabas de decir es… precioso. ¿Por qué no hablas con ella? No dejes las cosas en el tintero.

—Ahora mismo debe odiarme. —Bufé—. Le he dicho que ha sido un error y la he dejado sola en la habitación.

—No creo que pueda odiarte, porque tú también eres de esos.

Volví al hotel a media tarde. Había pasado por un puesto de gofres y había comprado dos con *Nutella* y chocolate blanco. Quizá Melisa me los tiraría por encima al verme y mentiría si dijera que no dudé antes de llamar a su puerta. «Hugo, no seas cobarde», dije en un intento de convencerme a mí mismo.

—Lo siento —dije en cuanto abrió la puerta—. He traído comida.

—No tienes por qué disculparte. —Se sentó sobre la cama—. Tienes razón, habría sido un error.

Esas palabras me dolieron, yo no quería ser un error para ella.

—Mel, yo… —Me senté a su lado—. No quiero suponerte más dolores de cabeza.

—Hugo, tú eres el único que ha conseguido que me olvide de todo lo demás. —Me miró fijamente haciendo que el resto del mundo dejase de existir—. ¿Te quedas un rato conmigo?

No debería haber aceptado, pero mi cabeza me pedía a gritos pasar más tiempo con ella y todo lo demás, no me importaba. Nos tumbamos sobre la cama, Melisa se apoyó en mi pecho mientras yo le acariciaba el pelo. Había tantas cosas que quería decirle que no sabía por dónde empezar. Su respiración se volvió más profunda, así que supuse que no me escuchó cuando le dije:

—No te conformes con alguien que no te merece, necesitas darte cuenta de lo valiosa que eres.

19. Más líos

Me despertó el suave tacto de una mano sobre mi pelo. Cuando abrí los ojos, Hugo me miraba con una mezcla de ternura y preocupación. Sonreí tímidamente y él me devolvió la sonrisa.

—Buenos días —dijo en un susurro.

—Dirás buenas tardes.

—Si quieres volverte a dormir te puedo dar las buenas noches.

—Me las puedes dar esta noche. —Me arrepentí al instante de mis palabras.

—¿Es una invitación? —Levantó las cejas.

—¿Me he quedado dormida? —pregunté haciendo caso omiso a su pregunta.

—Sí, y me preocupa la facilidad con la que lo haces.

—Los problemas me dan sueño.

Soltó una carcajada. Hugo me hacía sentir tan bien que ni siquiera me incomodaba lo que había pasado hacía unas horas, era como si no esperara una explicación, pero yo necesitaba ser sincera.

—Hugo, yo… lo siento, no sé qué me ha pasado, yo no soy así.

—No tienes que disculparte. Se nos ha ido de las manos a los dos. —Se frotó la sien—. Lo mejor es que lo olvidemos.

¿Olvidarlo? Había estado a punto de acostarme con él, con la única persona que no esperaba nada de mí, con quien podía sentirme yo misma. Quizá había sido su verdad la que me había llevado a comportarme de esa manera, pero fuera lo que fuera lo que había entre nosotros, no quería estropearlo.

—Roma te va a encantar —dijo mientras paseábamos por las calles de Bruselas.

—¿Tú ya has estado?

—Sí, hace unos años. Es preciosa. Ojalá tuviéramos más días y pudiéramos visitar el sur de Italia…

—Quizá la próxima vez.

Hugo sonrió amargamente y me di cuenta de que no habría próximas veces. No teníamos nada que nos uniese y, probablemente, si me casaba nunca más volveríamos a vernos. Ese pensamiento bajó desde mi cabeza hasta mi estómago.

Cuando llegó la noche, ni siquiera quería cenar, pero Hugo insistió en que no podía dejar que mis emociones controlasen mi apetito. Me llevó a un restaurante japonés que conocía y del que hablaba maravillas, y no se equivocaba.

—Para no tener hambre has devorado el sushi —dijo mientras el camarero nos servía el segundo plato.

Le sonreí con la boca todavía llena y él alzó una ceja conteniendo una carcajada.

—Hugo… ¿me haces un favor?

—Claro, pídeme lo que quieras. —Apoyó el mentón sobre su puño cerrado.

—¿Lo que quiera? —dije con sorna.

—Es una forma de hablar. —Se humedeció los labios.

—Fuera bromas… nos quedan dos días hasta que volvamos a España. ¿Podríamos no volver a hablar de mi boda? Ni de nada que tenga relación con ella.

Me miró confuso. Sabía que me refería a Carlos, pero pronunciar su nombre en voz alta hacía que un sentimiento de culpa se apoderase de mí. No era por el viaje, ni siquiera por haber besado a Hugo, lo que realmente me atormentaba era no tener esa ilusión que se espera de alguien que va a casarse.

—Te lo prometo si tú me prometes algo a mí. —Incliné el mentón sintiendo curiosidad por su propuesta—. Prométeme que vas a hacer

solo aquello que te haga feliz.

—Te lo prometo. —Sonreí—. Me hace feliz estar aquí contigo.

Suspiró.

—A mí también. —Apretó los labios y me hizo un gesto para que siguiéramos comiendo.

Salimos de aquel restaurante cambiados. Para los transeúntes que pasaban por allí parecíamos una pareja que acaba de cenar, que sale riendo del restaurante, que bromea sobre cualquier tontería. Pero Hugo y yo nos despedimos con un beso en la mejilla en la puerta de mi habitación.

La cosa podía haberse quedado ahí, pero al meterme en la cama las palabras de Hugo resonaron con fuerza en mi cabeza. Nunca hacía las cosas pensando en mi propia felicidad y ya era hora. Minutos después, me encontré llamando a su puerta, me sorprendió que abriera enseguida, como si esperase mi visita.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí… es solo que… he decidido seguir tú consejo.

—¿A qué te refieres?

—Quiero ser feliz.

Me acerqué a él un poco más. No me había dado cuenta hasta ese momento que solo llevaba puesto un pantalón de chándal corto. Me miró con el brazo apoyado el marco de la puerta y se humedeció los labios. Me acerqué un poco más, colocándome a tan solo unos centímetros de distancia. Hugo era mucho más alto que yo, así que tuve que levantar la cabeza para mirarle a los ojos. Su respiración se aceleró, intenté contenerme, pero tenerlo tan cerca no era fácil. Se inclinó hasta que su boca y la mía quedaron a la misma altura. Sin pensarlo, coloqué mis labios sobre los suyos besándole suavemente, mientras enredaba mis brazos en su cuello y él colocaba sus manos sobre mi cintura. Sin apenas separarnos, nos adentramos en su dormitorio. Me levantó con facilidad haciendo que su cadera y la mía se encontrasen, sujetándome de los muslos.

—Mel… —musitó.

—Shh. —Me separé un poco y coloqué mi dedo índice sobre su

boca—. No digas nada.

Y no lo hizo. Me dejó caer sobre la cama y se colocó sobre mí. Le mordí el cuello y lo apreté contra mí haciendo que su cuerpo y el mío estuvieran más cerca que nunca. Me desabotonó la camisa que usaba como pijama, dejando al descubierto mi cuerpo en ropa interior. Me deshice de ella, mientras que él hacía lo mismo con su pantalón y, para mi asombro, no llevaba nada debajo. Se colocó de nuevo sobre mí, me besó el abdomen y fue bajando hasta llegar a mi entrepierna, donde se recreó durante un buen rato hasta que casi en susurro pronuncié su nombre.

—¿Qué pasa? —dijo apartándose un poco—. ¿Quieres que pare?

—Sí… O sea, quiero decir que pares de hacer eso porque… no lo aguanto. —Sonrió. Se incorporó y rebuscó en su maleta.

—Creo que había uno por aquí… —Sacó toda la ropa, esparciéndola por el suelo hasta que, finalmente, encontró algo en un bolsillo—. Bingo.

Volvió de nuevo hacia donde yo estaba. Se colocó el preservativo mientras me miraba mordiéndose el labio.

—Mel… ¿Estás segura de esto?

—Ven.

Tiré de él haciendo que cayera sobre la cama. Era mi turno. Me coloqué a horcajadas sobre él, dejando que su miembro entrara en mí. Me moví despacio mientras le besaba el cuello. Él echó la cabeza hacia atrás y apretó mis nalgas con sus manos.

Hacía mucho tiempo que no me sentía así. El sexo con Carlos se había vuelto monótono y aburrido, pero con Hugo era pasional, íntimo y liberador. Todo lo que ambos habíamos estado intentando evitar, había explotado en esa habitación.

El roce de su cuerpo contra el mío me hacía sentir viva, acentuando cada uno de mis sentidos. Estaba tan entregada a ello, que no me di cuenta de que mi movimiento se había ido intensificando hasta que dijo:

—Mel… —susurró—. Vas muy rápido.

—No quiero parar…

—Si no bajas el ritmo no voy a aguantar.

—No me importa —dije moviéndome aún más rápido.

Hugo me apretó con más fuerza y lanzó un gruñido. Noté una presión en la entrepierna y supe que, efectivamente, no había podido aguantar. Bajé el ritmo y me quité de encima, dejándome caer sobre un lado.

—Perdona, hacía mucho tiempo que…

—No te disculpes. Ha sido culpa mía —dije avergonzada—. Me he venido arriba.

Se quitó el preservativo y lo tiró en la papelera que había en la habitación. Me tapé con las sábanas sin saber bien dónde meterme.

—¿Qué haces? —me preguntó extrañado.

—¿Quieres que me vaya?

—De eso nada, no pienso dejarte así. Ven aquí.

Apartó las sábanas y colocó su cabeza de nuevo entre mis piernas, besando cada parte de mi cuerpo y haciendo que me retorciera de placer. Coloqué mis manos sobre la almohada y apreté con fuerza cuando, tras unos minutos, no aguanté más. Lancé un gemido para hacerle saber que podía parar, pero Hugo parecía no querer hacerlo.

—Hugo… ya me he…

—Shh. —Puso su dedo índice sobre mis labios.

Siguió comiéndome hasta que me fui de nuevo. Cuando terminó, sonrió con picardía y, al ver que estaba exhausta, se dejó caer a mi lado.

—Ha sido increíble —musité.

—Tú eres increíble.

—No sé ni qué hora es —dije sonrojándome.

—Pues… —Miró el reloj—. Las tres de la mañana. ¿Te quedas a dormir?

—Vale. —Me mordí el labio dándome media vuelta.

Hugo se colocó justo detrás de mí, rodeándome con sus brazos, abrigándome con el calor que emanaba su cuerpo. Notaba su respiración, todavía algo agitada, en mi nuca, haciendo que mi piel se erizase con cada exhalación. Hice lo posible por no quedarme dormida, pero, finalmente, me venció el sueño.

20. El anillo

Noté como alguien se movía a mi lado y al abrir los ojos vi una larga melena rubia sobre mi brazo. Intenté moverme despacio para no despertarla, pero se giró hacía a mí desperezándose.

—Buenos días… —Sonrió.

—¿Solo buenos?

—Se puede decir que lo tengo todo en la vida —dijo haciendo alusión a nuestra conversación.

No pude evitar sonreír al escuchar esas palabras. Tener a Melisa cerca hacía que me olvidase de todo lo demás, aunque en el fondo, me preocupaba pensar en lo que había pasado entre nosotros.

—¿Estás bien? —me preguntó intentando adivinar mis pensamientos.

—Quizá esa pregunta debería hacértela yo…

—Hugo —dijo seria—, me hiciste una promesa.

Suspiré. No estaba de acuerdo en hacer como si nada, pero no quería estropear ese momento, aún a sabiendas de que lo que vendría después no me iba a gustar.

—¿Te importa que me dé una ducha? —preguntó.

—Claro que no. Voy mientras a comprar algo para desayunar —dije levantándome de la cama olvidando que seguía desnudo. A ella debió de hacerle gracia porque me miró con una sonrisa traviesa.

Me acerqué a una cafetería que había cerca del hotel, pedí un par de cafés para llevar y toda clase de dulces que se me antojaron. Al entrar en la habitación, Mel salía del baño enrollada en una toalla.

—He traído provisiones —dije señalando las bolsas.

—Gracias, estoy hambrienta… ¿Me haces un favor? —Me preguntó con la boca pequeñita—. ¿Puedes traerme algo de ropa de mi habitación?

—Claro. ¿Qué necesitas?

—En mi maleta tengo un chándal de color beige y en uno de los laterales tiene que haber un neceser azul con ropa interior. Tráelo entero.

Cogí la tarjeta que me tendió y salí al pasillo. Esta vez nuestras habitaciones estaban un tanto separadas y me crucé con un par de personas de camino. Menos mal que no había salido ella enrollada en la toalla, aunque habría sido gracioso.

Entré en su habitación y rebusqué en la maleta. Todo estaba bastante ordenado y encontré el chándal con facilidad, pero cuando metí la mano en el bolsillo lateral, palpé algo redondo y pequeño. Lo saqué por curiosidad: era un anillo de compromiso. Ese que me recordaba como acabaría todo. Lo dejé de nuevo en su sitio y una vez localicé el neceser, volví a la habitación.

Desayunamos en la cama mientras Melisa me contaba que nunca lo había hecho porque le parecía una guarrada, pero para guarradas lo que habíamos hecho la noche anterior. Se me había ido de las manos, con lo fácil que habría sido decirle que no, pero a mí me gustaba lo difícil, a la vista estaba.

De camino al aeropuerto empezó a llover, pero el taxi nos dejó en la misma puerta de la terminal, así que no nos mojamos. Cuando nos acomodamos en nuestros asientos Melisa se movió incómoda.

—Es solo una tormenta. No te preocupes.

Le cogí la mano, entrelazando mis dedos con los suyos. Quizá, ese gesto, días atrás hubiera sido raro, pero en ese momento me parecía de lo más natural.

Una vez en el hotel, nos explicaron que estaban completos y que no podían ofrecernos habitaciones separadas, pero que por un suplemento podríamos alojarnos en la suite, que constaba de una cama doble y un sofá cama. Escogimos esa alternativa, a pesar de que llevábamos varias noches durmiendo juntos.

—Guau, esto es increíble —dijo Melisa mirándome sorprendida cuando entramos por la puerta del dormitorio.

Había estado en otras suites, pero lo cierto es que aquella era impresionante. Dejamos las maletas junto a un ventanal situado en el salón y abrimos la puerta que conectaba con la habitación. Era enorme y muy luminosa. En el centro había una cama redonda sobre la que habían colocado un par de toallas con forma de corazón. Justo enfrente, había una bañera de mármol desde la que se veía la parte más antigua de la ciudad.

—Creo que nunca había estado en un lugar tan bonito —susurró Mel.

—¿Pues ya tocaba no?

Fuimos a comer a un restaurante italiano, pedimos un plato de pasta a la carbonara y una pizza cuatro quesos, que decidimos compartir. Dimos un paseo por el casco histórico de Roma y, cuando nos cansamos de andar, volvimos al hotel.

—Estoy llenísima —dijo Mel mirando hacia afuera—. ¿Nos damos un baño?

En la parte exterior de la habitación, había una enorme terraza con una pequeña piscina privada, de esas que parecen infinitas y que se pierden en el horizonte. Me convencí de que tenía que controlar mis emociones y no dejarme llevar por mis impulsos, pero la idea de meterme con ella en el agua me resultaba de lo más apetecible.

Rebusqué en la maleta, me puse el bañador y cuando salí, encontré a Melisa junto a la piscina, en bikini. Tenerla así no era fácil, así que aparté la vista de su perfecto cuerpo medio desnudo y dejé la toalla sobre una de las tumbonas.

—Está fresquita —dijo metiendo un pie.

—¿Sí?

Me acerqué por detrás, de puntillas, y cogiéndola de la cintura la empujé a la piscina. Antes de perder el equilibro, tiró de mi brazo, haciendo que ambos nos cayéramos, con la mala suerte de que le di un codazo justo en la cabeza.

—¡Ay! —se quejó saliendo del agua—. ¡Qué daño!

—Perdona, ¿estás bien?

—Sí. —Sonrió burlona—. No te preocupes.

—A mí no me culpes si te deja secuelas. Loca ya estabas de antes.

—Ja, ja, ja. —Me salpicó—. Le dijo la sartén al cazo.

Salió de la piscina y se sentó en el borde. Cruzó las piernas y me miró intensamente. Me acerqué hasta ella y señalé su mano.

—Te lo has quitado.

—No está bien besar a otras personas con un anillo de compromiso en la mano, ¿sabes?

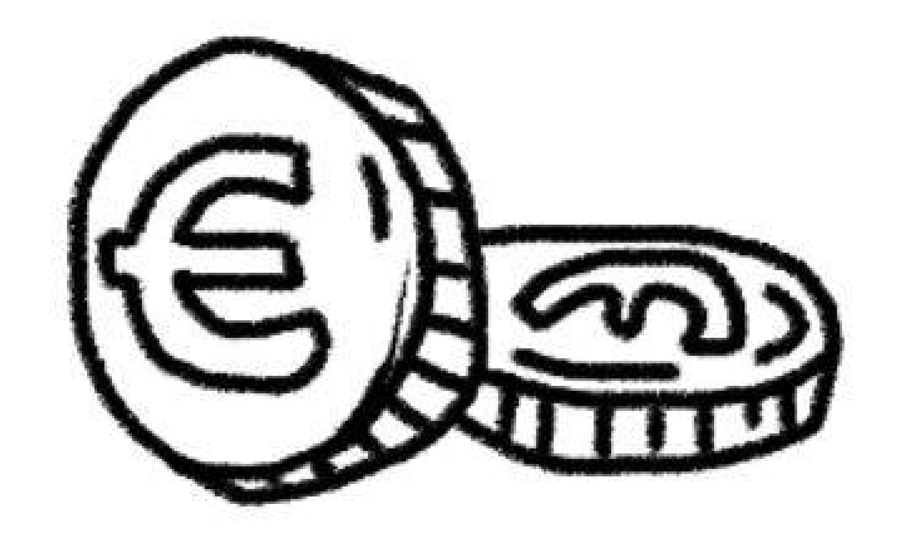
—¿Es que piensas volver a besarme? —dije acercándome un poco más a ella.

Estábamos jugando con fuego, ambos lo sabíamos, pero de algún modo lo prohibido nos tentaba todavía más. La cogí de la mano y antes de que pudiera decir nada, tiré de ella haciendo que cayera sobre mí.

—¿Ves? —dijo colocando las manos detrás de mi nuca—. Yo sé cómo caer sin hacerte daño.

Un mechón de pelo le caía sobre la cara y lo aparté colocándolo detrás de su oreja. Me incliné hacia ella, haciendo que nuestras bocas se quedaran a tan solo unos centímetros de distancia. El agua de la piscina pasó de estar fría a parecerme el mismísimo infierno. Noté como su respiración se volvía irregular y sus pupilas se dilataban. Me miraba con esos preciosos ojos color caramelo, esperando a que fuera un poco más allá, pero no pude, así que agaché la cabeza. Ella colocó las piernas sobre mi cintura, dejando que mi cuerpo soportara el peso de ambos, y yo la rodeé con mis brazos. Acto seguido, me levantó el mentón con una de sus manos y nos fundimos en un cálido beso. Fue

diferente a la primera vez, no había miedo, no había dudas, solo unas ganas incansables de amar y ser amado, con todo lo que ello significa.



21. Dos monedas

Cuando Hugo se separó lo suficiente como para mirarme a la cara me di cuenta de que tenía los pómulos rojos y los labios un tanto hinchados. Sus manos seguían sujetando mis nalgas, apretando su cuerpo contra el mío. Una parte de mí quería que me cogiera en volandas, me llevara hasta la cama y repitiéramos lo sucedido el día anterior, pero necesitaba poner algo de espacio entre nosotros.

—¿Te apetece que salgamos a dar una vuelta? —dije de pronto.

—Mmm, sí, claro.

Salí del agua y me metí en el baño. Tenía unas ganas insaciables de besarle, pero me contuve. Me puse un vaquero estrecho con una blusa negra, cogí el abrigo y salimos a ver Roma. Estuvimos en el Vaticano, visitamos en Coliseo, nos hicimos una foto en el Foro Romano y acabamos sentados en uno de los escalones de la Plaza de España.

—Me duelen muchísimo los pies —me quejé quitándome uno de los zapatos.

—Hemos andando muchísimo.

—Esto tenemos que compensarlo con una buena cena.

—¿Volvemos al hotel?

—¿Podemos esperar un poco? —Puse cara de pena.

—Si quieres puedo llevarte a caballito —bromeó.

—No estás tan fuerte, no darías ni cinco pasos conmigo a cuestas.

—Eso me ofende. —Se incorporó—. Vamos sube.

—¿Qué? —Le miré confusa—. No.

—Te demostraré que puedo.

—Nos va a mirar todo el mundo.

—¿Qué más da?

Me tendió la mano para que me incorporase. Me puse los zapatos y de un pequeño salto me subí a su espalda. La gente nos miraba y aunque a él parecía no importarle, yo me moría de vergüenza. Apoyé mi cara sobre su espalda, evitando el contacto visual con las personas que pasaban por allí.

—Señorita Duarte, no se incomode, enseguida llegamos.

No pude evitar soltar una carcajada. No sé cómo lo hacía, pero Hugo conseguía sacarle el lado divertido a cualquier situación. Carlos me habría hecho caminar hasta el hotel sin apenas descanso o, con suerte, habría pedido un taxi. Llevábamos unos diez minutos caminando cuando empezaron a flaquearle las fuerzas.

—Necesito parar un segundo —dijo dejándome caer.

—No hace falta que me lleves hasta el hotel, ya no me duelen.

—Has herido mi orgullo y eso no te lo consiento. —Se apoyó sobre una pared y colocó las manos sobre sus rodillas.

—Vamos va… —dije tirando de su brazo.

Al cabo de media hora caminando llegamos al hotel. Hugo se metió en la ducha y yo aproveché para hacer la maleta, en dos días volvíamos a España y quería dejarlo más o menos todo preparado. Hugo salió del baño enrollado en una diminuta toalla y yo no pude evitar sonrojarme. Nos habíamos acostado, pero eso no quería decir que tuviéramos la confianza para desnudarnos delante del otro. Cogí mi ropa y me metí en el baño, sorteando su mirada.

Cuando salí, me di cuenta de que se había puesto el pijama. Mis ojos bajaron hacia su entrepierna, ese pantalón negro dejaba poco espacio para la imaginación.

—¿No vas a bajar a cenar? —pregunté pestañeando un par de veces.

—Estoy molido, me duele la espalda... —confesó.

—¿Ves cómo tenía razón? —Dejé la ropa sucia en la maleta—. ¿Quieres que pidamos algo para cenar aquí?

—No hace falta que te quedes conmigo —dijo al ver que me había vestido—, puedes bajar tú si quieres.

—Yo también estoy cansada.

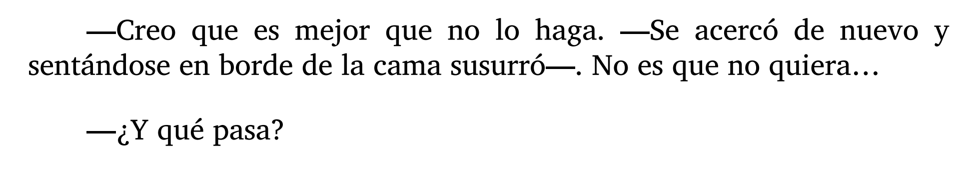
Me dejé caer sobre el sofá. Hugo se sentó a mi lado y llamamos al servicio de habitaciones.

Cenamos en el sofá mientras veíamos una película en Netflix, pero me venció el sueño antes de que terminase. Noté como Hugo cargaba conmigo en volandas hasta la cama, pero no dije nada. Me arropó con las sábanas y me acarició el pelo, creyendo que estaba profundamente dormida. Vi que estaba a punto de salir de la habitación cuando murmuré:

—Hugo…

—Dime —dijo girándose hacia a mí.

—¿Duermes conmigo?



—Creo que es mejor que no lo haga. —Se acercó de nuevo y sentándose en borde de la cama susurró—. No es que no quiera…

—¿Y qué pasa?

—Cuando he salido del baño y te he visto haciendo la maleta me he dado cuenta de que pasado mañana acabará este viaje y con él… lo haremos nosotros.

—No tenemos por qué.

—Sí. Lo haremos.

—Pero…

—Mel —me interrumpió—, si duermo contigo hoy, ¿me prometes que lo haremos?

—Entonces prefiero dormir sola —dije muy seria.

Se acercó un poco más a mí, como si fuera a besarme, pero cuando estaba a unos centímetros de distancia se inclinó un poco y hundió su cabeza en mi cuello. Suspiró y yo solo podía pensar en congelar el tiempo en ese preciso instante, donde solo estábamos él y yo.

—Venga, hazme un hueco —dijo finalmente.

Me encantó que decidiera dormir conmigo, aún a sabiendas lo que eso significaba.

Me desperté al ver un haz de luz a través de la ventana. Me giré esperando que Hugo se hubiera levantado ya, pero para mi sorpresa seguía dormido. Tenía el ceño fruncido, como si estuviera soñando algo que no le gustaba, respiraba profundamente y su pecho se levantaba con cada bocanada de aire. Cuando me quise dar cuenta estaba sonriendo como una tonta.

—Buenos días. —Entreabrió los ojos.

—Hola… —Noté como algo se clavaba en mi muslo.

—Perdona —dijo apartándose—. Yo…

—¿Tienes hambre?

—¿Qué? —preguntó confuso.

—Que si bajamos a desayunar —dije cambiando de tema.

—Ah… sí, claro, pero antes voy a darme una ducha.

—Te espero en el bufé. —Di un salto de la cama y salí al salón.

Me aseé como pude, me puse algo cómodo y bajé a la cafetería del hotel. Pedí un par de cafés y un par de tostadas con mermelada y mantequilla y, poco después, apareció con ese aire despreocupado que le caracterizaba. Se sentó a mi lado y se humedeció los labios, mirándome fijamente.

—¿Puedes dejar de hacer eso? —le pedí.

—¿El qué?

—Mirarme así… como si quisieras…

—¿Cómo si quisiera qué? —Se mordió el labio y esperó unos segundos antes de seguir hablando—. ¿Ahora te quedas callada?

Se acercó un poco más y enredó uno de sus dedos en mi pelo. Pretendía provocarme y lo estaba consiguiendo. Me aparté un poco, necesitaba tener la mente fría y con él tan cerca, me resultaba imposible.

—Hugo… respecto a lo sucedido estos días…

—No hace falta que hablemos de ello —dijo dando un sorbo al café—. ¡Joder! ¡Cómo quema!

—Quiero hacerlo, mañana volvemos a Madrid y no quiero que dejemos cabos sueltos entre nosotros.

Suspiró. A mí tampoco me apetecía tener esa conversación, pero no podía hacer como si nada.

—Ya no soy la misma persona, Hugo.

—Y supongo que yo he tenido algo que ver en eso…

—Tú me has enseñado a ver las cosas de otro modo. Estoy cansada de conformarme. Quiero intentarlo.

—¿Estamos hablando de tener una relación? —Me miró perplejo.

—Está claro que entre nosotros hay algo más que atracción física.

—No sabes nada de mí. —Negó con la cabeza—. Apenas nos conocemos, no funcionaría.

—¿Prefieres quedarte con la duda?

—Ya lo intenté y no funcionó. ¿Por qué esta vez iba a ser diferente?

—Quizá, porque yo soy diferente, pero eso tú no lo ves.

Me levanté y tiré la servilleta sobre la mesa. Estaba segura de que lo que había entre Hugo y yo no eran imaginaciones mías y el hecho de que se empeñara en negarlo me enfurecía.

Tras media hora divagando sin rumbo por las calles de Roma me senté en una pequeña plaza que estaba abarrotada. No me di cuenta que estaba junto a la Fontana di Trevi hasta que el batiburrillo de gente disminuyó. Me acerqué para contemplar la preciosa fuente y unas mujeres que pasaban por allí me susurraron algo en italiano que no entendí. Les sonreí y una de ellas dijo con un ligero acento:

—¿ *Russo* ?

—No, soy española.

—¿No lanzas una moneda? —me preguntó en mi idioma.

—¿Qué?

—Tienes que lanzar una moneda para volver a Roma. —Señaló la fuente—. Dos monedas para encontrar el amor y tres monedas para casarte con él.

—No llevo nada suelto.

La mujer sacó una moneda de uno de sus bolsillos y me la ofreció. Me coloqué de espaldas tal y como me indicó y la lancé al agua. Le di las gracias y cuando estaba a punto de dar media vuelta, escuché como la mujer decía:

—¡ *Aspetta* ! ¡ *Aspetta* !

Se acercó a mí y me cogió la mano, volcando en ella dos monedas más, dibujando una amplia sonrisa.

De camino de vuelta al hotel le envié un mensaje a Carlos avisándole de que volvía al día siguiente a Madrid y me contestó un escueto « *Ok* ». Desbloqueé el móvil y cambié el fondo de pantalla que tenía por la foto que me habían hecho lanzando esas dos monedas.



22. La fiesta

¿ Era un cobarde? Sí. ¿Intentaba protegerla? También. O, al menos, intentaba convencerme de ello. Lo que Melisa sentía por mí no era sostenible en el tiempo, le asustaba el compromiso y estaba seguro de que se acabaría cansando de mí. Podría haberle dicho la verdad, pero hacerle creer que yo no estaba interesado en ella era el camino fácil.

Cayó la noche y seguía sin aparecer, estaba empezando a asustarme cuando escuché el sonido de la puerta. Parecía que hablaba con alguien, así que me puse una camiseta y salí al pequeño salón de nuestra suite.

—¿Hola? —dije asomándome.

—¡Hugo! Mira este es Piero, me he perdido volviendo al hotel y se ha ofrecido a acompañarme.

—Ciao. ¿Qué tal? —dijo con un ligero acento italiano.

—Hola. —Le tendí la mano y él la estrechó con cierta desconfianza.

—He venido a cambiarme, vamos a ir a una fiesta en la playa, en… ¿Dónde era? —preguntó risueña.

—Ostia —añadió él.

—¿Perdón?

—Es el nombre del pueblo donde hacen la fiesta —dijo Melisa pasando por mi lado sin apenas mirarme—. Enseguida salgo.

—Siéntate si quieres —le dije a él apretando los dientes—. Vuelvo en un segundito.

Me metí en la habitación, Melisa rebuscaba en la maleta de espaldas a mí. Sacó un vestido rojo de flores y se giró al escuchar mis pasos.

—Podrías haberme avisado de que ibas a tardar. —Me apoyé el marco de la puerta—. Estaba preocupado.

—Perdona, se me ha olvidado. —Cogió algo de la mesita de noche —. Además, no sabía que tenía que darte explicaciones.

Justo donde más me dolía. Melisa estaba intentando provocarme y no en el buen sentido.

—¿Te vas a ir con ese tipo al que acabas de conocer? —dije acercándome a ella.

—A ti también te acabo de conocer prácticamente.

Se giró para meterse en el baño, pero la retuve de la muñeca. Ella me miró desafiante, y con un rápido movimiento se deshizo de mí.

—No vuelvas a cogerme así.

—Perdona. —Me froté la sien—. Es que no entiendo por qué

haces esto. Si es por lo que he dicho antes podemos hablar, pero no hagas ninguna tontería.

—Hugo soy una mujer adulta, capaz de tomar mis propias decisiones. Si te parece bien perfecto y si no... no es mi problema. Puedes venir si quieres —dijo con una sonrisa forzada y se metió en el baño.

Mis ganas de salir eran nulas, pero para ser sinceros, no me fiaba de ese tal Piero. Encontré entre mis cosas una camisa hawaiana que había cogido en el último momento y unas bermudas. Cuando me miré al espejo me di cuenta de que parecía un puto figurante de Hawaii 5.0. Estaba poniéndome las zapatillas cuando Melisa salió del baño, levanté la vista y no pude evitar quedarme embobado. El vestido le quedaba espectacular, se había hecho un par de trencitas en el pelo y llevaba los labios pintados de color rojo.

—¿Al final vienes? —dijo señalándome.

—No me lo perdería por nada del mundo.

Piero nos llevó en un lujoso Mercedes blanco hasta la playa donde tenía lugar la fiesta. Allí un sinfín de jóvenes y no tan jóvenes habían montado un auténtico jolgorio. Una música horrible salía de los altavoces de una especie de chiringuito que había a pie de playa. A unos pocos metros, algunas personas bebían y bailaban alrededor de unas fogatas.

Nos sentamos con el grupo de amigos del chaval y aunque ninguno de ellos hablaba español, nos ofrecieron un par de mojitos. Melisa charlaba con ellos, intentando chapurrear el italiano y, aunque estaba mosqueado con ella, me hacía gracia. Le di un par de tragos al mojito y lo dejé sobre la arena. En el chiringuito empezó a sonar *Purpurina* de Alberto Gambino y Melisa se incorporó y dijo:

—Dios me encanta esta canción.

Piero se levantó y se colocó tras ella, cogiéndola de la cintura. Cogí mi vaso un tanto incómodo y me acerqué a la barra. Lo dejé allí y me pedí una botella de agua. Miré hacia donde estaba Melisa, vi cómo se giraba y colocaba sus brazos alrededor de él. Este empezó a besarle el cuello y ella se reía, mientras que el resto de los allí presentes le animaban. Torcí el morro. Lo que hiciera no era asunto mío, pero de algún modo me molestaba. Muchísimo. Le di unas monedas al camarero y caminé de nuevo hacia ellos, estaba a tan solo unos metros cuando vi que él metía la mano por debajo de su vestido,

ella se apartó bruscamente, lo suficiente como para que yo pudiera acercarme a toda prisa y colocarme entre ambos.

—¿Qué coño haces?

Lo siguiente que recuerdo es que sus amigos se me echaron encima, eran al menos diez y yo no tenía nada que hacer. Me tiraron al suelo, golpeándome y dándome patadas, alcancé a taparme la cara con los brazos y, aunque escuché a Melisa gritar, su voz fue desvaneciéndose poco a poco.

Cuando me desperté tenía un dolor de cabeza infame. Miré a mi alrededor buscando algo que me resultase familiar, pero no sabía dónde estaba. En ese momento la puerta de la habitación se abrió y reconocí la voz de Melisa al instante.

—Hugo… —Me miró preocupada—. Doctor, se ha despertado.

Un chico más joven que yo se acercó hasta la cama donde estaba tumbado y me miró con cierta preocupación.

—Hola, ¿cómo se encuentra?

—Dolorido. ¿Qué ha pasado? —pregunté confuso.

—Ha llegado con una contusión en la cabeza y varios golpes en el costado. Los oficiales lo trajeron hace un par de horas.

—Estabas inconsciente —dijo Melisa con el semblante pálido.

—Déjeme ver. —El médico colocó sus manos por debajo de mi camiseta y me apretó a la altura de las costillas. Dibujé una mueca cuando tocó en un punto en concreto y me miró con el ceño fruncido —. Le vamos a hacer una radiografía para comprobar que no tiene nada fracturado. Respecto a la contusión en la cabeza parece algo superficial, pero como ha perdido el conocimiento durante unos minutos es mejor que se quede toda la noche en observación. La policía está fuera, quieren tomarle declaración, pero si no se encuentra bien puedo hacerles esperar.

—Que pasen.

Melisa y él me dejaron a solas con los oficiales y tras unas cuantas preguntas rutinarias, determinaron que sería complicado dar con los agresores por la falta de información, pero que me avisarían si así lo hacían. Melisa entró cuando se fueron con el semblante desencajado.

—Hola… —dijo acercándose a mí—. ¿Estás mejor?

—Sí. —Lancé un gruñido cuando intenté incorporarme y Melisa colocó una almohada en mi espalda, quedándose a tan solo unos centímetros de mí—. Gracias.

—Hugo, de verdad, lo siento —dijo cogiendo mi mano—. Ha sido mi culpa.

—La culpa ha sido de ese impresentable. No dejes que nadie te trate así. —Bufé—. Siento lo que te he dicho esta mañana en el desayuno, no es que me arrepienta de lo que ha pasado, pero mañana volvemos a Madrid. Tú tienes tu vida y yo la mía, solo quiero que lo entiendas.

—No quiero que este viaje acabe… —musitó.

—Ven. —Me eché hacia un lado haciéndole un hueco en la camilla y le hice un gesto para que se tumbara conmigo.

—No quiero hacerte daño.

—No lo harás.

No había mirado el reloj, pero debía de ser de madrugada, Melisa se quedó dormida poco después, pero yo no conseguí conciliar el sueño. No estaba preocupado por las contusiones, sabía que probablemente no sería nada grave. Lo que realmente me inquietaba era pensar que después de ese viaje lo nuestro se acabaría.

23. Confesiones

El corazón me latía con fuerza cuando estaba con él, recordándome que estaba viva. Deseé con todas mis fuerzas que Hugo hubiese cambiado de opinión, pero cuando me desperté entendí que nuestra aventura terminaba ahí:

—Me muero de ganas de llegar a Madrid —dijo sin apenas mirarme.

No sabría decir con exactitud en qué momento empecé a sentir algo por él. No podía ponerle nombre, no sabía si era amor, pero la posibilidad de no volver a verle nunca más me rompía por dentro. Intenté que no se diera cuenta, así que cuando el médico vino para hacerle el último chequeo, me escabullí y llamé a mi hermana. Me iba a matar, pero estaba harta de tener que esconderme.

Tardé unos minutos en ponerla al día de todo lo ocurrido. Le hablé de las dudas sobre mi relación, de mi viaje, de Hugo y de lo que había empezado a sentir por él, obviando el hecho de que nos habíamos acostado.

—Di algo —supliqué.

—¿Qué quieres que diga? No me lo esperaba, me has dejado sin palabras la verdad.

—¿Estás enfadada?

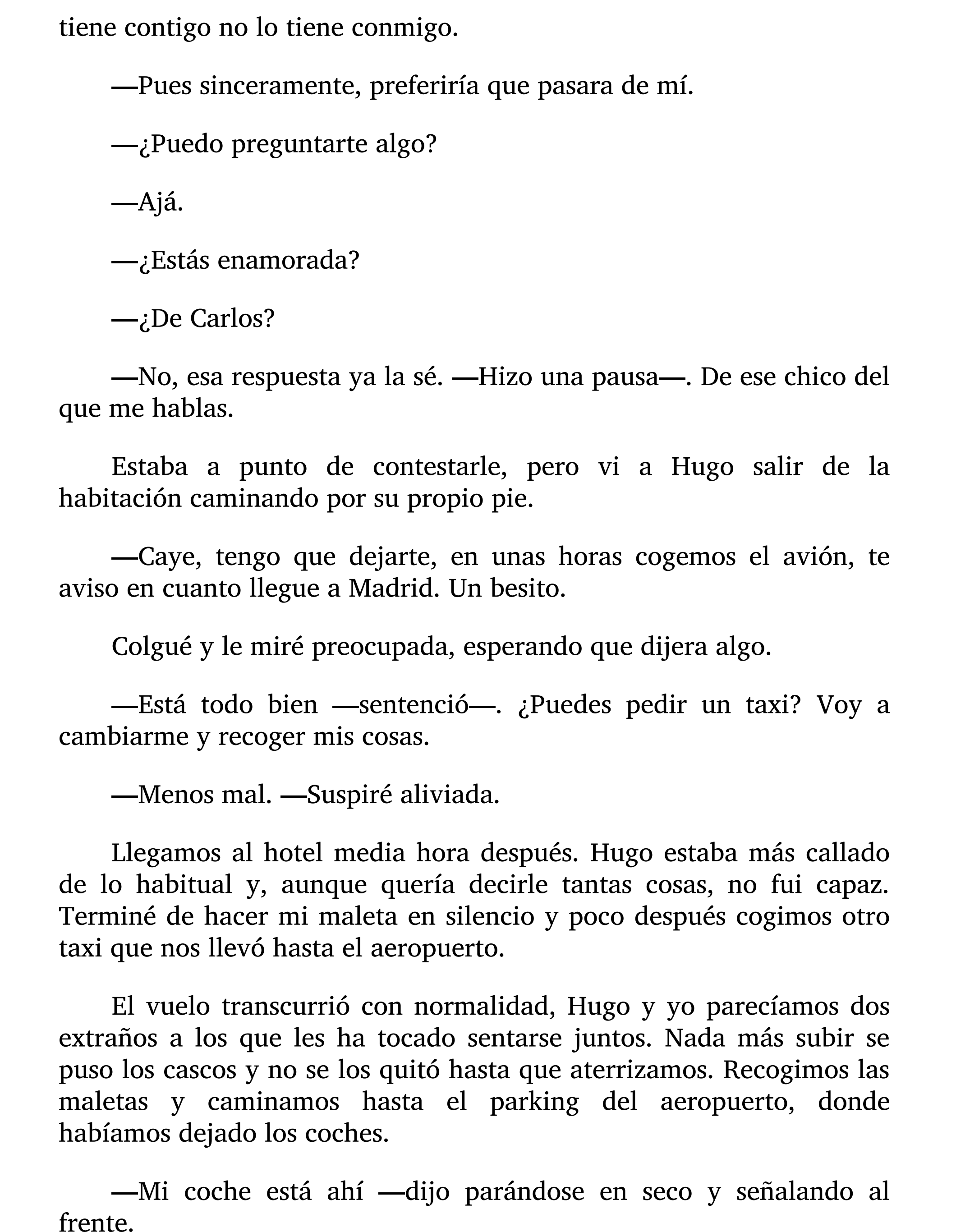
—Mel, eres responsable de tus propias decisiones…

—Pensaba que me echarías la bronca —dije en un susurro.

—Eso no quita que lo que hayas hecho esté mal.

—Nunca se me ha dado bien hacer las cosas bien. El ojito derecho de mamá eres tú.

—Qué va. Ella te presiona precisamente por eso, porque lo que



tiene contigo no lo tiene conmigo.

—Pues sinceramente, preferiría que pasara de mí.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Ajá.

—¿Estás enamorada?

—¿De Carlos?

—No, esa respuesta ya la sé. —Hizo una pausa—. De ese chico del que me hablas.

Estaba a punto de contestarle, pero vi a Hugo salir de la habitación caminando por su propio pie.

—Caye, tengo que dejarte, en unas horas cogemos el avión, te aviso en cuanto llegue a Madrid. Un besito.

Colgué y le miré preocupada, esperando que dijera algo.

—Está todo bien —sentenció—. ¿Puedes pedir un taxi? Voy a cambiarme y recoger mis cosas.

—Menos mal. —Suspiré aliviada.

Llegamos al hotel media hora después. Hugo estaba más callado de lo habitual y, aunque quería decirle tantas cosas, no fui capaz. Terminé de hacer mi maleta en silencio y poco después cogimos otro taxi que nos llevó hasta el aeropuerto.

El vuelo transcurrió con normalidad, Hugo y yo parecíamos dos extraños a los que les ha tocado sentarse juntos. Nada más subir se puso los cascos y no se los quitó hasta que aterrizamos. Recogimos las maletas y caminamos hasta el parking del aeropuerto, donde habíamos dejado los coches.

—Mi coche está ahí —dijo parándose en seco y señalando al frente.

—Vale. —Apreté los labios, intentando contener mis emociones.

—Ojalá te vaya genial, Mel. —Se giró para mirarme—. De verdad.

—¿No hay nada que pueda hacer para que cambies de opinión?

—Es lo mejor.

Se acercó a mí, me besó la frente y dio media vuelta. Fue entonces cuando me di cuenta de que no había marcha atrás. Se había terminado.

El tiempo pasa rápido cuando no quieres que algo ocurra, pero la conversación con Carlos estaba a la vuelta de la esquina.

—Hola —dije al verlo sentando el sofá.

—¿Qué tal el viaje? ¿Lo has pasado bien?

Lo dijo sin apenas mirarme con un tono neutro en su voz, aunque su rostro, iluminado por la tenue luz de la lamparita del salón, reflejaba tristeza. Me senté a su lado, fijando la vista en una de las fotografías que había junto a la tele, en la que parecíamos felices. Parecíamos.

—Melisa… —Se frotó la sien—. He de reconocer que la otra noche… me pasé.

¿Carlos estaba pidiéndome perdón? Desde que salíamos juntos no había reconocido ni una sola vez haber hecho algo mal y, aunque nuestras discusiones siempre eran por temas superfluos, siempre era yo la que acababa pidiéndole disculpas.

—Fuiste un auténtico imbécil. —Me miró sorprendido por mi vocabulario.

—Salí con los compañeros de trabajo, bebí más de la cuenta y me metieron mil pájaros en la cabeza. —Se colocó de pie, frente a mí, revolviéndose el pelo.

—Eso no justifica la forma en que me hablaste, pero bueno, yo tampoco he sido una santa precisamente. —Resoplé.

—¿Por qué dices eso? —Me miró confuso.

—Me he acostado con alguien.

Pensé que me iba a costar más decírselo, pero el peso de la culpa hizo que las palabras salieran de mi boca sin vacilar. Carlos me miró con una mirada que escondía satisfacción en lugar de rabia.

—Me lo imaginaba. —Dibujó una amarga sonrisa—. Mira, espero que todo haya quedado en una aventura y que después de esto podamos empezar una nueva vida juntos.

—¿Y ya está? —pregunté ofendida—. ¿Te da igual?

—No, pero considero que hay cosas más importantes.

—¡Podrías fingir que al menos te molesta! —dije elevando el tono de voz.

—Pero, ¿qué te pasa? —Puso los brazos en jarras—. ¿Prefieres que me enfade?

—¡Carlos! ¡He estado follándome a otro una semana antes de nuestra boda!

No me gustó usar esa palabra. Lo que yo había hecho con Hugo no era follar, pero de algún modo intentaba provocar algún tipo de reacción en él.

—Pues te perdono, Melisa. No hay más. —Negó con la cabeza—. Me voy, tengo trabajo. Por cierto, tu madre llamó ayer.

—Me da igual mi madre —dije frotándome la cara.

Me incorporé y me acerqué a él. Se notaba que lo había pasado mal estos días atrás. Estaba ojeroso, llevaba el pelo más largo de lo habitual y una barba de tres días que no le pegaba nada. Lo lógico hubiera sido sentirme culpable, le había estado mintiendo, pero cuando le miraba solo hallaba un vacío enorme.

—Necesito que me digas cómo te sientes —le insistí—. ¿Tan poco te importo? ¿Te da igual lo que haga?

—Melisa… —Me miró fijamente—. Sabía que esto podía pasar, pero te quiero y que nuestra relación vale más que cualquier cosa. Está claro que no estamos en nuestro mejor momento y, quizá, necesitabas desahogarte con… con alguien más. Estoy seguro de que ha sido un simple desliz y no volverá a suceder. Lo solucionaremos.

Ahora lo entendía todo. Carlos pensaba que Hugo había sido una simple aventura y por eso, estaba dispuesto a dejarlo pasar, el problema era que Hugo había significado mucho más.

Se acercó y me dio un suave beso en los labios. Esos labios que

días atrás habían besado a otro hombre, despertando en mí nuevas sensaciones. Sin embargo, ese beso no significó nada.

—Estoy cansada —dije tomando cierta distancia—. Creo que voy a darme una ducha y a dormir el resto del día. Mañana hablaré con mi madre para ponerme con los preparativos.

Me tumbé en la cama y deseé con todas mis fuerzas retroceder en el tiempo, volver a ese viaje. Había tantas cosas que habría hecho diferente. No podía creer que, finalmente, hubiera cedido a casarme con Carlos, con alguien a quien no amaba, solo por complacer a los demás.

Olga me llamó poco después. La puse al día de todo lo ocurrido y, aunque intentó convencerme de que no siguiera adelante con la boda, no le hice caso.

24. Mentiras

No me gustaba tener que mentir, y mucho menos a Marta, así que cuando fui a su casa a recoger a Balto, decidí contarle lo que había pasado entre Melisa y yo.

—¿Cómo has podido crecer tanto en una semana? —dije cuando el can se abalanzó sobre mí dándome lametazos.

Nos sentamos en la mesa del salón, Marta preparó un par de infusiones y se colocó justo enfrente. Me miraba con cierta preocupación, como si intuyese por mi aspecto que estaba hecho polvo.

—Sorpréndeme. —Alzó las cejas.

—Te mentí. No me quedé unos días más en Londres. Me fui de viaje con Mel. —Suspiré—. No sé en qué diablos estaba pensando, estaba claro que no iba a salir bien…

—¿Os habéis enrollado? —me interrumpió.

—Pff. La he cagado Marta. —Chasqueé la lengua contra el paladar. No se me daba demasiado bien abrirme a los demás, pero tenía que ser sincero. Sobre todo, conmigo mismo—. No sé qué me ha pasado. Estaba hecho un lío y pensé que, quizá así, olvidaría a Lucía.

—¿Y lo has conseguido?

—No he pensado en ella ni una sola vez en todo el viaje.

—¿Y cuál es el problema?

—No he pensado en ella porque solo podía pensar en Mel y eso… solo puede significar una cosa.

—Joder Hugo… yo… lo siento.

—¿Tú? —Fruncí el ceño—. ¿Por qué?

—No sé, yo os presenté…

—Hay cosas que no se pueden evitar. Ha pasado porque tenía que pasar… —Me incorporé y anduve de un lado a otro antes de seguir hablando—. El caso es que, le he dicho que lo mejor es que cada uno siga con su vida como si nada.

—¿Y es eso lo que realmente quieres?

—No tengo nada que ofrecerle.

—Eso no es verdad y, además, no responde a mi pregunta.

—No puedo pedirle que renuncie a su vida por mí. Tiene que ser ella quien se dé cuenta de qué es lo que quiere, pero no por mí, por ella.

La conversación con Marta me había permitido poner en orden mis pensamientos. Aceptar que me había vuelto a enamorar no era fácil, aunque de nada me servía. Solo me quedaba resignarme a la soledad de nuevo.

A juzgar por la poca luz que entraba por la ventana debía de haberme dormido nada más llegar a casa. Miré el reloj: las ocho. Fui a la nevera a por algo para cenar, pero estaba medio vacía y no me apetecía calentarme la cabeza. Iba a pedir comida a domicilio, pero al desbloquear el móvil vi que el grupo de WhatsApp de mis compañeros de reparto estaba que echaba humo. Por lo visto, habían quedado en salir a cenar y tomar algo. No es que tuviera el cuerpo para fiestas, pero necesitaba distraerme con algo y dejar de pensar en Melisa.

Fuimos a un bar de Malasaña en el que servían unas hamburguesas gigantes y había barra libre, aunque yo apenas la aproveché. Era tarde cuando salimos de allí, pero en Madrid, la noche no había hecho más que empezar. De camino al pub donde habían decidido que iríamos me planteé marcharme a casa, pero no me apetecía estar solo.

El garito era oscuro y algo pequeño, pero encontramos una mesa en la zona más alejada de lo que parecía ser un escenario. Una vez nos sentamos, una camarera ligera de ropa se acercó para tomarnos nota.

—¿Qué os pongo chicos?

—Una botella de cava —dijo un compañero.

—¡Qué sean dos! —añadió otro.

—Enseguida vuelvo. —La chica nos guiñó el ojo y se alejó hacia la barra.

—¿Dónde me habéis traído? —pregunté mirando a los demás.

—Vamos Hugo, necesitas relajarte un poquito —dijo uno de ellos riéndose.

—Hugo ya se divirtió bastante la última noche que salimos con Chloe —insinuó otro.

—¿Qué dices? —pregunté extrañado.

—Os vimos iros juntos en el taxi.

—No me acosté con ella.

—Pues eso no es lo que ella va contando por ahí. Le ha hecho los dientes largos al resto de la plantilla, eres el soltero más codiciado del reparto.

—Peor es lo vuestro —señalé—. Algunos estáis casados y venís aquí a un bar de…

—Relájate, aquí las chicas solo bailan, nada más.

Estaba a punto levantarme cuando clavé la vista en un tipo que estaba junto a una de las mesas más cercanas al escenario. Vestía de traje y corbata y aunque solo le veía el perfil, lo reconocí al instante.

El show empezó poco después, tres preciosas chicas salieron a sus respectivos pódiums y empezaron a bailar. La cosa se fue calentando y poco a poco se fueron quitando la ropa al ritmo de la música hasta quedarse prácticamente al desnudo. La mayoría asistentes les lanzaban billetes o les silbaban, pero a mí lo único que me apetecía era salir de allí. Cuando terminó el espectáculo, algunas de las chicas se acercaron a las mesas para ligar con los asistentes y de paso sacarse unos cuartos extra.

Una pelirroja despampanante se acercó a la mesa del tal Carlos. Él la miraba embobado con una sonrisa mientras que ella le acariciaba el mentón, agachándose para decirle algo al oído. No me pasó desapercibida la palmada que le dio en el trasero, ni el fajo de billetes que le metió en el tanga. Les perdí la pista cuando ella lo cogió de la mano y se adentraron tras una puerta. La curiosidad pudo conmigo, me despedí de mis compañeros diciéndoles que la noche había terminado para mí y fui tras ellos. Abrí la puerta por la que habían entrado minutos antes y llegué a un pasillo que parecía sacado de una película de terror. Escuché a alguien hablar a lo lejos, pero cuando intenté acercarme un enorme guardia de seguridad se colocó frente a mí.

—¿Dónde te crees que vas?

—Perdona, había quedado aquí con una de las chicas —mentí.

—No pueden dejar a los clientes solos, voy a ver…

Aproveché que dio media vuelta para salir de aquel lugar. Sin duda alguna, ese sitio era una especie de prostíbulo encubierto y el tipo con el que iba a casarse Melisa estaba allí.

Durante el trayecto de vuelta a casa no dejaba de darle vueltas a lo que había visto. Una parte de mí pensó en llamarla, pero eso no era de mi incumbencia y, en cierto modo, ella también le había engañado. ¿Eso había sido yo para ella?

Balto vino a saludarme cuando entré en el salón, le abrí la puerta del jardín y, aprovechando que hacía una temperatura agradable, estuvimos jugando a la pelota hasta que se cansó. A entrar en casa, me acerqué a mi viejo tocadiscos y puse mi vinilo favorito. La melodía de la primera canción que sonó me transportó muy lejos de allí, donde mis manos descansaban sobre la cintura de Melisa, donde sus brazos se agarraban con fuerza a mi cuerpo, donde su cara se apoyaba en mi pecho y la mía se hundía en su pelo. Me transportó a nosotros bailando al ritmo de esa canción, de nuestra canción.

25. Cayetana

Miré el reloj, eran casi las seis de la mañana, Carlos dormía plácidamente a mi lado, tan tranquilo, tan relajado, como si nada le preocupara. Y allí estaba yo con el corazón a mil por hora y la mente en otra parte. Me tomé un ibuprofeno para el dolor de cabeza y me preparé para mi cita con la organizadora de bodas y con mi querida madre.

Llegué un poco antes de la hora prevista, Caterina me indicó que ambas me esperaban en el salón. Respiré profundamente y, dibujando una de mis mejores sonrisas, me reuní con ellas.

—Benditos sean mis ojos —dijo mi madre sin ni siquiera incorporarse para saludarme—. Ya te daba por desaparecida.

—No seas exagerada. —Me senté—. He estado unos días un tanto… indispuesta.

—Esta es Margaret.

—Hola, encantada. —Le tendí la mano y me respondió con un apretón.

—La pobre se ha tenido que encargar de todo ella sola… —añadió doña *lotengotodobajocontrol* .

—No ha sido nada. Tu madre y yo lo tenemos ya todo planeado al dedillo, pero hay algunas cosas que tienes que decidir tú —señaló Margaret al mismo tiempo que sacaba del bolso una libreta y un boli.

—Qué bien. —Dibujé una sonrisa condescendiente. Qué detalle que me tuvieran en cuenta para MI boda.

—Una de las cosas que todavía falta por decidir es qué flores irán en el centro de mesa.

—Yo he pensado que las rosas rojas serían una buena opción —dijo mi madre.

—Quizá quedaría demasiado cargado el ambiente, por lo que los tulipanes blancos también son una posibilidad —añadió la tal Margaret.

Las miré fingiendo que prestaba atención, pero lo cierto es que en ese momento lo que menos me preocupaba era qué tipo de flores habría en las mesas del convite. Ambas me miraron, esperando que tomara una decisión.

—Tulipanes —dije solo por contradecir a mi madre.

—Vale, lo anoto. —Escribió algo en la libreta y me miró de nuevo —. Respecto a los horarios, has de saber que la ceremonia es a las cinco, los invitados acudirán nada más acabe al banquete y tú aún tendrás alrededor de una hora para cambiarte de vestido, entonces hemos pensado que…

—Perdona —le interrumpí—, no contemplaba cambiarme de vestido.

—Ah … —dijo un tanto decepcionada.

—Si yo hubiera podido llevar varios vestidos el día de mi boda no habría perdido la oportunidad —apuntó mi madre.

—No me cambiaré de vestido. Es una tontería.

—No hay ningún problema. Normalmente la novia suele ser mucho más partícipe en este proceso y cómo he organizado todo con tu madre, no sabíamos muy bien qué querías… —dijo disculpándose.

—No pasa nada. Está todo perfecto.

Dos horas después terminamos la reunión, habíamos conseguido dejarlo todo zanjado, exceptuando algunos detalles de última hora, pero Margaret había hecho un trabajo increíble.

Caye llegó temprano y, aprovechando que la comida todavía no estaba lista, nos salimos a la terraza de la piscina con un par de copas de vino.

—Esto me parece una locura —dijo dejándose caer sobre una de las hamacas.

—Pero, ¿qué llevas puesto? —Señalé una enorme pamela rosada que llevaba en la cabeza.

—No me cambies de tema…

—¿A qué te refieres exactamente?

—A que vayas a casarte… —susurró al tiempo que miraba alrededor—. Melisa… ¿A quién pretendes engañar? Tú no quieres a Carlos. Reconócelo.

—Estás equivocada. —Suspiré—. Quizá no lo quiero como se tiene qué querer a alguien, pero él tampoco me quiere de ese modo…

—¿Y para qué vais a casaros? —preguntó abriendo los ojos—. No lo entiendo.

—Pero si tú estabas de acuerdo con esta boda. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Nada —dijo mirando al suelo—. Es solo que… veo que no eres feliz.

—Tú a mí no me engañas. —Me levanté y me senté en su hamaca —. Cuéntamelo.

—No hay nada que contar. —Dio un enorme sorbo a la copa de vino.

—María Cayetana, ¿qué me estás escondiendo?

—No me llames así —se quejó tapándose la cara con las manos.

—Pero si están aquí mis dos chicas —dijo una voz masculina a lo lejos. Mi padre se acercó a nosotras y nos saludó con un beso—. ¿Vino de buena mañana?

—es la una del mediodía —añadí.

—He estado jugando al golf y ya sabéis que pierdo la noción del tiempo.

—Pues a mí la reunión con mi querida madre se me ha hecho jodidamente eterna.

—Shh… que como te oiga la tenemos.

Los tres reímos. Se notaba que cuando no estaba mamá todos estábamos más relajados, como si pudiéramos ser nosotros mismos. Hasta Cayetana que era un mini clon suyo parecía otra persona.

Aunque ese día, había algo diferente en ella, algo que no descubrí hasta que terminó la comida.

En la zona de atrás de nuestra casa había un enorme sofá en el que solíamos echarnos la siesta cuando éramos pequeñas. Aprovechamos que mi madre había salido y que mi padre se había encerrado en el despacho, para pasar un rato a solas.

—Caye… —susurré—. ¿Estás despierta?

No contestó. Se había quitado los zapatos y aproveché para hacerle cosquillas en los pies. Dio un respingo que la hizo incorporarse y soltó una carcajada.

—Me encanta cuando te ríes así —señalé—. Hacía tiempo que no te veía tan feliz. ¿Puedo preguntar a qué se debe?

—Me va bien en el trabajo.

—Y…

—Y nada. Eso es todo.

—Caye, soy tu hermana. Nos hemos criado juntas y aunque seas un intento de doña *lotengotodobajocontrol* , sé que tú eres diferente. Y últimamente, estás diferente.

Se mordió el labio, como si una parte de ella se muriera por hablar, por gritar ese secreto que callaba a voces, pero haciendo caso omiso a mi pregunta se tumbó de nuevo en el sofá y se quedó dormida.

Mentiría si dijera que no me sorprendió ver a Carlos cocinando cuando llegué. Me había mandado un mensaje diciendo que esa noche cenaríamos juntos, pero pensaba que iríamos a algún lado.

—Hola —dije sentándome en la barra de la cocina.

—Hola, qué tarde has venido.

—He estado liada organizando la boda con mi madre y luego he aprovechado para tomar un poco el sol y hablar con Caye.

—Y, ¿qué tal? —dijo sirviéndome una copa de vino—. Los preparativos digo.

—Bien… —Apreté los labios—. Está ya casi todo listo.

—Qué bien.

—¿Anoche llegaste tarde? —Le di un sorbo a la copa—. No te escuché llegar.

—Sí, tenía mucho trabajo en la oficina. Ya sabes que por las noches es cuando mejor rindo.

—Pensaba que saldríamos a cenar fuera. —Señalé la comida.

—Me apetecía cocinar para ti.

—¿En serio? —Le miré extrañada. En cinco años de relación Carlos no había cocinado para mí ni una sola vez.

—Claro, princesa.

¿Princesa? A Carlos no le gustaban los motes, ni los diminutivos, por eso siempre me llamaba Melisa. Estaba más contento que de costumbre y eso era muy raro. Sin embargo, lo asocié al hecho de que intentaba contentarme y no le di mayor importancia.

Por primera vez en mucho tiempo, tuvimos un tiempo para nosotros, para hablar sobre nuestros respectivos trabajos e incluso, para ver algunas fotos de nuestros primeros años de noviazgo y rememorar algunos recuerdos que teníamos juntos. Carlos me cogió la mano y sonrió con dulzura haciéndome pensar que, tal vez, casarme con él era una buena decisión.

26. El club

Era miércoles, me habían invitado a una fiesta privada que organizaban los patrocinadores de la nueva serie que había estado rodando en Londres. Era un club de tenis situado a las afueras de Madrid, el director era amigo de algunos de los propietarios y habían decidido organizarla allí.

Elegí un vaquero negro y una camisa blanca: eso nunca fallaba. Me metí en el baño y me miré al espejo. El pelo me había crecido bastante desde la última vez que me lo corté, pidiendo a gritos un peluquero, aunque lo cierto era que cómo me vieran los demás no me importaba.

Al llegar me encontré con algunos compañeros a los que saludé con un apretón de manos. James, el director, se acercó a nosotros muy sonriente.

—¡Veo que ya estáis casi todos! —pronunció en un perfecto inglés—. ¿Qué tal? ¿Os gusta el club?

—Es enorme —dije cordialmente.

—A ver si nos invitas algún día a jugar unas partidas —señaló un compañero.

—Eso está hecho. Hugo, quiero presentarte a alguien. Sígueme. —Se abrió paso entre la gente y yo fui tras él.

Nos acercamos a un grupo de personas que charlaban amistosamente y saludó a un hombre de mediana edad—. Este es Alfonso, uno de los mayores accionistas del club.

El hombre se presentó en inglés con cierta torpeza y James añadió:

—Hugo es toda una promesa. Ha realizado trabajos increíbles tanto aquí en España como en América y esperamos que debute en Reino Unido con esta nueva serie.

—Encantado señor —le dije en español al tiempo que le tendía el brazo.

—Por fin alguien por aquí que me entiende. —Rio—. Normalmente, suelo utilizar a mis hijas de traductoras.

—No se preocupe, yo todavía sigo confundiendo algunas palabras.

—Mira, allí están —dijo mirando por encima de mi hombro.

Dos mujeres de mí misma edad se acercaron hasta donde estábamos nosotros. Levanté la vista con una sonrisa cordial que se desdibujó en cuanto mis ojos se cruzaron con los de una de ellas.

—Estas son Cayetana y Melisa. Mis dos preciosas hijas.

—Ho… la… —balbuceé con dificultad.

—¿Hugo? ¿Qué haces tú aquí? —preguntó confusa.

—¿Os conocéis?

Nos mantuvimos la mirada durante unos instantes, no sabía muy bien qué contestar a aquella pregunta, pero ella no vaciló cuando dijo:

—Hugo es el primo de Marta, mi compañera de trabajo.

Así que eso era yo para ella. Nada más.

—Sí, hemos coincidido un par de veces —maticé—. De hecho, estuviste en una ocasión en mi casa, ¿no?

Me lanzó una mirada envenenada. No pretendía dejarla en evidencia delante de su familia, así que me mordí el labio y me arrepentí al instante.

—Si me disculpáis —dijo el tal Alfonso—, tengo que buscar a mi esposa.

—Yo voy a saludar a unas amigas —dijo la hermana de Melisa antes de escabullirse entre la gente. ¿Acaso le habría hablado de nosotros? ¿Había un nosotros?

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó cuando nos quedamos a solas.

—Promocionar una serie. ¿Y tú? ¿Sueles venir a este tipo de fiestas?

—Normalmente, no. —Se cruzó de brazos—. Pero necesitaba despejarme.

La tensión que había entre nosotros se podía cortar con un cuchillo. Era como si los dos nos muriéramos de ganas de hablar, de decirnos algo, pero ninguno se atrevía a dar el paso.

—Disfruta de la fiesta —dije al tiempo que me giraba.

No escuché si añadió algo más, pues a pesar de estar al aire libre, el murmullo de la gente había ido creciendo hasta tal punto que tenías que gritar para que te oyeran. Mis compañeros me avisaron de que, en dos o tres horas, los patrocinadores se irían a cenar al hotel junto con algunos cargos directivos y que nos dejarían el club para nosotros.

Cerca de las once ya no quedaba nadie que superase la treintena por allí. De hecho, yo debía de ser uno de los más mayores de la fiesta. ¿En qué momento había pasado eso de ser un evento promocional a parecer Ibiza? El *DJ* que habían contratado se vino arriba y empezó a pinchar reguetón. Atisbé a la hermana de Melisa junto a la barra, hablando con un chico al que le doblaba la edad. Esperé hasta que se quedó sola para acercarme a ella.

—Hola… —Me froté el mentón—. Cayetana, ¿no?

—Puedes llamarme Caye, tú debes de ser Hugo —dijo dando un sorbo a su bebida.

Por la forma en que me miraba estaba seguro de que Melisa le había hablado de nosotros.

—El mismo. ¿Sabes dónde está?

—Creo que se ha ido a casa. —Sacó el móvil del bolso—. Espera, voy a llamarla.

Me apoyé en la barra y fue entonces cuando la vi entre la gente. Bailaba con algunas amigas al ritmo de la música. La raja de su vestido negro dejaba al descubierto una de sus piernas y no pude evitar dibujar en mi mente el resto de su perfecto cuerpo. Me quedé observándola, como quien contempla una valiosa obra de arte. De pronto, sonó una melodía que reconocí al instante. Me despedí de su hermana y me acerqué a ella. Estaba de espaldas a mí y no intuyó mi llegada. La cogí de la cintura y se giró asustada, pero cuando vio que era yo dibujó una amplia sonrisa.

—Hugo, eres tú. —Se mordió el labio—. ¿Sigues enfadado?

—Un poco —mentí. Con Melisa no podía enfadarme ni aunque quisiera—. Pero es nuestra canción.

—¿Quieres bailar? —dijo colocando mis manos sobre sus caderas.

—Esto está lleno de gente que te conoce… ¿Dónde ha quedado esa chica a la que le importaba lo que pensaran?

—En Roma.

Se humedeció los labios, pidiéndome a gritos que los besara. Apoyó su cabeza en mi pecho, moviendo sus caderas junto a las mías. Respiré profundamente, deseando que el tiempo se congelase en ese preciso instante. Nuestras miradas se cruzaron mientras sonaba esa estrofa que ambos conocíamos tan bien y, colocando sus labios a escasos centímetros de los míos, empezó a cantarla. Me quedé embobado escuchando como sonaba aquella melodía en su boca. Instantes antes había pensado que lo nuestro estaba roto del todo, pero ahí estábamos frente a frente, paralizados, notando la respiración del otro tan cerca que ambas parecían ser solo una.

—Esa sonrisa me ha vuelto loco desde el primer día que te conocí —dije mirándola fijamente.

—Es tuya.

No era cierto. Nada de ella me pertenecía y ambos lo sabíamos. Enredó sus manos en mi cuello y se acercó un poco más a mí. El movimiento de su cuerpo me recordó que aquella canción seguía sonando, y no pude evitar dejarme llevar. Bailar con Melisa era algo parecido a hacer el amor, era sensual, era placentero. De hecho, por unos instantes, me olvidé de donde estábamos, me olvidé de que había gente a nuestro alrededor, me olvidé del mundo entero, pues solo estábamos ella y yo. La canción terminó y se alejó un poco para mirarme a los ojos. Había tantas cosas que quería decirle, pero justo cuando logré ordenar las palabras en mi mente una chica se acercó a nosotros.

—Meli…

—Olgui —dijo sonrojándose y separándose de mí—. Este es Hugo.

—Encantada —me saludó la chica.

—Igualmente.

—Mel, nosotros nos vamos ya, el peque está durmiendo y yo estoy cansada… ¿Te acercamos?

—Vale —murmuró un tanto decepcionada.

—Yo ya me iba, si quieres puedo llevarte —me ofrecí.

—No quiero molestarte…

—No es molestia.

—Marchaos. —dijo mirando a su amiga—. Hugo me lleva.

—¿Me avisas cuándo llegues a casa?

—Sí. Tranquila.

Se despidieron con un beso. Olga me echó una mirada un tanto extraña, como si no acabase de fiarse de mí, pero Melisa me hizo un gesto para que la siguiera y sin pensarlo lo hice, porque la habría seguido hasta el fin del mundo si me lo hubiera pedido.



27. La llave

Me despertó un dolor de cabeza horrible. La habitación estaba a oscuras e intenté alcanzar el móvil para iluminarme, pero al palpar la mesita de noche me di cuenta de que allí no estaba. Me levanté a tientas y tropecé con una especie de sofá que no recordaba haber puesto allí.

—¡Ay! —grité dejándome caer de nuevo sobre la cama.

Me había dado en el dedo meñique y me retorcí de dolor. La puerta se abrió de golpe y la luz que entraba por ella me cegó. Una

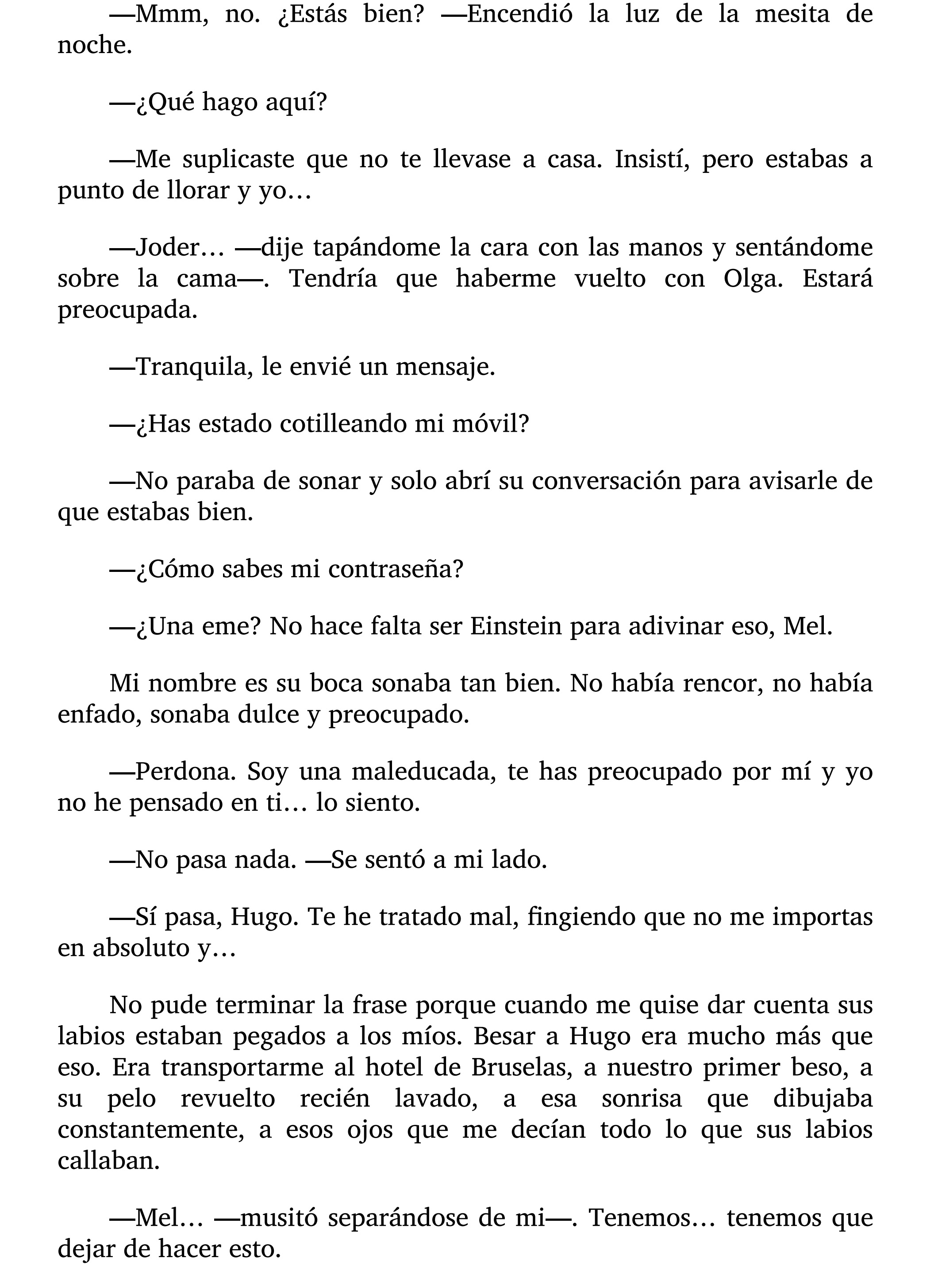


figura masculina se acercó hasta a mí.

—¿Carlos? —pregunté confusa.

—Mmm, no. ¿Estás bien? —Encendió la luz de la mesita de noche.

—¿Qué hago aquí?

—Me suplicaste que no te llevase a casa. Insistí, pero estabas a punto de llorar y yo…

—Joder… —dije tapándome la cara con las manos y sentándome sobre la cama—. Tendría que haberme vuelto con Olga. Estará preocupada.

—Tranquila, le envié un mensaje.

—¿Has estado cotilleando mi móvil?

—No paraba de sonar y solo abrí su conversación para avisarle de que estabas bien.

—¿Cómo sabes mi contraseña?

—¿Una eme? No hace falta ser Einstein para adivinar eso, Mel.

Mi nombre es su boca sonaba tan bien. No había rencor, no había enfado, sonaba dulce y preocupado.

—Perdona. Soy una maleducada, te has preocupado por mí y yo no he pensado en ti… lo siento.

—No pasa nada. —Se sentó a mi lado.

—Sí pasa, Hugo. Te he tratado mal, fingiendo que no me importas en absoluto y…

No pude terminar la frase porque cuando me quise dar cuenta sus labios estaban pegados a los míos. Besar a Hugo era mucho más que eso. Era transportarme al hotel de Bruselas, a nuestro primer beso, a su pelo revuelto recién lavado, a esa sonrisa que dibujaba constantemente, a esos ojos que me decían todo lo que sus labios callaban.

—Mel… —musitó separándose de mi—. Tenemos… tenemos que dejar de hacer esto.

—Tienes razón —suspiré cabizbaja.

—Es que cada vez que te beso… me duele, porque no soy capaz de hacerlo sin pensar que no está bien. —Me aparté un poco—. Por cierto, no sé si es el mejor momento, pero creo que hay algo que deberías saber… La otra noche fui a un club de *strippers* con mis compañeros de reparto. —Se frotó la barba con nerviosismo—. Vi a Carlos allí. Pensé que quizá vería el espectáculo y se iría a casa, pero lo vi alejarse con una de las bailarinas. No supe más, pero me dio la sensación de que… iba a acostarse con ella.

Me quedé helada. No tanto por el hecho de que Carlos me hubiera sido infiel, sino más bien por como lo había hecho. Ahora entendía tantas cosas… las noches que llegaba a las tantas, las excusas para no acostarse conmigo, la facilidad con la que me había perdonado…

—¿Estás bien? —Hugo me cogió de la mano.

—¿Qué hora es?

—Pues… cerca de las tres de la mañana.

—¿Puedes dormir conmigo? —le pedí acercándome a él de nuevo.

—Mel…

—Por favor. —Levanté la vista para mirarle a los ojos—. No quiero estar sola.

No dijo nada. Cerró la puerta y se tumbó sobre la cama. Me acurruqué en su pecho. Allí me sentía segura, como si nada ni nadie pudiera herirme.

—¿Es tu habitación? —Hundí mi cara en su cuello.

—No, es la de invitados.

—Ah… —dije decepcionada.

—Sí te llego a meter en mi cama, no hubiera dejado que salieras jamás —dijo apretándome contra su cuerpo.

Su confesión me hizo sonreír. Me apoyé en él y coloqué mi mano en su pecho, acariciando el suave bello que salía de su camiseta.

—No quiero dormir —me quejé.

—No querrás irte de fiesta otra vez.

—No. —Reí—. Cuéntame cosas de ti.

—¿Cómo qué?

—No sé. —Me encogí de hombros—. Cosas que normalmente no suelas contar.

Me miró con el ceño fruncido y se quedó pensativo, como si hubiera un sinfín de cosas que quisiera decirme. La realidad era que nos conocíamos desde hacía poco tiempo y, aunque con él siempre me había sentido como en casa, había muchas cosas que desconocía sobre él.

—Me gusta bailar —dijo finalmente—. Estuve yendo a clases de baile de salón durante tres años.

—Ya decía yo que te movías bien.

—Canto fatal, pero se me da bien tocar la guitarra.

—¿En serio? Podemos montar un grupo, yo tocaría el violín y tú la guitarra. Sería una buena combinación, aunque yo también canto fatal, tendremos que buscar un vocalista.

—¿Cómo nos llamaríamos? —Me preguntó mientras me acariciaba el pelo.

—Mmm —murmuré pensativa—. Cerveza Fría.

—Es un buen nombre —dijo aguantando una carcajada—. Regístralo antes de que alguien te lo quite.

—Mañana mismo voy.

—Te toca a ti.

—¿El qué?

—Contarme cosas de ti.

—Podría estar hasta mañana.

—Has dicho que no tienes sueño… —dijo apoyando su cabeza sobre la mía.

—Pues… pensaba que me gustaba tener una vida estática y tranquila, con el futuro asegurado, con todas las cosas claras, pero de un tiempo a esta parte me he dado cuenta de que aún me quedan muchas cosas por hacer. Quiero viajar, mucho y muy lejos. Quiero ver otras culturas, probar las diferentes comidas de cada país, aprender nuevos idiomas, perderme y encontrarme. Quiero un sinfín de cosas que siempre he querido, pero que metí en un cajón cerrado bajo llave.

—¿Y la has encontrado? —me preguntó—. La llave.

Sonreí y me incliné para mirarle. Me moría por darle una respuesta, pero él ya la sabía. Me apoyé de nuevo en su pecho y, sin poderlo evitar, me quedé dormida.

Cuando me desperté a la mañana siguiente estaba sola. Lo encontré en la cocina preparando algo que olía de maravilla.

—Buenos días. —Me ofreció una taza humeante de café—. ¿Has dormido bien?

Mejor que bien. Dormir con Hugo era una de las cosas más placenteras que había experimentado nunca. Su olor, el calor que desprendía su cuerpo y el suave tacto de su piel eran la combinación perfecta.

—Genial. ¿Y tú?

—Bueno, se me ha dormido el brazo… —Rio—. Ven, quiero enseñarte algo.

Hugo me cogió de la mano y me guio por el jardín hasta llegar a la parte trasera. Allí, unos enormes árboles sembrados en forma circular te hacían sentir como si estuvieras en el mismísimo bosque. En el centro, una pequeña tienda de campaña blanca decorada con una guirnalda de bombillas, hacía que pareciera una escena sacada de un cuento. Hugo me miró emocionado y se adentró en el tipi, sentándose en una especie de cama de madera. Cogió la guitarra que yacía en ella y antes de empezar a tocar añadió:

—Bienvenida al primer ensayo de Cerveza Fría.

Sonreí y una preciosa melodía comenzó a sonar. Me resultaba familiar, pero no la reconocí hasta que Hugo empezó a tararear la letra:

« Come up to meet you, tell you I'm sorry. You don't know how lovely you are».

Era *The Scientist* de Coldplay. Me dejé llevar por aquella canción bailando al son de cada nota, sintiendo la vibración de las cuerdas y disfrutando de la voz rasgada y grave de Hugo. Cuando terminó, me senté a su lado y le miré embobada.

—No lo haces tan mal —confesé—. Serías un buen vocalista.

—Tú que me miras con buenos ojos… ¿Te quedas a desayunar?

—Me encantaría… pero creo que tengo que volver a casa. Carlos estará preocupado.

—Claro —dijo con una amarga sonrisa.

Me acompañó hasta la puerta y nos despedimos con un abrazo. Hugo estaba triste, lo notaba en sus ojos, como si supiera que lo nuestro se acababa ahí. Yo también lo estaba, pero tenía miedo y fui una cobarde por no ser sincera.

Cuando llegué a casa me quité los zapatos, me rozaban y me habían hecho unas buenas ampollas. Caminé descalza hasta la cocina y me bebí tres vasos de agua del tirón acompañados de un ibuprofeno. Beber como cuando tenía dieciséis años no me sentaba nada bien. La casa estaba en silencio, pero cuando me acerqué al despacho vi a Carlos trabajando y, aunque la puerta estaba entreabierta, llamé con los nudillos para hacerle saber de mi presencia.

—Buenos días… —dije en un susurro.

—Hola —dijo con la mirada fija en el ordenador—. ¿Qué tal la fiesta?

—Bien, aburrida, como siempre.

No me gustaba mentir, de hecho, no se me daba bien, pero estaba cansada de dar explicaciones, de tener que justificarme constantemente. La mentira era el camino fácil.

—¿Estás bien? Olga me escribió anoche diciéndome que dormías en su casa.

—Sí… bebí un poco y no quise molestarte. —Me crucé de brazos

—. Tenemos que hablar.

—Tengo una reunión en una hora.

—Esto es importante.

Debí de sonar convincente porque cerró la pantalla de portátil, cruzó los dedos y me miró fijamente.

—¿Hay algo que quieras decirme? —No pareció sorprenderle mi actitud, así que seguí hablando—. Me han dicho que te vieron en un club de *striptease.* Mira si se trata de una venganza por lo del viaje…

—Solo fui a ver unas chicas bailar, Melisa. Unos amigos me llevaron a modo de despedida de soltero y me regalaron un pase privado con una de las bailarinas. —Se incorporó y me cogió de la cintura—. Sabes que yo no te haría algo así.

Sus palabras me hicieron daño. En cierto modo, era una manera de decirme que yo sí le había fallado. Me dio un suave beso en los labios y salió por la puerta. Quizá Hugo había malinterpretado las cosas, o quizá, a Carlos se le daba mejor mentir de lo que imaginaba.

Pasé el resto del día dedicándome tiempo a mí misma, me di un baño, me puse una mascarilla facial y preparé pasta casera para mí sola. Estaba mirando el móvil mientras comía, cuando me dio por abrir la conversación con Olga y leer el mensaje que Hugo le había escrito:

Hola Olga, soy Hugo, el amigo de Melisa. He intentado llevarla a casa, pero me ha suplicado que no lo hiciera. Está en mi habitación de invitados.

¿Puedes avisar a su chico de que no dormirá en casa?

Te envío una foto para que veas que no miento.

Bajé en la conversación y miré la foto. Llevaba el vestido de la fiesta, aunque estaba tapada hasta la cintura con el edredón. El pelo me caía despeinado sobre la cara y dormía plácidamente con la boca abierta. Genial, salía horrible.



28. Amor

No podía evitar mirar la foto una y otra vez, Melisa estaba guapa hasta durmiendo. No me lo pensé dos veces cuando tras enviarle la foto a su amiga me la reenvié a mi móvil. Estaba seguro de que ella lo vería, pero no me importaba, por eso no me sorprendió cuando recibí un *wasap*.

Mel:

¿Te parece bonito hacerme fotos mientras duermo?

Hugo:

Pensaba usarla en el caso de que

tuviera que chantajearte por algo.

Mel:

Ya te vale.

Escribiendo… Borrar. Escribiendo… Borrar.

Hugo:

No bebas mucho el domingo.

No contestó. No sé cómo lo hacía, pero cada vez que conseguía acercarme un poco más a ella una parte de mí se empeñaba en alejarla de nuevo.

Había quedado con Marta para comer y luego iría a recoger a Sofía al cole. Esa semana estaba sola en la clínica y me ofrecí para hacer de canguro. Fuimos a un bar cercano a su trabajo y pedimos un par de lasañas caseras.

—¿Cómo estás? —preguntó con cierta preocupación una vez nos sirvieron.

—Bien.

Últimamente se había convertido en una respuesta casi automática, de esas con las que esperas que la otra persona se conforme y no tener que dar más explicaciones, pero Marta no pensaba dejarlo ahí.

—Hugo…

—Pues jodido, Marta. —Sentí una punzada en el pecho—. Supongo que estás invitada, ¿no?

Sacó del bolso un sobre y lo dejó sobre la mesa. Su contenido era una bonita tarjeta blanca con toques dorados a su alrededor. Suspiré profundamente, me armé de valor y la abrí:

¡Nos casamos!

Tenemos en placer de invitarte a nuestra boda que se celebrará el

20 de junio en la Real Basílica San Francisco el Grande a las 17:00h. No podéis faltar.

Carlos y Melisa.

—No sé si debería ir… —musitó.

—Claro que sí, sois amigas. —Lancé el papel con desgana sobre la mesa—. Lo que ha pasado entre nosotros no tiene nada que ver.

—Así que es verdad eso de que un clavo saca a otro clavo, ¿no?

—Melisa no es un simple clavo —me escuché decir—. Es una jodida estaca y adivina donde la tengo clavada.

—Estar con ella te ha convertido en todo un poeta.

—Estar con ella… —Hice una pausa—. Ha sido una locura, pero sin duda alguna volvería a repetirla un millón de veces.

—Eso es precioso. —Sonrió—. El amor es precioso.

—El amor es una mierda —sentencié.

Marta no dijo nada. Ella tampoco había tenido suerte con los hombres y no me iba a refutar un argumento como ese. Comimos en silencio, cada uno absorto en sus propios pensamientos, hasta que ella tuvo que irse a trabajar. Pagué la cuenta y fui a recoger a Sofía.

—¡Tito Hugo! —dijo al verme.

—Renacuaja. —Le di un abrazo—. ¿Qué tal te ha ido el día?

—Bien, hoy hemos diseccionado gusanos.

—¿Pero a qué clase de colegio te lleva tu madre? —La miré con el ceño fruncido mientras caminábamos hacia el coche.

—Es biología. —Rio ladeando la cabeza.

—¿Te apetece ir a ver a Lucía? Me ha llamado para contarme que han comprado una cama elástica nueva.

—¡Sí! —dijo lanzando un gritito acompañado de un salto.

El cariño con el que Lucía trataba a Sofía me enternecía, pero era el único sentimiento que despertaba en mí. Estaba apoyado en el

marco de la puerta de la cocina, viendo como ambas preparaban algo de merendar. Marcos apareció poco después, me saludó con un apretón de manos y le dio un suave beso a Lucía en los labios. Tiempo atrás hubiera apartado la vista, pero en ese instante lo único que envidiaba era la forma en que se miraban.

Salimos al pequeño jardín de la parte trasera, Marcos y Sofía se subieron a la cama elástica, mientras que nosotros nos sentamos en la terraza, desde donde los observábamos.

—Todo un hombre —bromeé.

—No seas cruel. —Me miró de reojo—. ¿Cómo estás?

—Bien. —Me aclaré la garganta.

—Hugo, si no me lo quieres contar, adelante, pero no me mientas.

—Entre Marta y tú… ¿Cómo sabes que…?

—¿Qué estás hecho polvo? —me interrumpió—. Porque tus ojos hablan por sí solos. Estás triste. ¿Es por esa chica? —Suspiró aliviada —. Por fin.

—¿Qué?

—Por fin te has enamorado de nuevo.

—No me he… —me callé de golpe.

¿Por qué seguía negándolo? Me había enamorado hasta las trancas de Melisa. Me había enamorado de su sonrisa, de su forma de ver las cosas, del olor de su pelo, de su forma de arrugar la nariz, de su manera de caminar, de ella. Me había enamorado profundamente de ella.

—Se casa el domingo.

—¿Qué? —Me miró perpleja.

—El viaje ha sido increíble, pero… no puedo pretender que renuncie a su vida por mí. —Ladeé la cabeza—. Ha sido un error.

—Hugo, me recuerdas a alguien —dijo señalándose—. Yo decidí que lo mejor para Marcos era alejarse de mí y el resto de la historia ya la conoces.

—¿No te ha salido tan mal no?

—Escúchame —dijo muy seria—, deja que sea ella quién decida.

—¡Tito! —gritó Sofía desde la cama elástica—. Tienes que probarla.

—Se le dan bien —dije señalando a Marcos.

—¿El qué?

—Los niños. Sofía está encantada.

—Quizá sea una señal. —Sonrió con dulzura, pero hasta tiempo después yo no entendí a que se refería.

29. La despedida

Era viernes, faltaban dos días para la boda y Olga y Marta me habían avisado de que tenían preparada una despedida de soltera algo diferente. Lo único que sabía es que me recogerían cerca de las nueve y que volveríamos al día siguiente.

Me preparé un café bien cargado y un par de tostadas mientras revisaba Instagram. Las dos primeras publicaciones me resultaron insignificantes, pero cuando deslicé el dedo sobre la pantalla para seguir bajando un nudo se atoró en mi garganta. Era un post de Hugo, había colgado una foto de un atardecer acompañada de un texto:

«Ojalá alguien te admire como se admira el atardecer».

Me mordí el labio. Quería escribirle, preguntarle si esas palabras iban dirigidas a mí, pero me había prometido a mí misma que dejaría las cosas tal y como estaban.

Me encantaban los viajes por carretera. Podía pasarme horas y horas mirando por la ventana, observando el paisaje e imaginándome cómo sería vivir en alguno de los pequeños pueblos por los que pasábamos.

Caye, sentada a mí lado, también parecía absorta en sus propios pensamientos.

—Al final vas a acabar contándomelo —le susurré.

Mi hermana apenas me miró, se limitó a acomodarse el pelo y fijar la vista en el horizonte, pero no necesité nada más para saber que se trataba de algún hombre.

Hicimos una breve pausa en un bar de carretera a mitad de camino, a la altura de Albacete.

—Vamos a hacer una promesa —dijo Olga mientras comíamos

algo—. Durante este viaje no vale hablar de chicos.

—Y tampoco de bebés —añadí—. Tú también te mereces un día de descanso.

—Díselo a mis pezones. —Se señaló los pechos—. He estado toda la mañana con el sacaleches.

—¿Te ha sobrado una poca? Para el café digo. —Le saqué la lengua y ella se rio.

—Ahora en serio —siguió Marta—. Este viaje es solo para nosotras.

Levantó el dedo meñique y Olga y yo unimos los nuestros. Caye nos miraba alzando una ceja como si la cosa no fuera con ella, pero al ver que las tres la mirábamos fijamente, se unió a nosotras. Le lancé una mirada de soslayo que comprendió a la perfección, pues ambas sabíamos que esa promesa también le interesaba.

Dos horas más tarde llegamos a un pueblo alicantino llamado Altea. Se caracterizaba por un sinfín de casas blancas situadas en la ladera de una montaña que terminaban junto al mar. Atravesamos sus calles y, tras unas cuantas curvas, llegamos a un pequeño hotelito de estilo ibicenco situado a las afueras. Nos asignaron una preciosa habitación que habían decorado con mimo. En el centro, había dos camas enormes con sus respectivas mesitas. Tras ellas, una preciosa pared de piedra separaba la zona del baño del dormitorio con un estilo que oscilaba entre lo rustico y lo moderno. En una mesa auxiliar que había junto a la puerta de la terraza, nos habían dejado una copiosa bandeja repleta de zumos, frutas, algunos dulces y champán.

—Dios mío —dije al ver toda la comida que había—. Creo que pasado mañana no voy a entrar en el vestido.

—¡Este sitio es increíble! —exclamó Marta dejando la maleta junto a la puerta.

—Vais a flipar con la terraza —dijo Olga señalando a través de la cristalera.

Me quedé de piedra cuando vi las preciosas vistas que teníamos desde allí. El mar brillaba de un azul intenso mientras que las olas golpeaban con fuerza las rocas creando una capa de espuma blanca en la que se reflejaba el sol. Me hubiera quedado allí plantada contemplando aquel espectáculo de la naturaleza, pero las chicas

habían planeado el día al dedillo y, tal y como me hicieron saber, no había tiempo que perder.

—¿Habéis traído crema solar? —preguntó Caye—. Melisa, ten cuidado no vayas a quemarte la cara y el domingo parezcas un conguito.

—Relájate un poco —dije un tanto molesta.

—Venga, ¿nos ponemos los bikinis y bajamos a la piscina? —añadió Olga.

A los pocos minutos toda la ropa de nuestras maletas estaba esparcida por las camas e incluso por el suelo. Olga y Marta se pusieron desfilar en bikini mientras que Caye y yo les aplaudíamos y animábamos.

Una vez en la zona de la piscina, nos acercamos a la barra que había dentro del agua donde nos ofrecieron una bebida llamada « cóctel del infierno » . Di un trago y confirmé que debía de ser fabricada por el mismísimo Belcebú porque ardía desde que te tocaba los labios hasta que llegaba al estómago. Aproveché que Marta y Olga se alejaron hacia la zona de las hamacas para hablar de una vez con mi hermana.

—Oye… ¿A ti que te pasa?

—¿Qué? —dijo como si no me hubiera escuchado.

—Llevas unos días rarísima.

—¿Yo? ¡Qué va! —Giró la vista hacia la piscina—. ¿Nos damos un baño?

—No me cambies de tema. Eres mi hermana y aunque no te lo creas, te conozco muy bien. Llevas unos días como ida…

—Estoy muy estresada en el bufete. Eso es todo.

—¿Y el chico del otro día?

—¿Qué chico?

—El de la fiesta en el club. El que parecía un componente de One Direction.

—Ah… ese chico. Es el hijo de un cliente.

—Pues parecía que discutíais.

—Llevo el divorcio de sus padres y no lo está pasando bien.

—Ya. —Coloqué mi mano sobre su brazo—. Caye, puedes seguir fingiendo todo lo que quieras, pero a mí no me engañas. ¿En qué andas metida?

Miró hacia arriba y resopló. No entendía nada, nosotras éramos como la noche y el día, pero siempre nos habíamos contado las cosas. ¿A qué venía tanto misterio?

—Estoy con alguien —dijo al fin.

—¿De verdad? ¿Y a qué viene tanto drama?

—No lo entenderías.

—¿Es el padre de ese chico? —pregunté extrañada—. No siempre tienes que ser tan profesional, no pasa nada por…

—No es eso —me interrumpió.

—¿La madre?

—¿Qué? —Me miró extrañada—. ¿Pero qué dices?

—No sé. Es una posibilidad.

—Mel… —dio un sorbo a una cerveza—. Salgo con ese chico.

—¿Qué? ¿Con el de la fiesta?

—Sí —dijo como si se quitara un peso de encima.

—Pero ¿cuántos…?

—Veintidós.

La miré asombrada, como si no fuera posible que mi hermana estuviera saliendo con un chico diez años menor que ella. Noté como sus ojos se ponían vidriosos.

—Caye… —dije abrazándola—. No pasa nada.

—Sí que pasa… me he… —Hizo una pausa—. Me he enamorado.

Nos tomamos dos cócteles del infierno más y no sé cuántas

cervezas. Caye me hizo prometerle que no le diría nada a las chicas y aunque me costó disimular mi preocupación, cumplí con mi promesa.

Por la noche fuimos a un pub en el que ponían música latina. Tras el quinto chupito de tequila nos hicimos las dueñas de la pista y, aunque no teníamos ni idea de bailar salsa, lo dimos todo. Me senté en la mesa que habíamos reservado cuando me empezaron a doler los pies y no pude evitar acordarme de Hugo y de cómo me llevó a cuestas por Roma. Si hubiera estado allí conmigo, me habría cogido de la cintura y me habría sacado de nuevo a la pista de baile, aunque fuera descalza. Yo le habría dicho que la gente nos miraba, pero él habría sonreído haciendo que me olvidara de todo lo demás. El problema era que Hugo no estaba y, probablemente, no estaría nunca más. Un escalofrío recorrió mi espalda y mi sensación de embriaguez comenzó a disminuir.

—Chicas —dije acercándome a ellas—. ¿Nos vamos?

Mi cabeza no paraba de darle vueltas a aquello en el trayecto de vuelta al hotel. La simple posibilidad de no volver a ver a Hugo me aterraba. ¿Qué pasaría si alguna vez nos cruzábamos por la calle? ¿Haríamos como si nada? ¿En eso nos habíamos convertido? ¿En dos extraños?

Una vez en la habitación Caye y yo nos acostamos en una cama mientras que Marta y Olga lo hicieron en otra. Conseguí acallar mi voz interior y aunque las escuché hablar sobre algo, poco a poco sus voces se convirtieron en un murmullo que desapareció en cuanto me quedé dormida.

Me despertaron tirándome un cubo de agua congelada encima. Pegué un salto de la cama gritando y tiritando de frío, ellas rompieron a reír y salieron corriendo antes de que pudiera azotar a alguna con la almohada. Era temprano, temprano para habernos acostado a las tantas de la mañana.

—Venga dúchate que nos vamos —dijo Olga mientras yo me quitaba la ropa mojada en el baño.

—¿A casa? —musité casi suplicando.

—No, volvemos después de comer.

—Me caso mañana, no quiero llegar tarde.

—Por eso, venga ves.

Me metí en la ducha, sabía que habían preparado todo aquello con cariño y no quería ser yo quien les arruinara la fiesta. El agua caliente me reconfortó e hizo que mi piel volviera a tener sensibilidad. Una vez en el bufé, devoré todo lo que las chicas trajeron a la mesa.

—¿Qué tramáis? —pregunté al verlas cuchichear.

—Nada.

—¿No habréis contratado a un tío para que me haga un baile sensual? —Rieron—. Porque la verdad es que no me vendría nada mal…

—No, venga come. Tenemos hora a las doce.

No veía nada. Las chicas me habían vendado los ojos y la única indicación que me habían dado era que me pusiera un bikini cómodo y unas zapatillas. El sonido de una voz masculina acercándose me desconcertó.

—A ver… extiende los brazos —me indicó aquel extraño.

Las chicas me animaron a que le hiciera caso y noté como me colocaba un chaleco y me lo apretaba. Empecé a pensar que me habían llevado a una especie de club de *bondage* , pero me tranquilicé al escuchar el sonido del rompeolas. Cuando me quitaron la venda, un guapo surfista nos indicó cuales eran nuestras motos de agua.

—¿Te gusta? —me preguntó Marta con ilusión.

—Me encanta.

—Ya verás que subidón de adrenalina.

El chico nos explicó que la excursión en moto de agua duraba una hora y media aproximadamente. En ella bordearíamos toda la bahía de altea haciendo paradas en diferentes zonas, también intentaríamos acceder a las dunas jurásicas, ya que solo era posible el acceso mediante moto acuática. Tras unas cuantas indicaciones sobre como funcionaban y comprobar que todo estaba correcto salimos del puerto. Al principio aceleré con miedo e iba a una velocidad prudencial, pero conforme fui cogiéndole el truco le apretaba más y más. El oleaje era fuerte en algunas zonas y la moto saltaba con cada ola, los glúteos se me separaban del asiento, pero me sentía viva, me sentía libre.

Todavía me temblaban las piernas cuando volvimos al hotel, así

que nada más comer nos metimos en el jacuzzi para relajarnos. Sin duda alguna, había sido una experiencia increíble, pero nuestra aventura acababa ahí.

30. La pierdo

Definitivamente, me había vuelto loco. « Hugo, tú no eres así, nunca actúas por impulsos » , me dije a mí mismo. Pero desde que conocí a Melisa me había acostumbrado a dejarme llevar, como la noche que nos besamos por primera vez o todas las veces que habíamos dormido juntos. Habría sido fácil pararlo, no dejar que ocurriera, pero no, ella se tuvo que plantar frente a mí con esa maldita sonrisa y yo quise hacerle ver lo bonita que puede ser la vida. Sin pensar en las consecuencias.

Conducía centrado en la carretera, unas débiles gotas de lluvia golpeaban el cristal delantero mientras que las nubes grises que se divisaban a lo lejos anunciaban una casi inminente tormenta. Una voz en mi interior me sugería que diera media vuelta y volviera a casa, pero no le hice caso.

Aparqué unas calles atrás. No llevaba paraguas y, en ese momento, ya estaba cayendo un auténtico aguacero. Ni siquiera había pensado en qué iba a decirle ni cuál sería su reacción, estaba cegado por la esperanza de hacerle cambiar de opinión. Quizá estaba equivocándome, quizá lo mejor era olvidarme de ella, pero en lugar de eso me planté en las puertas de aquella iglesia y entré con determinación.

Una preciosa mujer rubia estaba sentada en el altar de espaldas a mí, El hombre que había junto a ella colocó su mano sobre su regazo mientras que el resto de los asistentes contemplaban la escena emocionados. El cura les hizo un gesto para que se pusieran de pie y me di cuenta de que mi tiempo se acababa. Si quería decir algo tenía que darme prisa o sería demasiado tarde. Él le apartó el velo y ella lo miró sonriente, como miras a alguien de quien estás profundamente enamorado.

Estaba a punto de gritar su nombre cuando me di cuenta de mi error. Esa no podía ser Melisa. Ella no miraba a Carlos de esa manera. Me froté los ojos, como tratando de despertar de un mal sueño. Definitivamente, no era ella. Me debía de haber equivocado de iglesia, pero no podía ser, era esa, lo había comprobado cien mil veces. Saqué el móvil del bolsillo y marqué el número de Marta. Un tono, dos, tres, cuatro… saltó el contestador. Lo intenté de nuevo, pero nada.

Salí de aquel sitio y me quedé ahí plantado, junto a la puerta, lleno de rabia y frustración. Melisa iba a casarse y no podía hacer

nada para evitarlo. Había perdido toda esperanza y estaba a punto de montarme en el coche cuando noté la vibración del móvil en mi bolsillo.

—¿Marta? —me apresuré a decir.

—Hugo… ¿Qué pasa?

—¿Estás con Melisa? He hecho una locura.

—¿Estás bien? ¿Qué has hecho? —preguntó un tanto preocupada.

—Sí, yo estoy bien. Es solo que…

—¿Qué?

—He venido a la Iglesia, no puedo dejar que se case…

—¿Qué has hecho qué?

—¿Dónde estáis? He debido de equivocarme porque aquí se celebraba otra boda —dije con un nudo en la garganta.

—Hugo… —Hizo una pausa—. La boda era a las cinco.

Miré el reloj: las siete. No podía ser, había estado todo el día en casa dándole vueltas a la cabeza y estaba seguro de que en la invitación que Marta me había enseñado… Mierda.

—¿Qué quieres decir?

—Que ya se ha casado, estamos celebrando el convite.

—¿Qué?

—Hugo no hagas ninguna tontería…

Despegué el móvil de mi oreja, seguía escuchando la voz de Marta a través del auricular, pero no oía lo que decía. Me senté en el bordillo de la acera y metí la cabeza entre las piernas. Marta siguió llamándome, pero no me apetecía hablar con ella y menos sabiendo dónde estaba y con quién.

Me quede de piedra, sin saber cómo reaccionar, Melisa se había casado y ya no había vuelta atrás. Ella había elegido y, una vez más, era yo el que se quedaba solo. Empezó a llover con fuerza, así que no me quedó otra que meterme en el coche y conducir de vuelta a casa.

Encendí la radio, en ese preciso instante sonaba Lonely Tonight de Blake Shelton. Su letra se me clavó en la cabeza y empecé a tararearla:

«I don't wanna be right, I don't wanna be strong.

I just wanna hold you till the heart breaks stone».

Quizá Melisa había pensado que yo solo quería tener una aventura con ella, pero yo no quería pasar solo una noche a su lado, yo quería hacerlo el resto de mis días. Quería ser con quien se despertase cada mañana, en quien pudiera confiar y sentirse segura, quería acompañarla en cada uno de sus logros, apoyarla cuando cayera y permanecer a su lado cuando lo necesitase, quería ser yo quien estuviera con ella en el altar. ¿Por qué no se lo había dicho?

Todo había pasado tan rápido que apenas me había dado tiempo a asimilarlo. Días antes de ese viaje pensaba que nunca sacaría de mi mente a Lucía, pero todo había cambiado. La quería, sí, pero no del mismo modo. Sin embargo, el recuerdo de Melisa me dolía en el pecho, no físicamente, eso habría sido mucho más soportable, era una punzada que no podía describirse con palabras.

Cuando llegué a casa, sentía que todo el cuerpo me pesaba… Me metí en el baño, me quité la ropa mojada y me puse el primer chándal que encontré. Y fue allí, mirándome al espejo y dándome cuenta de mi aspecto, cuando tomé una decisión.

Balto me miraba sin entender nada mientras preparaba sus cosas. No estaba contento como de costumbre, era como si entendiera que no era un buen momento para mí. Subí a la habitación, abrí un par de maletas y metí cosas al tuntún, sin importarme si faltaba algo. Balto se subió a la cama y lanzó un ladrido. Me senté a su lado y lo abracé, rompiendo a llorar, rompiéndome en mil pedazos.



31. La boda

La ceremonia se me había hecho eterna. « ¿Es así como debe sentirse una novia el día de su boda? » . No paraba de preguntármelo. Una parte de mí esperaba que Hugo apareciera por la puerta de la Iglesia, gritando que no lo hiciera, que cometía un error casándome con alguien de quien, realmente, no estaba enamorada. Me tembló la voz cuando di el sí quiero, aunque nadie pareció darse cuenta.

El convite transcurría con normalidad, aunque había más gente de la que esperaba. Margaret se acercó a nuestra mesa para avisarnos de que nos preparásemos para el baile nupcial.

Y allí estábamos, bailando delante de nuestros amigos y familiares, una canción que ni siquiera yo había elegido. Era como si ese día no me perteneciese. Sentí unas ganas inmensas de huir, de salir corriendo, de marcarme un « novia a la fuga ». El vestido empezó a agobiarme y, aunque apenas había cenado, notaba una presión muy fuerte en la zona del abdomen que se fue intensificando y subiendo hasta mi pecho. Mis piernas comenzaron a temblar y noté como mis fuerzas flaqueaban.

—Carlos… —fue lo único que conseguí decir.

Lo siguiente que recuerdo es que todo se volvió negro.

Tenía la visión todavía borrosa cuando abrí los ojos, deseando con todas mis fuerzas que todo hubiera sido un sueño o un producto de mi imaginación, pero un montón de rostros desconocidos se hallaban a mi alrededor.

Vi a Carlos a mi lado, sujetándome la cabeza, y entre él y mi padre me llevaron en volandas hasta una habitación en la que no había nadie. Me tumbaron sobre un sofá y me acercaron un poco de agua con hielo. Marta, Olgui, Caye y mi madre entraron poco después.

—¿Estás bien cariño? —me preguntó mi padre.

—Sí… me he mareado y…

—Te has desmayado —dijo Olga con cariño.

—Tranquila, descansa un poco. —Carlos se sentó a mi lado y colocó mis piernas sobre su regazo.

Sentí una punzada en el pecho. Durante los días previos a la boda se había portado tan bien conmigo que me sentía realmente mal. Desde que conocí a Hugo no había hecho nada más que mentirle, a él y a toda mi familia, y mi cuerpo no había podido con tanta presión.

—Es normal, son muchas emociones —dijo Marta intentando quitarle hierro al asunto.

—No es más que un intento de llamar la atención —recalcó mi madre.

Un silencio incómodo se apoderó de la estancia.

—¿Qué has dicho? —pregunté sin poder creer lo que había oído.

—Lo que has escuchado.

—¿Insinúas que me lo he inventado? —Me incorporé despacio.

—Vamos a calmarnos todos —dijo Carlos.

—¿Sabes mamá? Estoy harta. Estoy harta de ti y de escucharte. —Le señalé con el dedo—. Estoy harta que me ningunees, de que hagas conmigo lo que quieras, de que me trates como si mi opinión no

valiera nada, como si yo no valiera nada. Ni siquiera te ha contentado que me haya casado donde tú quieres y con quien tú quieres… —se me escapó.

Mi madre me miró con desaprobación. Pero su expresión no cambió lo más mínimo.

—¿Cómo? —intervino Carlos.

Miré al resto de los allí presentes que observaban la escena con cierta prudencia.

—Carlos yo…

—¿Es por ese tío? ¿De verdad?

—No….

—Pensaba que solo era una aventura.

Todos los allí presentes se quedaron boquiabiertos. Olga, Marta y Caye ya sabían lo ocurrido, pero aun así me miraban con asombro. Quizá porque desconocían que Carlos lo sabía, o quizá, porque la cara de mis padres era un auténtico poema.

—¿Qué estás diciendo? —le recriminó mi padre un tanto incrédulo.

—Díselo —me retó con rabia—. Cuéntales a tus padres lo maravillosa y perfecta que es su hija.

—Carlos, te estás pasando —intervino Caye.

—¿De qué está hablando? —preguntó mi madre fijando la vista en mí.

—Lo que yo haga con mi vida privada no es tu asun…

—Se fue de viaje y se acostó con otro —dijo Carlos apretando la mandíbula.

—¿Es eso cierto? —Mi madre me miró enfadada.

—Sí. ¿Y qué?

—Eres una vergüenza.

La miré sin creer que me hubiera dicho eso.

—Eso sí que no te lo consiento, Úrsula. ¿Cómo puedes tratar así a nuestra hija? —Se giró hacia a mí—. Mel, cariño...

—Mamá te has pasado —le reprochó Caye que hasta ese momento nunca se había enfrentado a mi madre.

No dije nada. Los miré a todos y conteniendo el llanto eché a correr. Salí de aquel jardín, llovía con fuerza, pero vi que un hombre con una limusina esperaba en la puerta. Me subí antes de que el resto pudieran alcanzarme y le indiqué la dirección a la que debía llevarme. Tenía ganas de vomitar, pero me contuve.

Cuando llegué a casa de Hugo le indiqué al chófer que no se esperase. Una vez el coche se fue, me armé de valor y llamé al timbre, pero nadie contestó. Pensé que tal vez no estaba en casa o que me había visto por el interfono y no quería abrirme. El vestido se había mojado y empezó a pesarme, estaba a punto dar media vuelta cuando la puerta de su jardín se abrió.

Tras ella vi a un Hugo que me costó reconocer. Estaba ojeroso, con el pelo algo mojado y el rostro desencajado.

—¿No deberías estar en…?

—Necesitaba hablar contigo —dije todavía bajo la intensa lluvia.

—Mel, te has casado.

—¿No querías que lo hiciera? —pregunté confusa.

—Tú que crees. —Se frotó la sien.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —Me acerqué a él, pero dio un paso atrás.

—¿Hubiera cambiado algo?

—Lo hubiera cambiado todo. —Bajé la mirada y vi unas maletas junto a la escalera.

—¿Te vas?

Nunca lo había visto así. Tan distante, tan frío, tan… dolido. Estaba rota, hecha pedazos y la única persona que podía entenderme estaba tan destrozada como yo.

—¿Por qué me hablas así? —dije con un hilo de voz.

—¿Cómo quieres que lo haga? No sabes cómo me siento ahora mismo y verte así…

—Nunca me has dicho qué era lo que sentías por mí —le reproché.

—¿Realmente hacía falta? Lo sabías de sobra y aun así…

—Me he escapado de mi boda, le he plantado cara a mi madre... —Hice una pausa—. Por ti.

—Ese es el problema. —Negó con la cabeza—. Tienes que dejar de hacer las cosas por los demás.

—No lo entiendo.

—Si haces algo que sea por ti misma. Yo no valgo tanto la pena, te lo aseguro. Tengo que irme.

Dio media vuelta y llamó a Balto, que salió corriendo a saludarme. Hugo cerró la puerta tras de sí y le hizo un gesto al perro para que subiera al coche.

—Hugo… —dije yendo tras él—. Yo…

—¿Necesitas que te lleve? —dijo girándose hacia a mí.

No era esa la reacción que esperaba. Fui una idiota por pensar que ir a buscarle sería suficiente, que lo arreglaría todo, porque no fue así.

—No hace falta.

Me recogí el vestido y salí de allí tan rápido como pude. No miré atrás, y aunque una parte de mí quería gritarle y enfadarse con él, no podía.

Volví a casa andando, las gotas de lluvia fueron cediendo dando paso a un sol resplandeciente. Quién me viera desde fuera pensaría que estaba loca: una chica con un traje de novia empapado y sucio, caminando como si nada le importase, aunque lo cierto, era que nada me importaba.

Al abrir la puerta de mi casa deseé con todas mis fuerzas que Carlos no estuviera allí y, por suerte, así fue. Metí el precioso vestido

de cinco mil euros en la lavadora, me puse mi pijama favorito y abrí la botella de vino caro que guardaba para ocasiones especiales. Era mi noche de bodas y motivos tenía de sobra.

Le mandé un mensaje a Caye para que avisara a todos de que estaba en casa, aunque lo que había entre esas cuatro paredes era lo menos parecido a un hogar. Apagué el móvil y me hice un ovillo en el sofá hasta que me quedé dormida.

32. La playa

El día había amanecido raro, demasiado nublado para estar a mediados de julio en Valencia. Estaba desayunando mientras observaba desde la ventana de la cocina el enorme jardín de la casa de mi madre. Una lluvia ligera mojaba todo lo que estaba a su alcance, tal y como avisaron en las noticias durante los días previos. Al parecer, un huracán procedente del Atlántico se acercaba a España. Ver las noticias se había convertido el algo rutinario en mi vida, aunque últimamente, mis días parecían repetirse del mismo modo una y otra vez.

—¿Cómo has dormido hoy cariño? —preguntó mi madre entrando a la cocina.

—Bien. —Me apoyé junto a la ventana.

—Buenos días —dijo Nicolás entrando por la puerta con un ramo de flores—. Feliz aniversario.

—¡Oh! No hacía falta. —Mi madre se lanzó a sus brazos dándole un suave beso en los labios.

Los miré sonriente. A pesar de que estaba hecho polvo me alegraba de ver a mi madre tan feliz. Desde que conoció a Nicolás su vida dio un giro de ciento ochenta grados y sin duda alguna, se notaba que ambos seguían profundamente enamorados.

—Felicidades —dije mirando a ambos.

Nicolás me dio las gracias y salió de la cocina. Mi madre se acercó

a mí y colocó su mano sobre mi hombro.

—Mamá… ¿Cómo supiste que era él? —le pregunté.

—Por fin.

—¿Qué?

—Por fin has hablado. Llegaste aquí hace casi un mes sin decirnos nada, no me malinterpretes, me encanta tenerte aquí, pero de tu boca no salían más que monosílabos. —Entrecerró los ojos—. Ni siquiera me has contado de que estás huyendo.

—No huyo de nada mamá.

—¿Y cuál es el motivo por el que has venido?

—¿Tiene que haber un motivo para venir a verte?

—A mí no me engañas. —Me señaló—. Tú estás enamorado.

—No —respondí tajante.

—No era una pregunta.

—Es complicado —confesé.

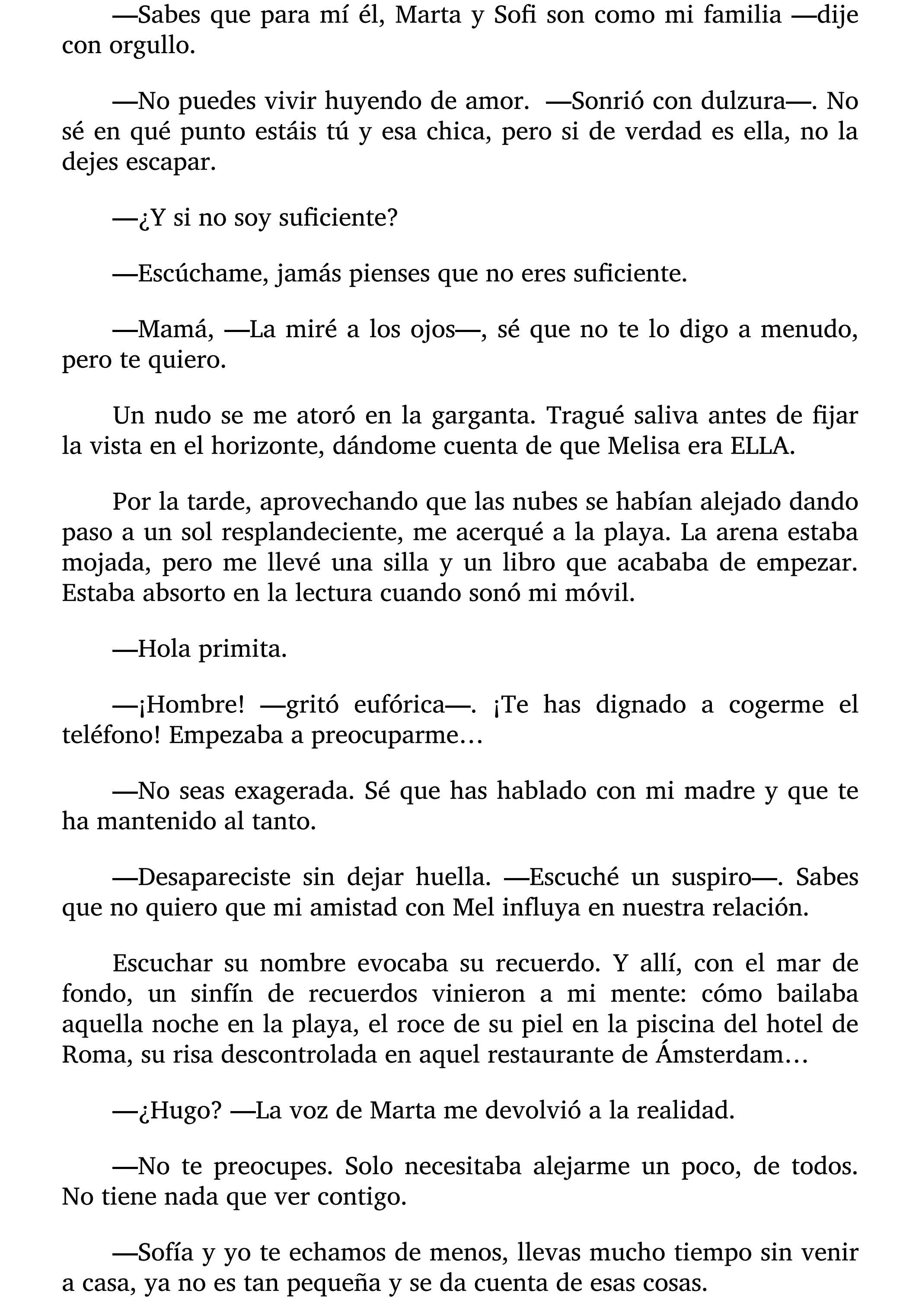
—De esa chica… ¿Lucía?

—No, Lucía es agua pasada. —Me revolví el pelo con nerviosismo. Hablar con mi madre de mi vida amorosa no me resultaba fácil—. Quiero decir, somos amigos, pero nada más.

—Y entonces… ¿de quién se trata?

—Es una amiga de Marta —solté—. Nos conocemos desde hace relativamente poco, hubo algo entre nosotros… pero se ha casado con otro, mamá. Y sé que no ama a ese tipo, pero no puedo pedirle que lo deje todo por mí.

—Cariño, desde el momento en que naciste te convertiste en mi única prioridad. Cuando tu padre se fue, tú tan solo tenías un mes de vida y yo, en cierto modo, renegué de los hombres. Al poco tiempo de venirnos aquí, a España, conocí a Nicolás. Yo no quería meter a nadie en nuestra vida, pero disfrutaba de su compañía. ¿Sabes qué fue lo que me hizo darme cuenta de que estaba enamorada? —La miré emocionado—. Nadie me hacía reír como él. Hacía lo que fuera con



tal de verme feliz. Además, siempre te ha tratado como un hijo.

—Sabes que para mí él, Marta y Sofi son como mi familia —dije con orgullo.

—No puedes vivir huyendo de amor. —Sonrió con dulzura—. No sé en qué punto estáis tú y esa chica, pero si de verdad es ella, no la dejes escapar.

—¿Y si no soy suficiente?

—Escúchame, jamás pienses que no eres suficiente.

—Mamá, —La miré a los ojos—, sé que no te lo digo a menudo, pero te quiero.

Un nudo se me atoró en la garganta. Tragué saliva antes de fijar la vista en el horizonte, dándome cuenta de que Melisa era ELLA.

Por la tarde, aprovechando que las nubes se habían alejado dando paso a un sol resplandeciente, me acerqué a la playa. La arena estaba mojada, pero me llevé una silla y un libro que acababa de empezar. Estaba absorto en la lectura cuando sonó mi móvil.

—Hola primita.

—¡Hombre! —gritó eufórica—. ¡Te has dignado a cogerme el teléfono! Empezaba a preocuparme…

—No seas exagerada. Sé que has hablado con mi madre y que te ha mantenido al tanto.

—Desapareciste sin dejar huella. —Escuché un suspiro—. Sabes que no quiero que mi amistad con Mel influya en nuestra relación.

Escuchar su nombre evocaba su recuerdo. Y allí, con el mar de fondo, un sinfín de recuerdos vinieron a mi mente: cómo bailaba aquella noche en la playa, el roce de su piel en la piscina del hotel de Roma, su risa descontrolada en aquel restaurante de Ámsterdam…

—¿Hugo? —La voz de Marta me devolvió a la realidad.

—No te preocupes. Solo necesitaba alejarme un poco, de todos. No tiene nada que ver contigo.

—Sofía y yo te echamos de menos, llevas mucho tiempo sin venir a casa, ya no es tan pequeña y se da cuenta de esas cosas.

—En cuanto vuelva a Madrid lo primero que haré será ir a veros, os lo prometo. Dile a Sofi que le llevaré helado de fresa para compensarla.

—No sé si le bastará con eso. —Rio—. ¿Ya sabes cuándo vuelves?

—La verdad es que no, todavía no estoy preparado. —Hice una pausa—. ¿Le has dicho que estoy aquí?

—No. Quería hablar contigo primero.

—Es mejor que no lo sepa.

—Puede ser muy insistente. Me ha preguntado por ti.

—Marta, júramelo por Sofi. —Suspiré—. Entiéndeme, esto es lo mejor.

—¿Tú crees?

—¿Por qué todos lo ponéis en duda?

—Porque estás hecho polvo y ella también.

—¿Está…? Da igual no quiero saberlo. Dale un beso a Sofi de mi parte.

Colgué rápidamente, sin dejarle tiempo para hablar. El hecho de que Melisa preguntase por mí no cambiaba nada, habíamos tomado caminos diferentes y yo estaba dispuesto a rehacer mi vida, aunque fuera sin ella.

33. Los papeles

Mi último en la clínica fue duro. Marta era mucho más que mi jefa y la iba a echar de menos. Cuando entré a la consulta la nueva veterinaria, me avisó de que estaba en el despacho.

—Hola… —dije asomándome por la puerta—. He traído café.

—¡Uf! Muchas gracias. —Se incorporó y cogió el vaso que le ofrecí—. Llevamos una mañanita movidita.

—¿Qué ha pasado?

—Dos operaciones, cuatro vacunaciones, tres urgencias… estoy exhausta. ¿Y tú qué tal? ¿Cómo estás?

—Bien. —Me senté en la silla que había justo enfrente de la suya.

—¿Segura?

—Todo lo bien que se puede estar cuando casi provocas el divorcio de tus padres, cuando tu madre no te dirige la palabra y cuando has tenido el matrimonio más corto de la historia. —Puse los ojos en blanco.

—Dicho así parece un chiste.

—Mi vida es un chiste. —Reí.

—¿Ya has firmado los papeles?

—Voy esta tarde y estoy de los nervios. —Me revolví en pelo—. No veo a Carlos desde la noche de la boda, nuestros abogados lo han gestionado todo y ni siquiera nos hemos cruzado en la que era nuestra casa… No sé ni qué decirle, seguramente no quiera hablar conmigo y yo tampoco estoy segura de querer hablar con él.

—Piensa que es un mero trámite, después de esto no tienes que volver a verlo si no quieres. —Me miró con ternura—. ¿Y tus padres? ¿Siguen enfadados entre ellos?

—No lo sé. No he ido a verlos todavía, aunque echo de menos a mi padre. —Suspiré—. Dime al menos cómo está él.

—Me hizo jurar por Sofía que no te diría nada, Mel. Lo siento, de verdad —dijo cogiendo mi mano.

—Solo quiero saber si está bien.

—Está. —Se encogió de hombros—. Sin más.

—¿Qué quieres decir?

—Pues como tú, que estás… pero no estás. Estás aquí físicamente pero tu mente... —Negó con la cabeza.

—¿Y qué puedo hacer?

—Dale tiempo.

—Quiero hablar con él, pero no contesta a mis mensajes, ni coge mis llamadas. Si al menos me dieras una pista de dónde puedo encontrarle…

—Me matará.

—Yo estoy muerta en vida.

—Exagerada. Nadie muere por amor. —Me miró de reojo—. No pongas ojos de cachorrito degollado.

—Hazme ese regalo de recién divorciada… —le supliqué.

Parecía que estaba a punto de decirme algo cuando el timbre de la consulta nos interrumpió.

—¿Puedes atenderlos tú?

—Salvada por la campana, ¿eh? —dije incorporándome y saliendo del despacho.

Quedé con Caye en una cafetería cercana a los juzgados un poco antes de la hora prevista. Cuando llegué ella ya estaba allí, se había pedido un café y tenía la mirada fija en la pantalla del móvil. Me sorprendió que llevase el pelo suelto, era algo poco común en ella y menos cuando se trataba de trabajo. Últimamente, no reconocía a mi propia hermana.

—¿Y esa sonrisa? —le pregunté sentándome justo enfrente.

—¿Qué?

—¿Hablas con él? —Miré su móvil.

—No seas cotilla.

—¿Cuándo piensas presentármelo? —Llamé al camarero y le pedí un café solo.

—Todavía es pronto.

—Lleváis viéndoos a escondidas casi un año… Enséñame al

menos una foto —supliqué.

—Eres una pesada —se quejó.

Seguí insistiendo hasta que me enseñó su cuenta de Instagram. En la mayoría de fotos salía con algunos amigos, pero encontramos una que se hizo frente al espejo sin camiseta.

—Dios mío, Caye…

—¿Qué?

—Está como un tren. —Le cogí el móvil para ampliar la foto.

—No hables así de él. Devuélvemelo.

El camarero me sirvió el café y mi hermana aprovechó mi despiste para arrancarme el móvil de las manos.

—¿Así que Manu? Seguro que tiene la habitación llena de posters y escucha reggaetón. —Le saqué la lengua.

—Para tu información le gusta la música electrónica y en su habitación no tiene ningún poster.

—O sea que… ¿Has estado en su casa? ¿Vive con sus padres?

—No, en un piso de estudiantes.

—¿Os habéis acostado ya? —pregunté curiosa.

—¡Melisa! —Se sonrojó—. Eso no es de tu incumbencia.

—Eso es que sí… ¿cómo es en la cama?

—No pienso responder a eso. —Se tapó la cara con las manos.

—Vamos… las hermanas se cuentan esas cosas. —Hice una pausa —. Quién te ha visto y quién te ve.

—No lo entiendes, no es solo sexo. Es…

—Una sensación indescriptible, ¿verdad? —La miré con ternura —. Algo incontrolable, que empieza poco a poco, pero que cuando te quieres dar cuenta se ha hecho enorme. Algo que no buscabas, que te hace cambiar la forma de ver las cosas, que te oprime el pecho y que te deja sin aliento.

—Lo has descrito a la perfección —dijo desviando la mirada.

—Porque yo también he tenido esa sensación. —Me mordí el labio—. Sabes que no soy la más indicada para dar consejos, pero ve despacio Caye, ese chico es un crío, se ha enamorado rápido, pero…

—Lo sé. Soy una mujer adulta, soy consciente de las consecuencias.

—No quiero que te hagan daño.

—Melisa… deberías preocuparte más por tu vida amorosa que por la mía.

—No es tan fácil.

—Nadie dijo que lo fuera. —Dio un último sorbo a su café—. ¿Estás preparada?

—No lo sé. No nos hemos visto desde el día de la boda.

—No tienes por qué sentirte culpable. —Colocó su mano sobre mi hombro—. Tú no elegiste enamorarte de Hugo.

Lo cierto era que enamorarme de Hugo no entraba en mis planes. Antes de conocerlo pensaba que me casaría con Carlos, que compraríamos una casa en algún barrio caro de Madrid, que tendríamos que ir a misa los domingos con mis padres, que comeríamos los sábados con su familia, que tendríamos hijos… Pero eso no era lo que yo quería, y si no fuera por Hugo, nunca me habría dado cuenta.

—No lo elegí, —dije al fin—, pero ha sido una de las mejores cosas que me han pasado.

—¿Y piensas quedarte de brazos cruzados?

—No quiere saber nada de mí… y que conste que le entiendo. ¿Qué piensa mamá de que seas tú mi abogada? —dije cambiando de tema.

—Pues… no está muy contenta que digamos, pero como soy la única que aún le habla, supongo que no le queda otra que aguantarse. —Caye me cogió la mano—. Oye Melisa, se le pasará.

—Lo que me preocupa es que no se me pase a mí. —Miré el reloj —. Casi es la hora. ¿Nos vamos?

Entramos a la sala donde se iba a llevar a cabo la audiencia. Carlos entró poco después acompañado de su abogado. Hacía casi dos meses que no nos veíamos, ni siquiera nos habíamos cruzado cuando vino a recoger sus cosas. Supongo que ambos nos habíamos evitado, pero ese día no nos quedaba otra que sentarnos cara a cara. Me incorporé y me acerqué a él.

—Hola —dije cruzando mis manos a la altura de mi cintura sin saber bien cómo debía comportarme.

—Hola, Melisa —dijo con una sonrisa amarga—. ¿Cómo estás?

—Bien. —Apreté los labios—. ¿Y tú? ¿Qué tal te va todo?

—Bien... Oye, quiero que esto sea lo más rápido posible. Mi abogado ha estado leyendo la demanda y estoy de acuerdo con las cláusulas, excepto con la que concierne al piso. Fue un regalo de tus padres, así que lo más justo es que te quedes con él.

—No quiero vivir ahí Carlos…

—Puedes venderlo.

—Lo venderemos y lo dividiremos en dos partes. Tú te encargaste de la reforma de la cocina y has invertido tiempo y dinero en él. Es lo más justo… te lo debo.

—No me debes nada —dijo apretando los dientes—. Pero si es lo que quieres…

La sentencia fue rápida. Carlos no puso ningún problema y, en cierto modo, fue todo un alivio. Estaba dolido, pero él sabía tan bien como yo que el divorcio nos libraba de una pesada carga a ambos.

Unas semanas más tarde vendimos el piso. El dinero me vino genial para cubrir los gastos que habíamos tenido con la boda. Ya no había nada que nos uniera. Era libre y, aunque me sentía afortunada por ello, seguía sintiendo que algo me faltaba.

34. Ella

Siempre he tenido la creencia de que el año empieza en septiembre. El verano termina y con él, las salidas con amigos, el acostarse a las tantas, los viajes, los planes improvisados, las aventuras e incluso en ocasiones, las relaciones.

Preparé café, un par de tostadas y me senté en la terraza de la parte delantera a disfrutar de las increíbles vistas de la playa. Últimamente, me levantaba tarde, mi madre me decía que eso era de vagos y lo cierto era que tenía razón. Me pasaba los días encerrado en casa. A veces salía a hacer la compra, a pasear a Balto por la playa o a correr, pero solo cuando me levantaba de buen humor. Básicamente, mi vida se limitaba a divagar por casa como un fantasma hasta que encontraba algo que hacer.

Desde que me había instalado en casa de mi madre había viajado un par de veces para hacer promociones a diferentes puntos de España, pero no había vuelto a Madrid. No podía, porque toda la ciudad me sabía a Mel. Recorrer sus calles era acordarme de ella, de su risa despreocupada, de su morro torcido cuando algo no le gustaba, de su cara angelical mientras dormía, de su pelo alborotado, de sus besos, de las pecas de sus hombros, de cómo me miraba…

Ladeé la cabeza como si así fuera a alejarla de mis pensamientos. Imposible, Mel estaba en lo más adentro de mi ser y yo no quería sacarla de ahí. Por mucho que me doliera, me aferraba a su recuerdo.

Me puse unas bermudas cómodas y bajé a la playa. Hacía un día soleado y, aunque unas nubes grisáceas se observaban en el horizonte, hacía calor. Me senté en la arena, cerca de las rocas y me quedé mirando el mar pensativo. El fin de la temporada estival se reflejaba en el descenso del número de turistas. El chiringuito que las noches anteriores estaba abarrotado cerraría en tan solo un par de semanas y los vendedores ambulantes ya no pasaban con tanta asiduidad.

—Parece que se acerca una tormenta —dijo una voz femenina detrás de mí.

No me giré. No tuve valor. Pensaba que sería producto de mi imaginación, así que cerré los ojos y me centré en el sonido de las olas rompiendo contra las rocas.

—A mí me gusta el mar así, salvaje, es mucho más bonito que cuando está en calma. —Se sentó a mi lado—. Tiene fuerza, poderío, es su forma de expresar que es libre, que nada ni nadie puede detenerlo, que en su interior alberga vida.

—Mirarlo es todo un espectáculo —conseguí articular.

—Es una suerte tenerlo tan cerca… yo vivo en Madrid, así que la playa me queda bastante lejos. Me llamo Mel, por cierto —dijo tendiendo su mano.

Me giré despacio, encontrándome de nuevo con esos preciosos ojos color caramelo que me miraban con cierto brillo.

—Hugo. —Estreché su mano y clavé de nuevo la mirada al frente.

—No te enfades con ella.

Marta había cedido, a pesar de que le pedí que no le dijera nada. Habían pasado casi tres meses desde la última vez que nos habíamos visto. Estaba cambiada, se había ondulado el pelo, tenía la piel dorada por el sol y en su mirada había algo diferente. Miré su brazo, ni siquiera recordaba que tuviera ese tatuaje, pero cuando leí lo que ponía, me di cuenta de que hacía poco que se lo había hecho.

— *Freedom* —musité.

—Sienta bien.

—¿El que?

—Ser libre. —Sonrió—. Aunque me cagué cuando vi la aguja, he de reconocerlo.

—¿Y la ola que hay justo debajo?

—Representa la fuerza, no se pueden detener las olas.

—¿Y por eso estás aquí? —Me giré de nuevo para mirarla.

—Estoy aquí para decirte que tenías razón. —Clavó sus ojos en los míos—. Primero tenía que centrarme en mí, en mi vida, poner las

cosas en orden. Estos meses han sido duros, pero a la vez me han hecho pensar, replantearme las relaciones con las personas a las que quiero. He dejado atrás todo lo que no me aportaba nada, me he centrado en mi carrera, de hecho, voy a volver a estudiar.

—¿En serio?

—Siempre he querido especializarme en cardiología y, aunque me duele tener que dejar el trabajo en la clínica, es lo que realmente quiero hacer —dijo ilusionada—. ¿Cómo está Balto?

—Enorme. Si lo ves no lo reconoces.

—¿Y tú? —Hizo una pausa—. ¿Cómo estás?

—Bien. Estoy.

—No lo parece, tienes un aspecto horrible.

No me extrañaba. Hacía meses que no visitaba al peluquero, no recordaba la última vez que me había afeitado y llevaba una camiseta desgastada que juraría que tenía agujeros.

—Gracias. —Dibujé una sonrisa sincera—. Tú, sin embargo, estás estupenda. Te ha sentado bien que me aleje de ti.

—No digas eso, no es verdad. —Me miró con dulzura—. Me ha sentado bien que me abrieras los ojos y creo que te estaré eternamente agradecida.

—¿Entonces has venido para darme las gracias? —dije con los brazos apoyado sobre mis rodillas.

—He venido para decirte que sigo enamorada de ti.

Me quedé de piedra. Eso no me lo esperaba. Era la primera vez que lo escuchaba de su boca y sonaba tan sincero que me asustaba.

—No te mentiré —siguió—, estoy cagada de miedo. Nunca había sentido esto por nadie y lo entenderé si no quieres saber nada de mí, pero…

No la dejé seguir. Coloqué mi dedo índice en sus labios y se calló de golpe. Sus ojos me miraban fijamente, sin apenas pestañear, como si no quisieran perderse nada. Cogí una de sus manos y me di cuenta de que le temblaba el pulso.

—Conmigo no, Mel… —Me miró confusa—. Conmigo no tengas miedo a nada. Yo solo quiero que seas feliz y que nada borre esa preciosa sonrisa de tu cara.

—¿Entonces…?

—Hay algunas cosas que debes saber.

—Ajá —dijo casi conteniendo la respiración.

—Yo no quiero ser tu otra mitad —dije acariciando una de sus mejillas—. Yo no creo en esos amores que se han de complementar, no te regalaré rosas en San Valentín, no presumiré de ti delante de mis amigos, no te diré que eres perfecta y probablemente no te pida que te cases conmigo.

—No lo entiendo.

—No necesito completarte, porque eres tú en tu plenitud. Yo quiero acompañarte en tu camino y que tú lo hagas en el mío. Prefiero regalarte poemas o canciones sin importar qué día es. No hablaré de ti porque espero que me acompañes en cada uno de mis logros. Amaré cada una de tus imperfecciones, esperando que tú lo hagas con las mías y, aunque no crea en el compromiso, tengo claro que quiero pasar contigo el resto de mis días.

Melisa seguía mirándome, pero cuando intentó decir algo, rompió a llorar.

—Eh, pequeña… si te digo todo esto es porque quiero que sepas de antemano todo lo que puedo ofrecerte. Quiero que estés segura de que esto es lo que quieres.

—Hugo… —dijo secándose las lágrimas—. No he estado tan segura de nada en mi vida.

Se abalanzó sobre mí y nos fundimos en un cálido beso. El mar rugía de fondo, y las nubes que había divisado a lo lejos estaban sobre nosotros. Empezó a chispear, al principio eran sólo unas gotas, pero poco a poco, la intensidad fue aumentando hasta que la tormenta se situó sobre nosotros. Sin embargo, podría haber caído el mayor diluvio habido en años que nosotros por nada del mundo habríamos separado nuestros labios.

35. Él

Cuando me separé de él lo suficiente como para verle la cara estábamos empapados por la lluvia, pero no nos importaba. Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y yo hice lo mismo con uno que caía sobre su frente.

—Te ha crecido el pelo.

—A ti la sonrisa. ¿Buscamos un lugar más seco?

Asentí con la cabeza. Hugo me cogió de la mano y caminamos en silencio hasta el porche de una preciosa casa. Una tenue luz iluminaba la puerta de la entrada. Me quedé mirándolo mientras rebuscaba las llaves en el bolsillo y tuve que contenerme para no quitarle la ropa allí mismo.

—¡Mamá! —gritó abriendo la puerta—. ¿Puedes traer un par de toallas?

Nadie contestó. Hugo me hizo un gesto para que le siguiera y caminamos hasta el fondo del pasillo donde llegamos a la que supuse que había sido su habitación. En las paredes colgaban algunos posters de los Beatles y algunas fotografías de él cuando era adolescente.

—Debiste de ser todo un rompecorazones —dije señalando una de las instantáneas.

—No creas, no me gustaba salir demasiado. Toma, —Me tendió algo de ropa—. Te estará un poco grande.

Me deshice de mi vestido obviando el hecho de que Hugo seguía mirándome. Cuando alcé la vista y me crucé con sus ojos mis mejillas comenzaron a arder. Él se acercó despacio y colocó una de sus manos sobre mi hombro, bajando la tira de mi sujetador. Me quedé quieta, inmóvil, dejando que fuera él quien diera el siguiente paso. El contacto con su piel hizo que me estremeciera y, cuando noté sus labios sobre mi cuello no pude evitar lanzar un gemido.

—Te he echado de menos —dijo a escasos centímetros de mi oído.

Me rodeó con sus brazos, haciéndome entrar en calor de nuevo. El corazón me latía con fuerza y en lo único que podía fijarme era en sus labios, carnosos y rosados. Le desabroché el pantalón, haciendo que cayera al suelo. Él se deshizo de su camiseta y yo me pegué a él para sentir su piel de nuevo junto a la mía. Su respiración se fue acelerando y nos dejamos caer sobre la cama entre besos y lametones.

No sé cuánto tiempo estuvimos haciendo el amor, pero cuando terminamos, la tormenta ya se había alejado. Hugo se tumbó boca arriba y yo apoyé mi cabeza en su pecho, como tantas otras veces había hecho, aunque esta vez era diferente. Ya no había nada que se interpusiera entre nosotros.

—¿Por qué lo llamamos hacer el amor? —pregunté rompiendo el silencio—. ¿Es diferente a tener sexo?

—Puedes hacer el amor sin tener sexo.

—¿Qué quieres decir?

—Nosotros lo hemos hecho prácticamente desde la primera vez que nos vimos.

—¿Ah sí?

—No me había dado cuenta antes, pero desde la primera vez que te vi, fue como si supiera que algo iba a suceder entre nosotros. —Sonrió—. Aunque, una parte de mí, se negaba a creerlo porque tenía miedo.

—¿De qué?

—De que te conformaras y acabaras marchándote con él. —Suspiró—. Me moría porque te quedaras a mí lado, pero no podía retenerte conmigo.

—Hiciste algo mejor, me diste alas para ser libre.

—Yo no te las di, ya las tenías, solo que no eras capaz de verlas.

—Al final ha salido bien, ¿no?

—Has venido volando hasta aquí, así que...

—Bueno, realmente he venido en un seiscientos —dije riendo.

—Estás boba —dijo cogiendo mi mentón—. Mel, quiero que sepas que no puedo prometerte que nuestra relación será siempre perfecta, pero si de algo estoy seguro es que conmigo siempre podrás ser quien realmente quieras ser, porque es de esa Melisa de la que estoy profundamente enamorado.

Le miré sin saber qué decir. Lo que había entre Hugo y yo era mucho más de lo que hubiera podido imaginar. Era confianza, amistad, cariño, pasión, diversión, complicidad, comprensión y libertad. Era todo aquello que no pensé que era el amor.

Los padres de Hugo no estaban, por lo visto habían aprovechado para pasar el día fuera con Balto, así que teníamos la oportunidad de tener esa conversación que ambos estábamos intentando evitar.

—Y esta visita… —dijo tendiéndome una taza de café y sentándose a mi lado en el pequeño sofá que había en el porche.

—Necesitaba disculparme.

—¿Por qué?

—Por haber sido tan cobarde. —Le miré arrepentida—. Si te soy sincera no sé en qué estaba pensando cuando me casé.

—Y… ¿seguís casados?

—Qué va, me divorcié poco después. Creo que hemos batido el récord del matrimonio más corto de la historia. —Reí—. Ahora me hace gracia, pero no ha sido fácil.

—¿Cómo están las cosas por tu casa?

—Mi madre apenas me habla, pero por lo demás todo bien.

—¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Mejor que nunca. —Suspiré aliviada—. Llevo varios meses centrándome en mí y en mi trabajo. Estoy planteándome mudarme a Londres para estudiar cardiología, no sé qué me va a deparar la vida en uno o dos años y, aunque me da un miedo horrible, me siento realmente bien.

—Y todo eso… —Cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿En qué lugar me deja a mí?

—He comprado un billete para finales de octubre, pero todavía tengo que mirar la matrícula de la universidad. —Las palabras se me atoraban en la garganta—. En un arrebato de locura, creí que lo mejor era irme y volver cuando tuviera las cosas claras, pero cuando lo pensé en frío me di cuenta que no podía quedarme con la duda, tenía que intentarlo una vez más. Y aquí estoy, intentando decirte que… te quiero.

No dijo nada, se mordió el labio y me mantuvo la mirada durante unos segundos que se me hicieron eternos. Acto seguido, su expresión cambió y dibujó una enorme sonrisa.

—Yo sí que te quiero.

Escucharlo de su boca hizo que un cosquilleo recorriera mi cuerpo entero.

—Hugo, ¿qué vamos a hacer? —dije agachando la cabeza.

—Pues hay dos opciones: puedes irte a Londres, estudiar el postgrado y alquilarte un piso mientras que yo me quedo en Madrid. —Me cogió la cara con las manos haciendo que nutras miradas se cruzasen—. O podemos mudarnos a Londres juntos, o por separado, para no matar la magia del principio, puedo recogerte cuando salgas de clase, puedes venir a verme al rodaje de la segunda temporada…

—¿Vas a grabar allí? —pregunté con un ápice de esperanza.

—Me avisaron ayer, el rodaje empieza en noviembre. ¿Qué me dices?

—¿Tú que crees?

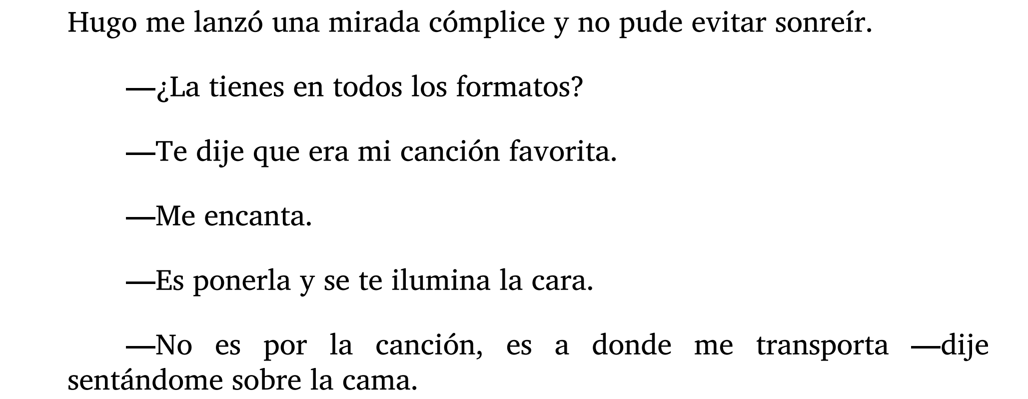
Me levantó del asiento sin apenas dificultad cogiéndome de la cintura, yo entrelacé mis piernas en su cuerpo y allí, con el mar de fondo, sin mediar palabras, nos hicimos una promesa de amor.

Me llevó en volandas hasta su habitación, donde encendió una pequeña radio que tenía sobre el escritorio. Rebuscó entré los cajones hasta que sacó un casete de uno de ellos.

—¿Eso aún funciona? —dije señalando al aparato.

—Espero que sí.

Poco después una preciosa melodía sonaba en el dormitorio.



Hugo me lanzó una mirada cómplice y no pude evitar sonreír.

—¿La tienes en todos los formatos?

—Te dije que era mi canción favorita.

—Me encanta.

—Es ponerla y se te ilumina la cara.

—No es por la canción, es a donde me transporta —dije sentándome sobre la cama.

—¿A dónde? —Se sentó a mi lado y colocó sus manos sobre mi regazo.

—A la primera vez que cenamos en tu casa y la escuchamos juntos por primera vez. También a Ámsterdam, cuando bailamos en la calle, a la fiesta donde nos encontramos y canté esa estrofa que significa tanto. Esta canción me transporta a ti.

—Eras tú… —susurró al tiempo que se acercaba a mí.

—¿Qué?

—Siempre has sido tú, Mel. La persona que lo cambiaría todo, la que me haría creer en las segundas oportunidades, la que me demostraría que la vida puede ser jodidamente bonita.

No dije nada. Simplemente miré a Hugo sin poder creerme todavía que lo nuestro finalmente hubiera sido posible y luego, mientras de fondo sonaba nuestra canción, hicimos el amor.

Epílogo (Parte 1)

Cuando nos quisimos dar cuenta, ya llevábamos un año y medio viviendo juntos en Enfield, un pequeño pueblo a las afueras de Londres. A Melisa la universidad le pillaba a poco más de media hora y yo tenía un horario bastante flexible, por lo que pasábamos mucho tiempo juntos. Estuvimos barajando la posibilidad de alquilar dos pisos por separado, pero finalmente nos decantamos por un adosado que nos permitía compartir gastos.

Era diecinueve de abril, viernes santo, y aunque era festivo, nos levantamos temprano, preparamos a Balto para el avión y volamos rumbo a Madrid. Pasamos el día con Marta y Sofía, que crecía por momentos y, cerca de las ocho, volvimos al hotel para prepararnos para la cena.

—Estoy nerviosa —me confesó Melisa en la ducha mientras se enjabonaba el pelo.

—Lo que estás es preciosa. —Me metí con ella y la rodeé con mis brazos.

—Hablo en serio. Las otras veces que hemos visto a tus amigos, todavía no salíamos juntos, al menos no de manera formal.

—¿Te preocupa lo que piensen mis amigos? —Le levanté el mentón obligándola a mirarme—. ¿O lo que piense ella?

—¿Y si no le caigo bien?

Melisa no estaba celosa, pero era incapaz de entender que no necesitaba la aprobación de nadie. Y eso me partía en mil pedazos.

—Mel… tú le caes bien a todo el mundo, tienes una personalidad única, eres graciosa, divertida, risueña y amable. Si alguien no es capaz de ver todo eso en ti es que está ciego. —La apreté contra mi cuerpo—. Además, Lucía está encantada de que salgamos juntos, de hecho, creo que para ella fue todo un alivio que me enamorase de ti.

—Me encanta —dijo al fin con un tono más aliviado.

—¿El qué?

—Que digas que te enamoraste de mí.

—No hables en pasado. —Me acerqué un poco más—. Me sigo enamorado cada día de ti.

Colocó su boca a escasos centímetros de la mía y se mordió el labio. Deslicé mis manos por su espalda, al tiempo que ella me rodeaba con sus brazos. Nos besamos despacio, notando el calor que desprendía su piel junto a la mía, a pesar de que el agua que caía de la ducha estaba fría como el hielo.

—Hugo… —Se apartó para mirarme—. Llegaremos tarde.

—Pues que nos esperen.

Efectivamente, fuimos los últimos en llegar. Al entrar, saludé a Marcos con un apretón de manos, mientras que Lucía me estrechó entre sus brazos. Miré a Mel, esperando que tanta afectividad entre nosotros no la incomodara, pero parecía feliz de estar allí.

—Hola —dijo tímidamente.

—¡Cuánto tiempo sin verte, Mel! —Lucía se acercó a ella y le dio dos besos.

—Hugo te quería solo para él —añadió Marcos saludándola también.

En ese momento, una pequeña niña de unos dos años se asomó entre sus piernas.

—¡Blanqui! —dijo él cogiéndola en brazos—. Mira quien ha venido a verte, el tío Hugo.

Fijé la vista en la pequeña y después en su padre, sonreí agradeciéndole aquel gesto y le cogí la manita.

—Eres un clon de tu mamá —dije sonriente.

Nos sentamos alrededor de la mesa que tenían en el jardín, abrimos una botella de vino y brindamos por nuestro reencuentro. Cuando terminamos de comer, Lucía y Marcos se adentraron en la cocina y Melisa aprovechó para sentar a Blanca sobre su regazo. Me

sorprendió lo bien que se le daban los niños, la pequeña se entretenía con un collar que llevaba puesto, mientras que ella le hacía carantoñas. La miré con ternura y cuando nuestros ojos se cruzaron esbozó una sonrisa. La rodeé por la cintura, le di un beso a Blanca en la frente y mirándola le pregunté:

—¿Algún día nosotros…?

—Me encantaría —me interrumpió.

Epílogo (Parte 2)

No sé si estaba más nerviosa cuando conocí a los amigos de Hugo o el día que se lo presenté a mi familia. Mi madre y yo habíamos limado asperezas, quizá el hecho de que mi hermana le confesase que salía con alguien diez años menor que ella, había jugado las cartas a mi favor. Cuando llegamos, ella y mi padre nos esperaban en el salón. Hugo me apretó la mano, por suerte, su presencia me tranquilizaba.

—Hola —dije al tiempo que nos acercábamos a ellos—. Mamá, papá, este es Hugo.

—Encantado.

—Igualmente —se limitó a contestar mi madre.

—Nos conocimos aquel día en el club, ¿no? —Mi padre se incorporó y le tendió la mano—. Puedes llamarme Alfonso. ¿Te apetece un Whisky?

—Papá —intervino Melisa—, Hugo no bebe.

—Ah perdona. Pues… ¿pasamos al comedor?

Nos sentamos en la ostentosa mesa de la casa de mis padres. Hugo me miraba preocupado, pero le lancé una sonrisa para hacerle saber que todo estaba bien. Caterina nos sirvió la comida y antes de empezar a comer me acordé de mi hermana.

—¿Y Caye?

—No podía venir —indicó mi madre—. Había quedado con el chico ese.

—Se llama Manuel —señaló mi padre—. Hoy tenía una cena con sus suegros.

—¿O sea que la cosa va en serio? —pregunté con una sonrisa comedida.

—Y dime, Hugo —dijo mi madre cambiando de tema—, ¿a qué te dedicas?

—Soy actor. Ahora mismo estoy grabando una serie que se va emitir el año que viene en Netflix.

—Ha hecho dos películas en américa y fue galardonado al mejor actor revelación en los Óscar —añadí con orgullo.

—Oh —Mi madre lo miró sorprendida—, enhorabuena.

—¿Qué tal es la vida en Reino Unido, hija? —preguntó mi padre.

—Es precioso, aunque echamos de menos España. En cuanto Hugo termine de grabar y yo acabe la especialidad, barajaremos la opción de volver a Madrid, o a Valencia, quién sabe —le miré sonriente.

—A mí… bueno, a nosotros, nos encantaría que volvieras, te echamos de menos.

—Melisa —dijo mi madre de pronto—, te debo una disculpa.

Levanté la vista para mirarla, dejé el tenedor sobre el plato y miré a mi padre, pero tampoco parecía entender nada.

—¿Por qué exactamente? —pregunté con asombro.

—He de reconocer que mi comportamiento últimamente no ha sido el más adecuado. —Suspiró—. Durante este tiempo que has estado fuera he tenido tiempo para pensar y… lo que te dije, no estuvo bien. Pensé que Carlos era el marido perfecto para ti, sin darme cuenta de que no te hacía feliz. Lo siento.

Me quedé callada, sin poder articular palabra. Que mi madre pidiese disculpas no era nada habitual, pensé que tal vez mi padre

había tenido algo que ver en ello, pero por su cara de asombro me di cuenta de que estaba tan sorprendido como yo. Los tres me miraron, esperando que dijera algo, pero no me salían las palabras.

—¿Un brindis? —dijo Hugo incorporándose y alzando su vaso de agua.

—Brindar con agua da mala suerte —señaló mi madre incorporándose y sirviéndole ella misma un poco de vino, cosa que me sorprendió.

Mi padre y yo nos levantamos por inercia y alzamos nuestras copas. Hugo cogió su copa y añadió:

—Por la vida, que es maravillosa y por el amor, que todo lo puede.

La habitación del hotel estaba a oscuras cuando llegamos. Presioné el interruptor que había junto a la puerta, pero no funcionaba.

—Igual ha habido un apagón —dijo Hugo—. Mira, allí hay algo de luz.

Caminé por el pasillo a tientas hasta llegar a donde estaba la cama. Una vez allí, me di cuenta de que el dormitorio estaba decorado con pétalos de rosa, iluminado por unas cuantas velas. Miré a Hugo, esperando una explicación, pero en lugar de decir algo, lanzó un silbido. Acto seguido, Balto entró a la habitación con un precioso collar rojo del que llevaba algo colgando.

—¡Baltito! —Me agaché para acariciarlo— ¿Qué llevas ahí?

Era una pequeña caja roja, la abrí y vi un precioso anillo con un pequeño diamante en el centro. Cuando me giré para mirar a Hugo, tenía una rodilla clavada en el suelo y con cierto nerviosismo murmuró:

—Mel, ¿quieres casarte conmigo?

—Pensaba que no querías casarte —dije con un hilo de voz.

—Contigo lo quiero todo.

***

Un año después celebramos una ceremonia íntima de tan solo catorce invitados: Anne y Nicolás, Marta y Sofía, Marcos, Lucía y la pequeña Blanca, Caye y Manuel, Olga, David y Alejandro, y mamá y papá. La brisa del mar nos revoloteaba el pelo. Hugo vestía unas bermudas blancas con una camisa abotonada del mismo color y yo, un vestido ibicenco largo. Miré a nuestro alrededor, el jardín de la casa de su madre había quedado precioso con tan solo unos cuantos lirios blancos. Él sonrió y yo deseé congelar el tiempo en ese preciso instante.

Hugo me miraba emocionado. Durante unos segundos, desvió la atención hacia mi vientre, pues el vestido que había elegido mostraba una ya más que marcada tripita. Nadie sabía nada y era algo que queríamos seguir guardando para nosotros un poco más. Estrechó mis manos con fuerza, como si de algún modo intentara decirme algo y, poco después, caminamos juntos hasta la alfombra blanca que había entre las butacas. Una hermosa melodía sonaba de uno de los altavoces que habíamos colocado y no pude evitar lanzarle una mirada confidente. Sus labios empezaron a moverse, tarareando la letra de la canción, esa que tanto significaba y que habíamos hecho tan nuestra. Hugo me tendió el brazo y agarrada a él, iniciamos el paso hasta el pequeño altar donde minutos después nos daríamos el sí quiero.

FIN

Agradecimientos

Cuando empecé a escribir mi primera novela, jamás pensé que algún día saldría de mi ordenador para ser leída por alguien más. Después de recibir tantos mensajes sobre lo que había gustado el personaje de Hugo, no podía dejarlo así, supe que tenía que escribir su historia.

Durante este proceso de escritura, que ha sido más largo de lo esperado, siempre he podido contar con el apoyo de mi familia. Por eso, esta novela va dedicada a ella. En especial, quiero agradecerle a mi madre, por ser la primera en leer esta historia. Por meterse tan de lleno en ella, que no me hacía correcciones porque decía que la novela la absorbía.

A mi amiga Andrea, por ser mi lectora más objetiva, por darme su visión sincera en todo momento, por el tiempo dedicado, porque sé que siempre tiene mil cosas que hacer, pero aún así saca un rato para leerme.

A mi amiga Poli, por darle color a esta novela, por reflejar tan bien con sus dibujos, lo que pretendo trasmitir. Porque gracias a la portada de mi primera novela, he llegado a más gente. Porque tienes un don y mucho arte.

Gracias también a mi chico, por darle voz a Hugo en mi Instagram, por escuchar cada trama y cada subtrama, por aguantar que vayamos donde vayamos siempre lleve el ordenador a cuestas, por inspirarme.

También quiero agradecer a esas amigas que, aunque no conozco en persona, me han ayudado a través de las redes sociales: Lara, Ana, Carmen, Anele, Arish y Bianca.

Gracias a todos y cada uno de vosotros, por leer mi primera novela, por empujarme y animarme a seguir escribiendo, por hacer este sueño, de nuevo, posible.

Gracias.